

Colección

Las juventudes argentinas hoy:
tendencias, perspectivas, debates

Experiencias juveniles en tiempos de pandemia



¿Cómo habitan la pandemia las juventudes
y qué cambió en su vida cotidiana?

Pablo Vommaro (coordinador)

Pablo Vommaro, Patricia Acevedo, Nicolás Giménez Venezia,
Silvia Elizalde, Pedro Núñez, Candela Barriach, Mariana Chaves,
Camila Trebucq, Melina Vázquez, Bruno Colombari

PABLO VOMMARO

COORDINADOR

Experiencias juveniles en tiempos de pandemia

**¿Cómo habitan la pandemia las juventudes
y qué cambió en su vida cotidiana?**

**PABLO VOMMARO
PATRICIA ACEVEDO
NICOLÁS GIMÉNEZ VENEZIA
SILVIA ELIZALDE
PEDRO NÚÑEZ
CANDELA BARRIACH
MARIANA CHAVES
CAMILA TREBUCQ
MELINA VÁZQUEZ
BRUNO COLOMBARI**



Grupo Editor Universitario

Vommaro, Pablo

Experiencias juveniles en tiempos de pandemia : ¿Cómo habitan la pandemia las juventudes y qué cambió en su vida cotidiana? / Pablo Vommaro. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editor Universitario, 2022.
140 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-8308-72-2

1. Ensayo Sociológico. 2. Jóvenes. I. Título.
CDD 305.235

1ª edición: Febrero 2022

Diseño, composición, armado: GEU

Diseño de tapa: GEU

© 2022 by Grupo Editor Universitario
San Blas 5421, C1407FUQ - C.A.B.A.

ISBN 978-987-8308-72-2

Queda hecho el depósito de ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el consentimiento previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Impreso en Argentina

Índice

Prólogo	9
Por Pablo Vommaro	
Capítulo 1	
Juventudes y desigualdades en tiempos de pandemia: entre las persistencias y las emergencias	15
Por Pablo Vommaro	
Capítulo 2	
Narrativas juveniles en pandemia. Interpretar y comprender sentires en torno a lo social	41
Por Patricia Acevedo y Nicolás Giménez Venezia	
Capítulo 3	
(Des)Afectar el cuerpo. Resonancias de la pandemia	59
Por Silvia Elizalde	
Capítulo 4	
Salir a navegar: juventudes y desigualdad educativa en tiempos pandémicos	79
Por Pedro Núñez	
Capítulo 5	
Vidas juveniles populares en pandemia: entre “acá la cuarentena no existe”y “el día a día está imposible” ...	95
Por Candela Barriach, Mariana Chaves y Camila Trebucq	
Capítulo 6	
¿El rugir de los leones? Participación juvenil y nuevas derechos durante la pandemia.....	111
Por Melina Vázquez	
Capítulo 7	
La marca generacional de la pandemia: proyecciones interrumpidas y experiencias de empobrecimiento en jóvenes de Tierra del Fuego....	125
Por Bruno Colombari	
Sobre lxs autores	137

*A las juventudes desiguales, diversas, potentes y resistentes.
Con ellas y desde ellas compartimos este libro.*

Prólogo

Pablo Vommaro

La pandemia de Covid-19 que irrumpió a nivel mundial a inicios de 2020 y que continúa en el momento en el que produjimos este libro, trastocó la vida de todos los habitantes del planeta, aunque de modos desiguales. En efecto, si bien la pandemia es un acontecimiento global, el impacto y los modos de experimentarla y habitarla es diferente según las condiciones preexistentes a la misma.

Mucho se ha dicho acerca de las juventudes en tiempos de pandemia, pero poco se las ha escuchado y reconocido, para acercarse y visibilizar sus experiencias y los modos en los que se han alterado sus mundos de vida.

Como dijimos en otras oportunidades, las juventudes son muy habladas y poco escuchadas y la pandemia no fue la excepción a este desconocimiento y desvalorización de las producciones juveniles por parte del mundo adulto.

En el mismo sentido, las juventudes fueron uno de los grupos sociales cuya afectación por la pandemia fue menos reconocida. Quizá porque la mortalidad es sensiblemente menor en este grupo, se tuvieron muy poco en cuenta los modos en los que la pandemia trastocó la vida cotidiana de las y los jóvenes (y también de las niñas y los niños). Por ejemplo, en sus modos de sociabilidad y encuentro; en la virtualización educativa; en las desigualdades de género; en las producciones y apropiaciones territoriales y en el teletrabajo y la precarización laboral.

En este libro proponemos pensar la pandemia que aun vivimos como una visibilizadora, amplificadora, intensificadora, aceleradora de dinámicas sociales preexistentes. Entre las dinámicas sociales que la pandemia profundiza, amplifica, visibiliza, la de las desigualdades sociales es la más importante y la que enfatizaremos en esta obra.

En el Prefacio a la última edición de su libro sobre las nuevas caras de la derecha, Enzo Traverso (2021) enfatiza que no todos somos iguales de cara al virus y que la pandemia produce desigualdades cada vez mayores en todos los niveles lo que, a su vez, puede generar también cambios políticos con derivas aun en disputa.

Por lo tanto, podríamos hablar de desigualdades sociales persistentes, que preexisten a la pandemia y de desigualdades sociales emergentes, que se configuran con la pandemia. Entre la persistencia y la emergencia de las desigualdades sociales se dirimen buena parte de las vidas juveniles, las dinámicas de producción de sus mundos y sus resistencias y propuestas. Desigualdades concebidas de manera multidimensional e interseccional: entre seccionalidades que se van intersecando, entramando. Una trama de desigualdades que se va tejiendo de manera relacional. Vistas no como procesos lineales, sino como tendencias contrapuestas o ambivalentes. Porque lo interesante de la desigualdad es marcar el *entre*, es mirar la relación dinámica y no enfatizar los estados fijos como la pobreza o la exclusión.

Enfocar las desigualdades como relaciones *entre* dos o más grupos sociales o entre dos o más dimensiones. Desigualdades entramadas: laborales en toda su dimensión (desempleo, precarización); territoriales, vinculadas fuertemente con la segregación espacial; de géneros y disidencias, vinculadas con las desigualdades sexo-genéricas y con la desigual distribución social de los cuidados que se ha visibilizado con la pandemia; subjetivas o simbólicas, expresadas en las estigmatizaciones. Como se verá en algunos de los capítulos de este libro, las segregaciones espaciales y las estigmatizaciones simbólicas son dos de los procesos más importantes que se han intensificado entre las juventudes a partir de la pandemia. Estos procesos se expresaron en el aumento de la violencia institucional hacia las juventudes, que generaron diversos tipos de hostigamiento y persecución, así como homicidios de jóvenes de barrios populares en la Argentina y de diversos territorios y comunidades en otros países latinoamericanos.

El deterioro y la degradación de las condiciones materiales y subjetivas de las vidas juveniles durante la pandemia puede verse en algunas cifras concretas. Para el caso de la Argentina, según el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC), en el primer semestre de 2021 para el grupo de 15 a 29 años la tasa de pobreza fue del 48,5%, mientras que fue del 36,3% para las personas de 30 a 64 años. En el mismo sentido, también para el primer trimestre de 2021, la desocupación general fue

del 10,2%, mientras que para las personas de 14 a 29 años fue del 21%. Y si desagregamos la tasa de desocupación por género y generación, un 24,9% de las mujeres de 14 a 29 años podía ser considerada desempleada, mientras que, para los varones del mismo grupo etario, la tasa era del 17% (INDEC) en el mismo período.

Convencidos de que era necesario reflexionar a partir de estas situaciones desde modos situados y empáticos que recuperen y visibilicen las experiencias juveniles en tiempos de pandemia y de que la Colección que este libro integra tenía que incluir un trabajo que se acerque a los cambios que se produjeron en los mundos juveniles a partir de la pandemia, decidimos convocar a investigadores que hayan trabajado estas realidades desde la comprensión y la interpretación y también desde la producción de datos actualizados. Lo hicimos procurando que esta obra incluyera diversas dimensiones, perspectivas y situaciones espaciales, dando cuenta de diferentes realidades y experiencias.

Las invitaciones que realizamos dieron sus frutos y así se fueron tejiendo los siete trabajos que integran este libro. Todos son textos producidos especialmente para esta obra y son resultados de trabajos colectivos, más allá de las autorías individuales de algunos capítulos.

Gracias a los aportes de todxs¹ y cada unx de lxs diez autores se fue entramando una suerte de cartografía caleidoscópica de las experiencias juveniles en tiempos de pandemia, abordadas desde diferentes dimensiones y perspectivas.

Quiero agradecer y valorar especialmente el trabajo que se expresa en cada capítulo, producido aun en tiempos de pandemia con la premisa de partir de las realidades juveniles para escribir desde allí y con lxs jóvenes, más que sobre y para ellxs. Las desigualdades generacionales que se configuraron antes y durante la pandemia son la principal dimensión que se propone como transversal en este libro.

Así, el primer capítulo consta de un trabajo de Pablo Vommaro que aborda las dinámicas de producción y reproducción de las desigualdades sociales desde el punto de vista generacional en tiempos de pande-

1. Asumiendo la importancia central de usar lenguaje inclusivo con marcas sexo-genéricas y ante la falta de consenso acerca del mejor modo de hacerlo, en este libro se respetará la decisión de cada autor al respecto. En el caso de los textos que son de autoría del editor de esta obra, se utilizará la “x” como marca de género que expresa las disidencias y diversidades.

mia, incluyendo las dimensiones territorial, educativa y laboral y dialogando con varios de los capítulos que le siguen.

El recorrido continúa con el segundo trabajo, elaborado por Patricia Acevedo y Nicolás Giménez Venezia, que busca identificar y comprender preocupaciones y sentires juveniles en torno a lo social en tiempos de Covid-19. El texto se basa en un trabajo desarrollado con estudiantes de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba y articula investigación con intervención recuperando relatos y testimonios juveniles como modo de dar espacio a sus voces y experiencias.

El tercer capítulo fue producido por Silvia Elizalde, quien entrama las dimensiones de género y generación para acercarse a los impactos producidos por la pandemia y el aislamiento social en lxs jóvenes. Específicamente, aborda las resonancias que esos impactos han tenido en términos de experiencias encarnadas y corporizadas, de la profundización de desigualdades sexo-genéricas y del debilitamiento del lazo social en este grupo.

El cuarto trabajo que compone esta obra colectiva fue escrito por Pedro Núñez y propone reflexiones sobre las experiencias juveniles en el sistema educativo durante la pandemia, en particular en la escuela secundaria. En base a la recuperación de experiencias estudiantiles en el “largo año pandémico que inicia con el ciclo lectivo del 2020”, el autor comparte propuestas y desafíos que se abren en el futuro inmediato.

Candela Barriach, Mariana Chaves y Camila Trebucq son las autoras del quinto capítulo del libro que se centra en diversas prácticas juveniles espacializadas de sectores y barrios populares. El texto busca recuperar la cotidianidad de “las y los pibes desde el barrio” mostrando diferentes dimensiones de su vida y cómo éstas fueron alteradas por la pandemia, asumiendo que las desigualdades sociales se han profundizado en esta coyuntura.

El sexto trabajo de este libro fue elaborado por Melina Vázquez, quien analiza el impacto que tuvo la pandemia en los usos del espacio público como escenario de la movilización social juvenil. La autora se acerca a las formas de activismo de jóvenes, focalizando en los colectivos que integran las llamadas nuevas derechas, que tuvieron especial protagonismo y visibilidad ante las medidas adoptadas para mitigar la pandemia.

El libro concluye con el capítulo de Bruno Colombari. En él se plantea que la crisis abierta por la pandemia se constituyó en una marca gene-

racional que trastocó las proyecciones de vida de las juventudes. Este trabajo aborda los efectos generados por la pandemia en las experiencias y proyectos de vida de jóvenes de la provincia de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur (Argentina) en base a los resultados de una encuesta implementada por un equipo que el autor coordina y una serie de entrevistas grupales con destinatarias/os del Programa Nacional “Potenciar Inclusión Joven”.

Asumiendo estas realidades, este libro se propone reflexionar acerca de qué sucede con las juventudes en la pandemia. Lo hace desde trabajos situados en diversas realidades de la Argentina, aunque con una mirada regional y latinoamericana.

Esperamos que estas páginas contribuyan a la comprensión de las diversas experiencias juveniles durante la pandemia, no sólo para generar empatía y reconocimiento; sino también para poder transformar las situaciones de degradación y deterioro material y subjetivo que las juventudes viven. Ojalá sean lxs propixs jóvenes quienes se apropien de este libro como un aporte para provocar los diálogos y las interpelaciones necesarias y para compartir herramientas que permitan aprehender las experiencias generacionales que configuran sus mundos de vida en tiempos de pandemia.

Les dejamos entonces con los siete capítulos que componen este libro y les invitamos a emprender juntxs los múltiples recorridos que se vislumbran en la cartografía colectiva que compartimos.

Juventudes y desigualdades en tiempos de pandemia: entre las persistencias y las emergencias

Pablo Vommaro

Palabras iniciales

Si pensamos Argentina y América Latina en la última década desde los mundos juveniles podemos desatacar dos procesos. Por un lado, la ampliación de derechos y el reconocimiento de diversidades, producidos sobre todo desde las políticas públicas. Por el otro, el crecimiento de las desigualdades sociales en su multidimensionalidad (Reygadas, 2008; Saraví, 2015), proceso en el cual es especialmente importante la dimensión generacional.

Ambos procesos pueden analizarse en forma de tendencias contrapuestas o ambivalentes (Kessler, 2014). Por ejemplo, las juventudes actuales están cada vez más educadas y son más participativas, a la vez que aumentan las desigualdades educativas y el desconocimiento o la represión de las formas de activismo juvenil (Vommaro, 2019 y Rodríguez, 2012). Asimismo, ganan espacios en el mercado laboral, pero sus condiciones de trabajo están más degradadas y precarizadas (Vommaro, 2019). Según diversos informes, situaciones como el desempleo o la pobreza se duplican o triplican en este segmento social, que no solo atraviesa desigualdades socio-económicas, sino también étnico-raciales, sexuales y de género, territoriales, culturales, educativas, laborales, vinculadas con la movilidad humana, políticas y religiosas, entre otras¹.

1. Ver, por ejemplo, CEPAL (2012) (2013) (2014). *Panorama Social de América Latina*. Disponible en www.cepal.org.

Por otra parte, para comprender estos procesos desde la perspectiva generacional es importante considerar el protagonismo que han cobrado las juventudes en las dinámicas sociales y políticas de América Latina en los últimos años, lo que hizo más visible el despliegue de las propuestas y las movilizaciones de diversos colectivos juveniles. Esta acción contenciosa con marcas generacionales contribuyó al mencionado proceso de ampliación de derechos y consideración de las diversidades que vivió la región en los últimos años. Muchas políticas públicas de este tipo fueron expresión de conquistas ganadas en la movilización y la acción colectiva juvenil. Asimismo, gran parte de los colectivos juveniles más activos en la última década desplegaron propuestas que buscaban producir igualdades desde el reconocimiento de las diversidades. Una igualdad no concebida como proceso homogeneizante o unívoco, sino producida desde la diferencia y la pluralidad.

En este marco, la pandemia de Covid-19 produjo una crisis generalizada que actúa como visibilizadora e intensificadora de dinámicas sociales preexistentes. Es decir, que la pandemia se genera y propaga en un mundo con determinadas dinámicas y lógicas sociales que deja en evidencia, acelera, amplifica y profundiza. En este capítulo nos enfocaremos en las dinámicas de producción y reproducción de las desigualdades sociales desde el punto de vista generacional y dialogaremos con los otros trabajos que conforman este libro procurando configurar una cartografía posible de las experiencias juveniles en tiempos de pandemia.

Así, analizaremos las desigualdades sociales multidimensionales abordadas desde un enfoque interseccional que incluye las dimensiones generacional y territorial, cruzadas con otras como la de género, la laboral y la educativa. Nos acercaremos a la situación de las juventudes de las principales ciudades de América Latina tomando algunos de los trabajos cualitativos y cuantitativos disponibles. Nos basaremos en el enfoque generacional como abordaje interpretativo de los procesos de producción y reproducción de las desigualdades, siguiendo lo que planteamos en trabajos anteriores (Vommaro, 2019, 2020 y 2020a).

A partir de las experiencias analizadas, se buscará identificar tendencias regionales para desentrañar las dinámicas de persistencia y emergencia de las desigualdades generacionales territorialmente configuradas en tiempos de pandemia. El objetivo es realizar un aporte a la comprensión de las actuales cartografías de las desigualdades sociales que atraviesan a las juventudes latinoamericanas, considerando las di-

versidades juveniles como configuradoras de potencias hacia la producción de igualdad. Tomaremos el enfoque generacional como abordaje interpretativo de los procesos que analizamos siguiendo lo que planteamos en Vommaro (2014) y lo que proponen autores como Mannheim (1993 [1928]) y Lewkowicz (2004a y 2004b).

El capítulo se basará en una síntesis de diversas investigaciones que produjimos en los últimos años (Vommaro 2014, 2015, 2017, 2019, 2020 y 2020a) y en el análisis de documentos elaborados por algunos organismos nacionales e internacionales que nos brindan datos y estadísticas que cruzaremos con los resultados de nuestros trabajos.

Desiguales y diversos: acercamiento a las juventudes desde la perspectiva generacional

Como ya mencionamos en este capítulo y desarrollamos en otros trabajos (Vommaro, 2015 y 2017), las desigualdades como condición y las diversidades como marca generacional son rasgos constitutivos de las juventudes latinoamericanas contemporáneas.

Proponemos que las diversidades no sean abordadas desde la fragmentación o la vulnerabilidad, como un rasgo a homogeneizar o unificar; sino consideradas como condición del presente, que puede leerse como fortaleza y potencia. Uno de los desafíos que se presenta y subyace en el propósito de este artículo puede enunciarse de esta manera: ¿cómo abordar las diversidades pensando en los procesos de generación de igualdad, en contrarrestar las desigualdades?

Al encarar estos problemas desde una perspectiva generacional encontramos un dilema que se vincula con la pregunta ¿cómo pensamos la tensión diferencia/desigualdad? O expresado desde términos propositivos, ¿cómo articulamos la construcción de la igualdad desde las diversidades?

Hace unos años una mujer de 24 años me dijo durante una entrevista “en este colectivo trabajamos para que la diferencia no se convierta en desigualdad”². En el mismo sentido iba una de las frases que encontré

2. Entrevista realizada en septiembre de 2010 en un barrio del Sur del Gran Buenos Aires (Argentina).

en un folleto de uno de los colectivos del movimiento #YoSoy132 de México, que decía: “somos iguales porque somos distintos”³.

Estos dos enunciados pueden resumir los problemas que aquí abordamos, a la vez que abren interrogantes que nos ayudan a avanzar en nuestros análisis.

En efecto, al analizar las formas de asociación juveniles en la actualidad se presenta el desafío de cómo pensar la igualdad desde las diversidades, de qué manera concebir una igualdad que no homogenice, que no sea unívoca, ni totalizadora, que asuma la diferencia, pero que a la vez no la consagre como desigualdad. Asumir la diferencia de modo de permitir la construcción de igualdades.

Desde nuestra perspectiva, el desafío es cómo asumir las diferencias como condición del presente, como rasgo generacional, no como fragmentación o vulnerabilidad. Es decir, concebir la igualdad en tanto lo común, como lo que nos une, lo que nos permite construir otros “modos de estar juntos” (Martín Barbero, 2002: 10). Enunciado en forma de interrogante, ¿es posible pensar un estar juntos, un común, una igualdad desde la diferencia, desde las diversidades?

Autores como Boaventura de Sousa Santos (2010) proponen la noción de pluriversidad para intentar articular la diversidad y la universalidad, la diferencia y lo común, superando la concepción de lo universal como lo unívoco u homogeneizante, como el borramiento de la diferencia.

En cuanto al abordaje de las desigualdades sociales, proponemos una mirada multidimensional y situada (Vommaro, 2017b y 2017c; Reygadas, 2008). Dentro de esta concepción múltiple y pluralmente configurada, en este capítulo enfocaremos en las intersecciones generacionales de los dispositivos sociales de producción y reproducción de las desigualdades, sin desconocer otras dimensiones como el género, las migraciones, las cuestiones étnicas, culturales, educativas, laborales, territoriales. De este modo ha sido trabajado por diversos autores en la actualidad (Reygadas, 2004; Kessler, 2014; Perez Sainz, 2014; Dubet, 2015; Therborn, 2015; Saraví, 2015; Chaves, Fuentes y Vecino, 2016). No podríamos hablar de una desigualdad unidireccional o unidimensio-

3. Frase tomada de un folleto impreso por uno de los colectivos del movimiento #YoSoy132 de Ciudad de México en noviembre de 2015, que, a su vez, retoma una de las consignas acuñadas por el zapatismo luego de 1994.

nal, solamente socioeconómica, por ingresos, renta o una vinculada sólo con posiciones de clase.

A nivel estructural podemos distinguir posiciones de clase que signan las desigualdades, las estructuran y de cierta forma las determinan. Pero, sin dudas, también hoy es necesario ampliar la perspectiva y asumir su multidimensionalidad (Reygadas, 2004 y 2008; Dubet, 2015).

Es indudable también que en los últimos años se ha instalado este problema en la agenda pública, tanto a nivel mediático, como político y académico. Y a partir de esta emergencia de las desigualdades como problema público, como causa pública y causa militante (Vázquez, 2013), resulta interesante hacer un ejercicio para pensar dos cuestiones. Por un lado, cómo se construye un problema social y cómo ingresa en la agenda pública, tanto en la de los medios, como en la de la investigación y en la de las políticas. Por el otro, como ese tema de agenda pública se convierte en causa militante de colectivos, movimientos y organizaciones juveniles⁴. Es decir, indagar en las maneras en las que colectivos juveniles asumen las desigualdades como causa política o militante y producen prácticas para contrarrestarlas, que en muchos casos constituyen propuestas hacia la igualdad en la diversidad.

Antes de avanzar en las propuestas de los colectivos juveniles, retomamos análisis como los que proponen Gentili (2015) o Dubet (2015) para pensar en los dispositivos de producción pública de los pares conceptuales desigualdad/pobreza y desigualdad/exclusión. Según estos autores, mientras la noción de pobreza es más estática, binaria y fija, la de desigualdad permite un abordaje más dinámico y relacional porque siempre está hablando de un vínculo con otro. La desigualdad no es un estado fijo, es una relación entre al menos dos partes. Y enfocar la mirada en ese *entre* produce análisis con consecuencias en la acción política y en los discursos públicos (Gentili, 2015). Algo similar sucede con el par desigualdad/exclusión. Y en parte por esto es que en los últimos años se han debilitado los enfoques basados en el paradigma inclusión/exclusión, que predominó en décadas pasadas para guiar tanto estudios sociales como políticas públicas.

El avance del paradigma de las desigualdades sociales generó, a su vez, estudios que interpretaron los actuales procesos sociales vinculados a estas dinámicas a partir de las nociones de “inclusión excluyente”

4. Para ampliar estos análisis se puede consultar a autores como Bourdieu (1990 y 2007) o Lenoir (1979 y 2000), quien en parte sigue y profundiza sus propuestas.

o “exclusión incluyente”. Así caracterizan autores como Ezcurra (2011) las ambivalencias y paradojas sociales de los procesos de ampliación de derechos e inclusión impulsados a partir de programas estatales en las últimas décadas, pero que sin embargo no lograron disminuir desigualdades. En algunos casos, incluso las profundizaron o no pudieron contrarrestar la delimitación de circuitos desiguales y diferenciados. Tanto en las cuestiones de ampliación de las matrículas o la cobertura educativa como en los programas de las llamadas transferencias condicionadas⁵, estos análisis permiten identificar tendencias contrapuestas y procesos discontinuos, sinuosos, muchas veces opacos. Políticas públicas de países como Argentina, Brasil, Ecuador o Bolivia fueron estudiadas desde estas perspectivas, que no profundizaremos aquí pero que consideramos fructíferas y productivas.

Recapitulando, proponemos pensar las desigualdades como dinámicas, situadas, relacionales, multidimensionales e interseccionales, como expresión de procesos sociohistóricos que se configuran en una espacialidad, no autocentradas o autodefinidas (Vommaro, 2017b).

Para ampliar en este enfoque podemos retomar las propuestas de Dubet (2015), quien plantea que existen tres tipos de desigualdades: por acceso (a un bien, a un servicio, a la salud, al ocio, a la recreación); por oportunidades (relacionadas con el punto de partida de un individuo o grupo); por posiciones (que serían más estructurales, porque se vinculan justamente con la situación socioeconómica de los individuos y los grupos sociales).

Desde los enfoques estructuralistas y materialistas podríamos pensar que las desigualdades de posiciones son las más significativas. Sin embargo, a partir de las investigaciones realizadas proponemos incorporar las dimensiones múltiples que surgen a partir del enfoque de las oportunidades. Podríamos, con Dubet, pensar la intersección entre estos tres tipos para construir, si acordamos que las desigualdades son

5. Nos referimos a los programas de transferencias condicionadas (PTC, según CEPAL) o los programas de transferencias monetarias condicionadas (PTMC, según el BID-BM) que adoptaron formas singulares en cada uno de los países mencionados. Entre los principales en cada caso, destacamos la Asignación Universal por Hijo, creado en 2009 en la Argentina; el Bono Juancito Pinto, implementado en 2006 en Bolivia; la Bolsa Familia, impulsada desde 2003 en Brasil; el Bono de Desarrollo Humano, que se aplica desde 2003 en Ecuador.

multidimensionales, un abordaje complejo que dé cuenta de esta multidimensionalidad.

Varios autores latinoamericanos como Kessler (2014), Reygadas (2004), Gentili (2015) y Perez Sainz (2014), plantean que las desigualdades se presentan en la región como paradojas o tendencias contrapuestas. Es decir, al pensarlas de modo relacional, proponen abordarlas también en sus ambivalencias, tensiones. Ellos proponen, en coincidencia con cifras de la CEPAL (2012) o el BID-BM (2013), que en América Latina se produjo en las últimas décadas un fuerte crecimiento económico con diversidades o desigualdades entre los diferentes países, y al interior de estos.

En efecto, las mejoras en muchos de los indicadores sociales ocurrida en las últimas décadas (aunque desacelerada en los últimos cinco años y, de manera más marcada, durante los dos últimos años de pandemia) no ha sido igualmente beneficioso para todos los países y grupos sociales. En muchos aspectos, América Latina sigue mostrando desigualdades sociales que no tienen que ver exclusivamente con los niveles de ingreso y que afectan a poblaciones en condiciones particularmente críticas, destacándose la situación de las mujeres -que mejoran sus niveles de vida, pero en menor medida que los varones-, los jóvenes -que lo hacen menos que los adultos- y los diversos grupos étnicos (indígenas y afrodescendientes o negros, en particular) que, aunque tienen mejores condiciones relativas que antes, muestran indicadores considerablemente más bajos que los de la población blanca y mestiza (Vommaro, 2017a).

Aquí nos interesa estudiar especialmente la situación de los jóvenes, que son uno de los grupos sociales más expuestos a las desigualdades según estudios propios (Vommaro, 2017b, 2017c y 2017d) y de Gonzalo Saraví (2015), entre otros, que se apoyan en datos producidos por organismos como CEPAL (2012 y 2016). Los estudios relevados siguen mostrando un conjunto complejo y preocupante de paradojas y contrastes que aquí presentaremos en parte, junto con un profundo malestar y descontento social, que se expresan en las irrupciones de movimientos juveniles que hasta no hace mucho tiempo permanecían poco visibles en el espacio público y que en los últimos años han ocupado calles y plazas en lucha por diversos temas, no siempre considerados específicamente juveniles como, por ejemplo, educación pública, gratuita, democrática y de calidad; violencia institucional, estatal y para estatal; precarización laboral; géneros, diversidades y sexualidades; disputas por el

espacio urbano; estructura fiscal; sistema de pensiones; relación con el ambiente y la naturaleza; entre otros.

Así, se configura una coyuntura en la cual, a pesar de las mejoras descritas, de la baja de los índices de pobreza y de los avances en otros indicadores, las desigualdades sociales persisten. Por ejemplo, como dijimos, si bien la posición social relativa de las mujeres es mejor que la de hace cincuenta años, las desigualdades de género persisten. Es decir, no alcanza sólo con la mejora de los índices, sino que muchas veces es necesario cambiar el enfoque para explicar el proceso por el cual, aunque muchos indicadores han mejorado, las desigualdades sociales continúan y en algunos casos, incluso se profundizan.

Algo similar sucede con los jóvenes, que han aumentado su presencia social y su posición en el sistema educativo, en la fuerza de trabajo, en los espacios de participación. Sin embargo, las desigualdades generacionales son de las más agudas y persistentes en la región (CEPAL, 2014 y 2016).

Queda claro que sólo desde los enfoques basados en la inclusión y el combate a la pobreza no alcanza para comprenderlas ni para contrarrestarlas.

Como dijimos, pensamos que ante estas limitaciones conceptuales y políticas y considerando las evidencias empíricas expuestas, hace falta complejizar los enfoques y abordar las desigualdades desde sus paradojas, desde sus tendencias contrapuestas y ambivalentes (Reygadas, 2004 y Kessler, 2014).

Para continuar esta perspectiva, los autores citados contribuyen a pensar en los mecanismos de producción y reproducción social de las desigualdades, en los mecanismos de perpetuación de éstas. Más que abordar los emergentes visibles en indicadores y datos, es necesario poner el foco en las formas de producción y reproducción social (Reygadas, 2004) y en los diversos modos en que las personas experimentan las desigualdades, en este caso desde la configuración generacional (Dubet, 2015; Chaves, Fuentes y Vecino, 2016). Las desigualdades generacionales constituyen las condiciones en las que muchas y muchos jóvenes despliegan sus vidas cotidianas y el modo en el que las experimentan y construyen sus experiencias configura sus prácticas de adaptación y resistencia (Vommaro, 2017c; Chaves, Fuentes y Vecino, 2016).

Desigualdades generacionales antes y durante la pandemia

Las cifras disponibles muestran que América Latina es el subcontinente más desigual del mundo. Si tomamos el índice de Gini (que, aunque tiene muchas limitaciones porque solo mide ingresos y distribución de renta, es reconocido por diferentes organismos internacionales), vemos que en el período 2003-2015 ha habido una mejora relativa general, que se produjo en algunos países más que en otros⁶. Esta mejora, como dijimos, no revierte las desigualdades. Inclusive, se agudizan si realizamos algunos cruces como el generacional.

Entre los jóvenes los índices sociales empeoran. Por ejemplo, el desempleo juvenil es el doble o el triple que el general, la pobreza juvenil duplica en muchos casos la general, en salud y en vivienda se produce una situación similar. Una vez más vemos que las desigualdades son mucho más profundas entre los jóvenes que en otros grupos sociales. Y más marcadas aún entre las mujeres jóvenes, entre las mujeres jóvenes rurales o entre las mujeres jóvenes afros, indígenas o habitantes de barrios periféricos y populares de las grandes ciudades.

El enfoque interseccional que se acuñó en las teorías feministas como derivación de los estudios sobre las identidades sociales puede ser útil para estos análisis. En efecto, las desigualdades se producen también de manera interseccional integrando y cruzando dimensiones como el género, la generación, el territorio, la clase, la educación, el trabajo, la etnia o raza⁷.

Los dos problemas planteados –los modos de producción y reproducción social y las distintas formas de experimentar las desigualdades– se han abordado muchas veces desde la capacidad individual de superación de determinadas situaciones o la igualdad de oportunidades desde una mirada individual. Nuestra perspectiva es relacional, holística, colectiva, considera las estructuras sociales y parte de la multidimensionalidad, las tendencias contrapuestas, las paradojas y las ambivalencias que signan las desigualdades sociales.

6. Para ampliar, consultar los Panoramas sociales producidos por CEPAL en 2014 y 2015.

7. Para ampliar acerca de las perspectivas interseccionales, consultar autoras como Kimberlé Williams Crenshaw (2000), Leslie Mc Call (2005) o Angela Davis (1981).

Siguiendo con nuestro enfoque multidimensional e interseccional, si abordamos la situación y las experiencias de las mujeres jóvenes, el panorama empeora relativamente. Como dijimos, no sólo los jóvenes son los más afectados del subcontinente más desigual del mundo, sino que las mujeres son las más desiguales entre los más olvidados del subcontinente.

A partir de lo planteado, podríamos decir que las desigualdades en América Latina son generales, pero, sobre todo, femeninas y jóvenes⁸.

Partiendo de estas multiplicidades, la noción de “experiencias de la desigualdad” que propone Dubet (2015) sostiene que no solo hay que pensar en las dimensiones relacional y estructural, sino también en la subjetiva; en los modos en que los individuos experimentan las desigualdades, en las maneras en las que los acontecimientos están incorporando la desigualdad a una experiencia de vida, a una subjetividad y a una construcción de individuación y subjetivación social. En un trabajo más reciente, Jelin, Motta y Costa (2020) actualizaron y enriquecieron este enfoque centrado en las dimensiones subjetivas y los imaginarios colectivos acerca de las dinámicas de las desigualdades. Se producen así subjetividades juveniles configuradas en la desigualdad que producen prácticas, lenguajes y modos de vínculo social entre pares y a nivel intergeneracional.

Como dijimos, la pandemia de Covid- 19 puso en evidencia, aceleró, amplificó, intensificó y profundizó dinámicas sociales preexistentes, entre las que se destaca la de las desigualdades sociales. Por eso, podemos hablar de desigualdades persistentes (que anteceden a la pandemia) y desigualdades emergentes (que se configuran a partir de la pandemia), lo cual es especialmente significativo si nos enfocamos en las desigualdades generacionales.

En este capítulo abordaremos las desigualdades generacionales en tiempos de pandemia a partir de tres dimensiones: territorial, educativa y laboral.

En un reciente trabajo, Benza y Kessler (2021) realizan un balance socio-político y económico del paradójico proceso de mejora de indicadores y crecimiento de las desigualdades sucedido en las últimas décadas en América Latina y sostienen que esta profundización aumentará con la pandemia. Las sociedades latinoamericanas más desiguales que

8. Algo similar podríamos plantear con las violencias y las inseguridades, aunque esto quedará para artículos posteriores.

se están configurando en la pandemia y se cristalizarán en la pospandemia impondrán nuevos desafíos para las políticas públicas, así como malestares y conflictos sociales emergentes.

En efecto, la mayoría de las juventudes experimentaron la degradación y precarización de sus condiciones de vida durante la pandemia. Esta situación se agravó entre los jóvenes de sectores populares, que ya venían habitando las experiencias de desigualdad antes de 2020. Algunos datos lo muestran.

Según cifras del INDEC de la Argentina⁹, en 2020 la pobreza alcanzó al 49,6% de las personas de entre 15 y 29 años (mientras la pobreza en la franja de 30 a 64 años se ubicó en el 37,4%) y casi dos de cada diez jóvenes estaban desempleados (19,3%)¹⁰. Estas situaciones de deterioro de las condiciones y las experiencias de vida juveniles durante la pandemia se ratifican con los estudios que se presentan en varios de los capítulos que conforman este libro; como, por ejemplo, los que muestran lo sucedido en las provincias argentinas de Córdoba y de Tierra del Fuego.

En el mismo sentido, un informe de la Organización Internacional del Trabajo (2020) realizado con más de 12.000 jóvenes de 112 países, concluye que uno de cada seis jóvenes (el 17%) que estaban trabajando antes del inicio de la pandemia dejaron de hacerlo totalmente, en especial los trabajadores de entre 18 y 24 años y los trabajadores ocupados en la prestación de apoyo administrativo, servicios, ventas y artesanías. Las horas de trabajo de los jóvenes empleados disminuyeron casi una cuarta parte (un promedio de dos horas al día) y cuatro de cada diez jóvenes (el 42%) indicaron una reducción de sus ingresos. Las desigualdades se agudizan y entran ya, que, según la OIT, los jóvenes que viven en países de ingresos más bajos son los más expuestos a las reducciones de las horas de trabajo y a la consiguiente contracción de los ingresos. La ocupación se consideró el principal determinante de la manera en que la crisis ha afectado diferencialmente a las mujeres y a los hombres jóvenes. Las mujeres jóvenes indicaron mayores pérdidas de productividad en comparación con sus homólogos masculinos. El mismo estudio de la OIT muestra que el 17% de los jóvenes probablemente sufran an-

9. Datos tomados de Mahmud (2021) y de INDEC (2020).

10. Para 2019, las estadísticas del INDEC mostraban que las personas de entre 15 y 29 años consideradas pobres eran el 42,5%, cifra que bajaba al 30,5% para el grupo de entre 30 y 64 años (INDEC, 2019).

siedad y depresión durante y luego de la pandemia. El bienestar mental es menor entre las mujeres jóvenes en general y los varones jóvenes de entre 18 y 24 años. Los jóvenes cuya educación o trabajo se interrumpió o cesó totalmente tienen casi dos veces más probabilidades de sufrir ansiedad o depresión que los que continuaron trabajando o aquellos cuya educación siguió su curso (OIT, 2020).

Experiencias generacionales desiguales: Configuración territorial en tiempos de pandemia

A partir de las medidas de confinamiento, aislamiento o cuarentena adoptadas en todos los países latinoamericanos y caribeños ante la pandemia de Covid19, lo que ocurría en el espacio público pasó a suceder adentro de los hogares. Esto intensificó el proceso por el cual el espacio privado o íntimo de la casa en los barrios populares se torna público al ser apropiado y resignificado por la comunidad. Esto sucede en ciertas viviendas de referentes de los barrios que reconvierten su casa en sede para la organización territorial y comunitaria.

En tiempos de pandemia, esta retracción de la vida social al espacio doméstico refuerza el lugar del hacinamiento y las condiciones habitacionales precarias en tanto configuradores de desigualdades que se expresan en diversas dimensiones, como la posibilidad de realizar las tareas escolares y seguir la dinámica de la educación virtual o poder cumplir con el teletrabajo.

Por otra parte, la restricción en el uso y apropiación del espacio público refuerza los procesos de segregación espacial y territorial que caracterizan a la mayoría de las grandes ciudades en la actualidad, con expresiones diferentes. Estos procesos de segregación son vividos especialmente por las y los jóvenes que ven restringida (aun antes de la pandemia) su posibilidad de transitar libremente por diversas zonas o sectores de la ciudad. La separación simbólica y geográfica entre los barrios produce fronteras invisibles que son muy difíciles de flanquear, sobre todo para las y los jóvenes de los barrios populares. Estas fronteras y separaciones tejen redes de desigualdad (Reygadas, 2004) generacionalmente experimentadas y configuradas, que se han profundizado en la pandemia.

El cierre del espacio público o el mayor control sobre su uso redujo también las posibilidades de encuentro para las y los jóvenes en general; pero en especial para los de los barrios populares, que perdieron la equina, el parque o la plaza como lugares de socialización y de encuentro para compartir entre pares. Según testimonios de diversos jóvenes y relevamientos realizados por diferentes instituciones (por ejemplo, la Fundación SES, la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires y la Sociedad Argentina de Pediatría, las tres de Argentina), este carácter socializador, de contención y pertenencia del espacio público no puede ser reemplazado totalmente de manera virtual.

La segregación que viven las y los jóvenes de los barrios populares coexiste con una segunda dinámica: la estigmatización. El dispositivo estigmatizante produce “identidades sociales desacreditadas” (Goffman citado en Valenzuela, 2015) que niegan, invisibilizan o criminalizan formas de ser, estar y presentarse como jóvenes ante otros. Asimismo, el estigma se aleja del reconocimiento de los diversos modos de vida juveniles y deposita en una de esas formas el conjunto de los males sociales, etiquetando negativamente a un grupo de jóvenes como responsables de un determinado problema social (la inseguridad, el contagio por coronavirus) y descalificando, anulando o persiguiendo sus prácticas y cuerpos. Son conocidas, por ejemplo, las agresiones que recibieron jóvenes que viven en favelas y jóvenes negros en Brasil al transitar por barrios residenciales de grandes ciudades, por considerarlos fuentes de contagio y diseminación de la pandemia.

La segregación espacial y la estigmatización subjetiva constituyen dos de los principales rasgos de las desigualdades generacionales que se expresan y producen en el territorio. Ambas dimensiones confluyen en los hechos de hostigamiento policial y violencia institucional contra las juventudes, que han aumentado en los últimos meses en diversos países de América Latina y el Caribe. Persecuciones, criminalización, detenciones arbitrarias, acoso, vejaciones, torturas y casos de desaparición y asesinato de jóvenes crecieron con la pandemia, sobre todo en los barrios populares (aunque también en zonas rurales), y de la mano de las mayores atribuciones que las fuerzas de seguridad tienen con el objetivo de controlar el cumplimiento de las medidas de aislamiento y confinamiento.

Según un estudio realizado por la Universidad Nacional de General Sarmiento (Argentina) entre abril y mayo de 2020, un 40% de los habitantes de barrios populares entiende que no crecieron los conflictos,

pero tampoco hubo mayor presencia policial con el aislamiento, mientras que un 20% refirió un aumento del hostigamiento de distinta intensidad por parte de las fuerzas de seguridad (Informe UNGS, 2020).

Por otra parte, la crisis producida por la pandemia parece ser también una coyuntura que favorece el fortalecimiento organizacional de los barrios populares. Referentes de distintos municipios del Gran Buenos Aires informan que desde que se decretó la cuarentena (en realidad, el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio, ASPO) hubo una notable reactivación de las organizaciones barriales y comunitarias (clubes, sociedades de fomento, mutuales, comedores, merenderos, centros culturales) y un mayor compromiso y apoyo solidario de vecinas y vecinos (Informe UNGS, 2020).

Este fortalecimiento del entramado organizativo territorial y comunitario en los barrios populares (protagonizado sobre todo por mujeres y jóvenes) brinda una posible respuesta a las preguntas repetidas: ¿es posible mantener un aislamiento social obligatorio con economías informalizadas en un 40 o 50%?; ¿el aislamiento o cuarentena se cumple en los barrios populares? ¿la llamada a quedarse en casa esconde un privilegio de clase?

Sin dudas, estos son interrogantes que se responderán en la práctica, con la experiencia, pero pareciera que esto es posible con la ampliación de las políticas sociales de apoyo y contención a las personas que trabajan en la llamada economía informal, en la economía popular o social y a los habitantes de los barrios populares. Quizá sea el momento de pensar en un ingreso mínimo universal o ingreso ciudadano básico, por ejemplo, como vienen proponiendo los impulsores de la Tasa Tobin y ATTAC desde hace algunas décadas.

Asimismo, quisiera discutir la creencia que sostiene que el aislamiento es algo para los sectores medios o medios altos y que en los barrios populares no se cumplen las medidas de prevención porque la pobreza genera caos o anomia.

En principio, acaso no sea ocioso apuntar que se hizo más que evidente la resistencia creciente de la población con mayores ingresos a cumplir el aislamiento. En contraste, mi experiencia con las poblaciones de los barrios populares me permite afirmar que los barrios, las comunidades y los territorios despliegan estrategias de cuidado de otras maneras, con otras modalidades. Así, es muy alejado de la realidad pensar que el aislamiento y la prevención ante la pandemia son solo para clases medias o medias altas.

Claro que el hacinamiento dificulta la distancia social, por supuesto que los trabajadores informales y precarizados necesitan ingresos día a día. Pero no se puede subestimar la persistencia y la potencia de la organización social comunitaria, también para asegurar la prevención, si es necesario, mediante el aislamiento o la distancia. Los habitantes de los barrios populares lo cumplen creando otras maneras de cuidado y prevención. Por ejemplo, implementando el distanciamiento y estrategias de salud comunitaria en espacios comunes como escuelas, clubes o comedores. También cuidando colectivamente los tránsitos dentro del barrio y preservando comunitariamente a las poblaciones de riesgo. Asimismo, en muchos casos son los referentes sociales de los barrios populares los que realizan los rastreos de los casos y los contactos estrechos, con una capilaridad y capacidad de gestión que pocas veces el estado logra.

Trabajo y juventudes en pandemia: entre el desempleo y la precarización

Las tramas e intersecciones de las desigualdades que experimentan las y los jóvenes de los barrios populares de las grandes ciudades de América Latina incluyen al trabajo y las relaciones laborales.

Ante el aislamiento, el teletrabajo aparece como solución tanto para mantener las actividades en un escenario de reclusión como para asegurar cierta productividad mínima a las empresas. ¿Pero todos los trabajadores pueden teletrabajar? Es evidente que no y esto depende tanto del tipo de actividad como de las condiciones de trabajo y de hábitat que estos trabajadores tengan. Así las cosas, el teletrabajo se presenta como elemento que puede aumentar la precarización y las desigualdades sociales y laborales, fragilizando aún más las posibilidades laborales de las y los jóvenes de los barrios populares.

Las desigualdades se refuerzan y reproducen en la situación de los trabajadores precarios (reparto a domicilio, supermercados, economías de plataforma), que suelen emplear a jóvenes y que son los que muchas veces continúan trabajando sin posibilidad de cuidado o protección adecuados. Estos empleos han crecido a la vez que aumentó la precarización laboral. De esta manera, en la pandemia y luego de ella se podría producir una paradoja: que disminuya el desempleo juvenil (que actual-

mente es entre 2,5 y 3 veces mayor que el desempleo general) pero que estos empleos sean cada vez más precarios, con menos derechos y condiciones laborales degradadas.

Esto se muestra en un reciente estudio realizado por el Ministerio de Trabajo de la Provincia de Buenos Aires (Argentina) sobre el trabajo en las plataformas digitales de reparto, coincidente con datos de la OIT (2020a). De acuerdo a estos datos, casi dos tercios de los trabajadores de este tipo de actividades (62%) tiene menos de 30 años y que, en promedio, trabajan 9 horas por día arriba de la moto o la bicicleta. Además, el 70% trabaja de lunes a lunes (sin días establecidos de descanso) y el 97% no tiene cobertura alguna de salud ni de riesgos del trabajo.

Hablar de desigualdad laboral podría ser redundante en el capitalismo. Sin embargo, Harvey nos muestra una “nueva clase trabajadora” (el *precarizado* del que hablan Standing, Bauman o Mezzadra) que lleva la peor parte de la crisis, tanto por ser la fuerza laboral que soporta mayor riesgo de exposición al virus en su trabajo o porque puede ser despedida sin compensación, debido al repliegue económico y la inestabilidad de sus derechos. Ante el teletrabajo, ¿quién puede trabajar en casa y quién no? ¿quién puede permitirse aislarse o ponerse en cuarentena (con o sin percibir salario) en caso de contacto o contagio? Con esto se agudizan las desigualdades multidimensionales, interseccionadas con género, territorio, clase, raza/etnia y generación. Por eso, Harvey llama a esta pandemia una “pandemia de clase, género y raza”. Según nuestro análisis, podríamos agregar “generacional” también.

Ante esta situación, ¿cómo hacer que no se precarice más la vida de la mayoría de las juventudes, como evitar que las políticas implementadas ante la pandemia no sean un motor que acelere los procesos de producción y reproducción de las desigualdades sociales multidimensionales? Se abren dilemas y encrucijadas cuya resolución dependerá de disputas sociales y políticas, muchas de las cuales las juventudes ya están dando.

En este punto, Judith Butler plantea que esta pandemia muestra la velocidad con la cual la desigualdad radical y la explotación capitalista encuentran formas de reproducirse y fortalecerse. La autora señala también que esta profundización de las desigualdades se expresará en las disputas por la vacuna o los remedios que aplaquen el virus. En un mundo desigual, donde la competencia, la mercantilización, el racismo, la xenofobia, la segregación y la estigmatización dominan, la distribución de vacunas y medicinas seguirá estas lógicas dominantes. Los barrios

populares podrían ser desplazados de estos derechos a la salud y la vida. Se llegaría así, cierre de fronteras, segregación y control reforzado de la circulación mediante, a la exacerbación de lo que ya discutieron Foucault y Deleuze como la dinámica de las sociedades de control y de dominación biopolítica: las políticas del hacer vivir y dejar morir.

Desigualdades educativas antes y durante la pandemia: una mirada generacional

Si bien en este libro encontraremos el capítulo de Pedro Núñez que aborda esta dimensión específicamente, nos parece importante incluir en este trabajo un breve análisis acerca de las desigualdades educativas, que se han profundizado y ampliado con la virtualización de la educación en todos sus niveles.

Un aspecto de estas desigualdades puede derivarse de las generacionales, ya que no todos los estudiantes tienen las mismas condiciones y posibilidades de asumir las tareas escolares en el hogar. Desiguales son las condiciones habitacionales, las posibilidades de los padres de acompañar los ejercicios, los recursos tecnológicos, la conectividad, el acceso a dispositivos y a otros materiales, los envíos por parte de las escuelas. Así, las desigualdades educativas refuerzan las generacionales y nos muestran como hay diversas experiencias generacionales simultáneas configuradas por situaciones de clase, territorio y género, entre otras.

Por otra parte, no todas las escuelas y universidades tienen los mismos recursos tecnológicos y el acceso a plataformas digitales con el adecuado apoyo; esto refuerza desigualdades que se expresan en sus estudiantes y docentes y en sus entornos; por ejemplo, entre escuelas estatales y privadas o particulares. Recientemente Pedro Núñez profundizó en las experiencias y tendencias de las desigualdades educativas que se visibilizan y profundizan en tiempos de virtualidad. Este autor enfatiza que la menor cantidad de días de clases impacta desigualmente en las personas de acuerdo a diversas dimensiones como el establecimiento donde estudien, su entorno social y sus condiciones culturales o económicas. Asimismo, critica cierta fruición social y gubernamental por no “perder clases” o “recuperar” los días de modos no siempre pensados, situados y significativos (Núñez, 2020).

Algunos datos fundamentan las desigualdades educativas con la virtualidad. Por ejemplo, según un estudio del BID, en América Latina sólo 4 de cada 10 hogares tiene conexión a la banda ancha y el 72% de las y los jóvenes y niños (5 a 17 años) no tienen computador o teléfono para acceder a las modalidades educativas digitales. En el mismo sentido, según el Observatorio de la Deuda Social Argentina (abril 2020), casi la mitad de los niños y adolescentes del país no tienen computadora ni acceso a banda ancha para hacer sus tareas: un 48,7% no tiene PC y un 47,1% no cuenta con wifi en su hogar. Esta proporción se eleva a siete de cada 10 en el estrato social más bajo. Por otra parte, de cada 10 jóvenes, dos viven hacinados y una proporción similar comparte cama o colchón para dormir, haciendo sumamente dificultosa la posibilidad de contar con un espacio adecuado para realizar las actividades escolares o teletrabajar.

Según la misma fuente, el 80% de estos jóvenes cuenta con celular con acceso a Internet, pero en un 60% de los casos, ese teléfono pertenece a un adulto, que también lo necesita y, por ende, se lo puede prestar sólo un rato. Además, la mayor parte de las tareas escolares están pensadas para ser realizadas por computadora y tener computadora propia en ciertos barrios populares es algo excepcional. Siguiendo con datos de la Argentina, entre quienes reciben la Asignación Universal por Hijo (AUH) la brecha se profundiza aún más: el 28% no tiene Internet y el 53% estudia sin computadora (UNICEF, 2020).

Las desigualdades educativas son también experimentadas por las y los docentes, que se exponen a exigencias mayores y a un gasto de recursos propios que casi nunca es reconocido o recompensado.

Escuchar más (y hablar menos) a las juventudes como forma de contrarrestar las desigualdades generacionales

A partir de lo que aquí analizamos, las realidades de las juventudes de la Argentina y de América Latina están signadas por desigualdades sociales multidimensionales e interseccionales que se han visibilizado y profundizado con la pandemia.

Estas desigualdades se refuerzan a partir de las dinámicas adultocéntricas que organizan las relaciones intergeneracionales en las sociedades contemporáneas. En efecto, el adultocentrismo es definido por

Claudio Duarte Quapper como un sistema de dominio que permite el control y la subordinación de las personas jóvenes por parte de las generaciones adultas (Duarte Quapper, 2002). Esto se expresa en que las juventudes son habladas y producidas por el mundo adulto, pero muy poco escuchadas y reconocidas como productoras.

En pandemia, esto se expresó en una falta de escucha, reconocimiento, consideración y visibilización de las voces de los jóvenes en la discusión pública que se evidencia en al menos dos dimensiones. Una, la escasa convocatoria a los estudiantes (sobre todo de nivel secundario y universitario) para la toma de decisiones en las cuestiones referidas a la educación y las dinámicas virtuales, presenciales o híbridas. Dos, la responsabilización o culpabilización de las juventudes como causantes de los rebrotes de contagios en diferentes países y momentos.

Al respecto, un informe de UNICEF (2021) muestra que los jóvenes “expresan disgusto y el malestar por ser considerados como responsables del abandono de los cuidados y propagadores de los contagios”, al tiempo que “sienten que no son escuchados, que no tienen ni voz ni voto y reclaman mayor participación y protagonismo en los protocolos de cuidados escolares” (UNICEF, 2021: 22). El mismo estudio interpreta que “la estigmatización, junto a la percepción de no ser tenidos en cuenta como sujetos con capacidad de agencia para transformar y colaborar a mejorar las condiciones de vida y de su entorno, constituyen elementos que promueven identidades desacreditadas que no favorecen la construcción de ciudadanía” (UNICEF, 2021: 22).

En el mismo sentido, pensamos que en la pandemia los jóvenes encararon la virtualización de la educación como pudieron, la mayoría vieron precarizadas sus vidas y sus condiciones laborales, muchos de los que habitan los barrios populares fueron criminalizados y perseguidos por las fuerzas de seguridad. Muchas otras juventudes también protagonizaron las estrategias comunitarias y populares de cuidado y protección. Pero estas realidades diversas y desiguales se invisibilizan enfocando sólo en las juventudes de sectores medios y medios altos urbanos que se aglomeraron en playas, ríos y lugares de veraneo o que concurren a fiestas no autorizadas.

Ante estas dinámicas sociales adultocéntricas de desconsideración y negación de la escucha hacia las voces juveniles, la alternativa podría ser convocar a las juventudes, escucharlas, reconocerlas, dialogar. Prevenir y prever, más que actuar luego de que los posibles descuidos se produjeron. Esta dimensión de interlocución y argumentación es fun-

damental, porque la evidencia muestra que solo apelar a una responsabilidad con el prójimo y con las personas mayores desde un discurso adultocéntrico no genera los efectos buscados entre los jóvenes.

La dimensión afectiva, vincular, de sociabilidad y encuentro es poco considerada en los debates públicos acerca de las juventudes en tiempos de pandemia. Fue subvalorada en los primeros meses de confinamiento y lo sigue siendo. En este sentido, la pandemia mostró una ambivalencia. Potenció las relaciones y comunicaciones a través de los espacios digitales (principalmente habitados por jóvenes). Al mismo tiempo, esta expansión del mundo digital mostró la necesidad de los encuentros presenciales. Lo virtual no es suficiente si de emociones y sociabilidad juveniles se trata. El encuentro corporal, cercano, sigue siendo fundamental, potente y valorado por los jóvenes.

Una vez más, la mirada generacional está ausente a la hora de pensar cómo posibilitar espacios de encuentro presencial entre las juventudes, sea en el espacio escolar, en ámbitos de ocio y tiempo libre o en el espacio público. La prohibición, la punición y las restricciones (necesarias para mitigar la pandemia) prevalecen, sin pensar en alternativas que las complementen. Si hay cosas prohibidas, ¿qué es lo que se habilita? ¿Cuál es la posibilidad, lo que se ofrece como opción, lo que sí se puede hacer?

Asumiendo que la prevención es fundamental en este momento y quizá en los años por venir, pareciera que la responsabilidad y la solidaridad sociales, junto a políticas públicas (no solo estatales) integrales, situadas, territorializadas, singulares y efectivas son un camino posible de cambio de lógica y construcción de alternativas. Me refiero a otras políticas públicas para contrarrestar los dispositivos sociales de producción y reproducción de las desigualdades sociales multidimensionales y avanzar hacia la producción de una igualdad diversa, que reconozca y se configure a partir de la diferencia.

Políticas hacia la igualdad que se sustenten en la escucha, el reconocimiento y la visibilización de las diversidades juveniles y en los diferentes modos de vida de los jóvenes que (sobre todo los que habitan los barrios populares) para contrarrestar estigmas y segregaciones.

Claro está que estas juventudes también resisten, disputan sentidos, despliegan prácticas alternativas cada día y reafirman sus modos de ser y producirse en forma cotidiana.

Como señaló un reciente documento elaborado por el Grupo de Estudios de Políticas y Juventudes del Instituto de Investigaciones Gino

Germani de la Universidad de Buenos Aires (GEPoJu, 2021), es preciso implementar políticas públicas de prevención y promoción más eficaces, integrales, transversales, situadas y singularizadas, que incluyan las voces juveniles con un mensaje que focalice en las medidas necesarias para el cuidado y las alternativas permitidas ante las restricciones y no tanto en el castigo y la culpa. Es con y desde las juventudes -y no en su contra- que podremos afrontar más afectivamente la actual coyuntura pandémica y proyectar un mundo mejor en la pospandemia.

Para concluir este capítulo proponemos aproximarnos a algunas cuestiones en torno de los procesos de formulación, implementación y evaluación de políticas públicas de juventudes abordados desde la perspectiva generacional y con el objetivo de contrarrestar desigualdades.

En primer lugar, pensar estas políticas públicas con perspectiva generacional. Esto se logra superando las concepciones políticas adultocéntricas, desnaturalizando la noción de que la política pública para jóvenes debe estar formulada por adultos, y pensando en aquellos como protagonistas, no solo como sujetos de derechos, sino como productores y actores de sus propias políticas.

En segundo término, es necesario superar la visión estadocéntrica e ir hacia el reconocimiento de las ampliaciones de lo público, incorporar lo público-comunitario, lo público-social, lo público no estatal (Virno, 2005). Estas perspectivas permitirían aprovechar las capacidades juveniles existentes en el territorio y contrarrestarían la fragmentación y superposición, tan frecuentes en las políticas vigentes.

Como tercer punto, es necesario pensar lo generacional desde una dimensión transversal, no solamente a los jóvenes como participantes de las políticas públicas de juventudes, sino en el conjunto de la legislación y de las políticas públicas; que estas últimas sean integrales, multidimensionales, y conciban a los jóvenes como sujetos activos generadores de políticas, productores y protagonistas de las mismas.

Por último, pensamos en políticas públicas de juventudes que contrarresten las desigualdades en uno de los grupos más desiguales -y también más diversos- del subcontinente más desigual, es necesario generar igualdad reconociendo la diferencia. Construir un común como una forma de estar juntos con otras lógicas, sin negar las diferencias o buscar homogeneizarlas. Concebir la diversidad como potencia y no como vulnerabilidad o fragmentación.

Parece que la igualdad -entramada al reconocimiento de las diversidades- está ocupando un lugar creciente en la discusión pública. Asu-

mamos el desafío que se nos plantea, seamos capaces de ensanchar y densificar estos debates e imaginémoslos como el punto de partida para el tiempo que viene.

Bibliografía

- Badiou, A., (2000) *Movimiento social y representación política*. Buenos Aires, Instituto de Estudios y Formación de la CTA.
- Benza, G. y Kessler, G. (2021) *La ¿nueva? Estructura social de América Latina*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- BID-BM, (2013) *La movilidad económica y el crecimiento de la clase media en América Latina*. Banco Mundial, Washington.
- De Sousa Santos, B. (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Trilce, Montevideo.
- Bourdieu, P., (2007) «Espíritus de Estado. Génesis y estructura del campo burocrático», en *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Anagrama, Barcelona.
- Bourdieu, P., (1990) «La «juventud» no es más que una palabra», en *Sociología y cultura*. Grijalbo, México.
- CEPAL, (2012). *Balance preliminar de la economía en América Latina y el Caribe 2012*. CEPAL, Santiago de Chile.
- CEPAL, (2013) *Panorama Social de América Latina*. CEPAL, Santiago de Chile.
- CEPAL, (2014) *Panorama Social de América Latina*. CEPAL, Santiago de Chile.
- CEPAL, (2015) *Jóvenes que no estudian ni están empleados en América Latina y el Caribe*. CEPAL, Santiago de Chile. Disponible en: <http://www.cepal.org/es/infografias/jovenes-que-no-estudian-ni-estan-empleados-en-america-latina-y-el-caribe>
- CEPAL (2016). *Panorama Social de América Latina*. CEPAL, Santiago de Chile.
- CEPAL (2019). *Panorama Social de América Latina*. CEPAL, Santiago de Chile.
- Chaves, M.; Fuentes, Sebastián y Vecino, L., (2016) *Experiencias juveniles de la desigualdad. Fronteras y merecimientos en sectores populares, medios altos y altos*. Buenos Aires, Grupo Editor Universitario.

- Chaves, Mariana y Segura, Ramiro (eds.) (2015) *Hacerse un lugar: circuitos y trayectorias juveniles en ámbitos urbanos*. Buenos Aires, Biblos.
- Crenshaw, K. (2000). "Gender-related aspects of race discrimination". United Nations Expert Meeting: Gender and Racial Discrimination. Zagreb, Croacia.
- Davis, A. (1981). *Women, Race and Class*. Nueva York, Vintage.
- Duarte Quapper, C. (2002) «Mundos jóvenes, mundos adultos: lo generacional y la reconstrucción de los puentes rotos en el liceo. Una mirada desde la convivencia escolar», en *Última década*, N° 16, CIPDA, Viña del Mar. Pp. 99-118.
- Dubet, F., (2015) *¿Por qué preferimos la desigualdad? (aunque digamos lo contrario)*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Ezcurra, A. M. (2011). *Igualdad en Educación Superior: un desafío mundial*. Buenos Aires: UNGS-IEC-CONADU.
- Facultad de Psicología de la UBA (2020). *Salud Mental en Cuarentena. Relevamiento del impacto psicológico a los 7-11 y 50-55 días de cuarentena en población argentina*. Buenos Aires.
- Fundación SES (2020). Encuesta *Sumar nos suma*. SES: Buenos Aires.
- Gentili, P., (2015) *América Latina, entre la desigualdad y la esperanza. Crónicas sobre educación, infancia y discriminación*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- GEPoJu (2021). "Ante la responsabilización de les jóvenes por la nueva ola de contagios", comunicado del GEPoJu (IIGG-UBA), 8 de enero de 2021, disponible en: <https://www.facebook.com/gepojuiigg/>
- Harvey, D. (2020). *Política anticapitalista en tiempos de COVID-19*. Publicado en Sin permiso el 22 de marzo de 2020. Disponible en: <https://www.sinpermiso.info/textos/politica-anticapitalista-en-tiempos-de-covid-19>.
- INDEC, (2015) *Encuesta Nacional de Jóvenes. Principales resultados*. Ministerio de Economía: Buenos Aires, septiembre de 2015.
- INDEC (2019). *Condiciones de vida*. Ministerio de Economía: Buenos Aires, Vol. 4, n°4, segundo semestre de 2019.
- INDEC (2020). *Condiciones de vida*. Ministerio de Economía: Buenos Aires, Vol. 5, n°4, segundo semestre de 2020.
- Jelin, E., Motta, R. y Costa, S. (2020). *Repensar las desigualdades. Cómo se producen y entrelazan las asimetrías globales y qué hace la gente con eso*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Kessler, G., (2014) *Controversias sobre la desigualdad: Argentina, 2003-2013*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Larrondo, M. y Mayer, L. (2018). *Ciudadanías juveniles y educación. Las otras desigualdades*. Buenos Aires, Grupo Editor Universitario.

- Lenoir, R., (1979) «L'invention du «troisième âge»», en *Actes de la recherche en sciences sociales*. Vol. 26-27, mars-avril. Pp. 57-82.
- Lenoir, R., (2000) «Savoirs et sciences d'État: généalogie et démographie» en *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 133. Pp. 96-97.
- Lewkowicz, I. (2004a). *Pensar sin estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Buenos Aires: Paidós.
- Lewkowicz, I. (2004b). "La generación perdida". En *El Signo*, 7 de abril de 2004. Disponible en: www.elsigma.com. Acceso: noviembre de 2008.
- Mahmud, G. (2021). "El trap y el freestyle: el grito de la juventud que la política no escucha", en *La Vanguardia*, 9 de julio de 2021. Disponible en: <http://www.lavanguardia.com.ar/index.php/2021/07/09/el-trap-y-el-freestyle-el-grito-de-la-juventud-que-la-politica-no-escucha/>
- Mannheim, K. 1993 (1928). "El problema de las generaciones", en *Revista Española de investigación sociológica*. N° 62, Pp. 193-242.
- Mc Call, L. (2005). "The Complexity of Intersectionality". *Signs*. Vol. 30, N° 3 (Spring 2005). Pp. 1771-1800.
- Martín Barbero, J., (2002) «La globalización en clave cultural: una mirada latinoamericana», en *Globalisme et pluralisme, Colloque international*. Montreal, abril. Disponible en: <http://www.er.uqam.ca/nobel/gricis/actes/bogues/Barbero.pdf>
- Núñez, P. (2020). "Desigualdades educativas en tiempos de coronavirus", en *La Vanguardia*, 14 de abril de 2020. Disponible en: <http://www.lavanguardia.com.ar/index.php/2020/04/14/desigualdades-educativas-en-tiempos-de-coronavirus/>
- Núñez, P. y Litichever, L., (2015) *Radiografías de la experiencia escolar*. Grupo Editor Universitario, Buenos Aires.
- Observatorio de la Deuda Social de la Argentina (2020). *La pobreza más allá de los ingresos. Nuevo informe sobre pobreza Multidimensional 2010-2019. Introducción de datos fundados en un Enfoque de derechos*. Buenos Aires, Pontificia Universidad Católica Argentina. Disponible en: <http://wadmin.uca.edu.ar/public/ckeditor/Observatorio%20Deuda%20Social/Documentos/2020/2020-OBSERVATORIO-DOCUMENTO-TRABAJO-NUEVO-INFORME-PM-ENFOQUE-DERECHOS.pdf>.
- OIT (2020). *Los jóvenes y la pandemia de la COVID-19: efectos en los empleos, la educación, los derechos y el bienestar mental*. 11 de agosto de 2020. Disponible en: https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---ed_emp/documents/publication/wcms_753059.pdf
- OIT (2020a). *El trabajo en las plataformas digitales de reparto en Argentina: análisis y recomendaciones de política*. OIT: Buenos Aires.

- Pérez Sainz, J. P., (2014) *Mercados y bárbaros. La persistencia de las desigualdades de excedente en América Latina*. FLACSO, Costa Rica.
- Reygadas, L., (2004) *Las redes de la desigualdad: un enfoque multidimensional*. UAM, México.
- Reygadas, L. (2008). *La apropiación. Destejiendo las redes de la desigualdad*. Barcelona y México: Antropos.
- Rodríguez, E. (2012). *Movimientos juveniles en América Latina: entre la tradición y la innovación*. Montevideo: CELAJU – UNESCO.
- Saraví, G. (2015). *Juventudes fragmentadas. Socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*. México: FLACSO México y CIESAS.
- Segura, R., (2015). *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*. Buenos Aires, UNSAM.
- Sennett, R., (1978). *El declive del hombre público*. Barcelona, Península.
- Sociedad Argentina de Pediatría (2020). *El estado emocional de las/os Niñas/os y adolescentes a más de un mes del aislamiento social, preventivo y obligatorio*. Buenos Aires.
- Tapia, L., (2012). «Universidad pública, posgrado y renovación del Conocimiento y las sociedades», en Gentili, P. y Saforcada, F. (coords). *Ciencias Sociales, producción de conocimiento y formación de posgrado. Debates y perspectivas críticas*. CLACSO, Buenos Aires.
- Therborn, G., (2015). *Los campos de exterminio de la desigualdad*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- UNICEF (2020). *Efectos del COVID-19 sobre la desigualdad y la pobreza infantil en Argentina*. Buenos Aires: UNICEF.
- UNICEF (2021). *Salud mental en tiempos de coronavirus*. Buenos Aires: UNICEF.
- Universidad de General Sarmiento, UNGS (2020). *El Conurbano en cuarentena I y II*. Los Polvorines.
- Valenzuela A., J. Manuel (coord.) (2015) *El sistema es antinosotros. Culturas, movimientos y resistencias juveniles*. UNAM/COLEF/GEDISA, México.
- Vázquez, M. (2013). “En torno a la construcción de la juventud como causa pública durante el kirchnerismo: principios de adhesión, participación y reconocimiento”, *Revista Argentina de Estudios de Juventud*, 1 (7). Pp. 1-25.
- Virno, P. (2005) *Ocurrencia y acción innovadora. Por una lógica del cambio*. Ed. Tinta Limón, Buenos Aires.
- Vommaro, P. (2014). “Juventudes, formas de participación política y generaciones: acercamientos teóricos y debates actuales”, en *En busca de las condiciones juveniles latinoamericanas*. Sara Victoria Alvarado y Pablo Vommaro

- (editores). COLEF-CINDE Manizales-CLACSO. Tijuana, México y Manizales, Colombia.
- Vommaro, P., (2014a) «La disputa por lo público en América Latina. Las juventudes en las protestas y en la construcción de lo común», en *Revista Nueva Sociedad* N° 251, junio 2014. Pp. 55-69.
- Vommaro, P., (2015) *Juventudes y políticas en la Argentina y en América Latina. Tendencias, conflictos y desafíos*. Buenos Aires, Grupo Editor Universitario.
- Vommaro, P., (2017) «Territorios y resistencias: configuraciones generacionales y procesos de politización en Argentina con perspectiva latinoamericana», en *Iztapalapa. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, UAM-I, México. Pp. 101-133.
- Vommaro, P., (2017a) «Hacia los enfoques generacionales e intergeneracionales: tensiones y perspectivas en las políticas públicas de juventud en América Latina» en *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*, N°8. U. de Caldas, Manizales. Pp. 121-137.
- Vommaro, P. (2017b). “Juventudes latinoamericanas: diversidades y desigualdades”, en *Revista Temas*. N° 87-88. La Habana. Pp. 4-11.
- Vommaro, P. (2017c). *Juventud y desigualdades en América Latina y el Caribe*. Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Vommaro, P. (2017d). “Juventudes latinoamericanas: vidas desplegadas entre las diversidades y las desigualdades”. *Revista Argentina De Estudios De Juventud*, (11). Recuperado a partir de <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/revistadejuventud/article/view/4505>
- Vommaro, P. (2019). “Desigualdades, derechos y participación juvenil en América Latina: acercamientos desde los procesos generacionales”, en *Revista Direito e Praxis*, Vol. 10, N° 2, marzo de 2019. Pp. 1192- 1213. Programa de Postgrado en Derecho de la Universidad del Estado de Rio de Janeiro.
- Vommaro, P. (2020). “Las dimensiones sociales, políticas y económicas de la pandemia”, Publicado en *Observatorio Pensar la pandemia* el 20 de marzo de 2020. CLACSO. Disponible en: <https://www.clacso.org/las-dimensiones-sociales-politicas-y-economicas-de-la-pandemia/>.
- Vommaro, P. (2020a). “Juventudes, barrios populares y desigualdades en tiempos de pandemia”, en Dammert, M.; Bonilla, L. y Vommaro, P. *Múltiples miradas para renovar una agenda urbana en crisis*. Buenos Aires: CLACSO.

Narrativas juveniles en pandemia Interpretar y comprender sentires en tono a lo social

Patricia Acevedo y Nicolás Giménez Venezia

Introducción

La pandemia de COVID-19 afectó a lxs jóvenes de modo sistemático, profundo y desproporcionado. Aunque la clasificación epidemiológica ubicó a las juventudes por fuera de los grupos de riesgo, es evidente que la situación modificó sus vidas, a lo que se suma la ausencia de sus voces en un espacio público hegemonizado por miradas adultocéntricas.

Fueron voces de adultxs las que, de diversos modos, recuperaron sensaciones y tránsitos por la pandemia, escribieron y divulgaron dichas sensaciones, analizaron y hasta prescribieron comportamientos juveniles, identificando lo que estaba bien y lo que no. La pandemia no solo profundizó las diferencias sociales, sino que además exacerbó las desigualdades de género y entre generaciones. Al decir de algunxs jóvenes, la pandemia agudizó e hizo visibles situaciones de desigualdad que ya existían. En dicho contexto, lxs jóvenes fueron nombradxs, investigadxs, recludxs, culpabilizadxs, cuidadxs, pero muy pocas veces escuchadxs, atendidxs, consultadxs o involucradxs.

Este artículo se inscribe en un conjunto de reflexiones y acciones (ponencias, artículos, cortos, informes) que en estos últimos tiempos hemos producido, de manera colectiva, miembros del equipo del cual formamos parte¹, y en él nos proponemos identificar y comprender preocupaciones

1. EntreGeneraciones: Colectivo de Investigación Acción con Jóvenes conformado por docentes, graduados y estudiantes de la Facultad de Ciencias Sociales de la UNC.

y sentires juveniles en torno a lo social en tiempos de COVID-19. Nuestro lugar de enunciación y producción y nuestro ejercicio epistémico y metodológico pretende acercarse a la “co-labor”. Como afirman Leyva y Speed (2008), el trabajo de co-labor les sirvió para enfrentar al menos tres problemas que (...) están interrelacionados y presentes en muchos proyectos de investigación: 1) el problema de la supervivencia del fardo colonial de las ciencias sociales y de la naturaleza neocolonial de la investigación científica; 2) el problema de la arrogancia académica producto de la racionalidad indolente que asume que el conocimiento científico es superior, más valioso que el producido por los actores sociales; 3) y, la cuestión de la política de la producción del conocimiento que incluye, por una parte, el interés y la práctica de producir conocimiento que contribuya a transformar condiciones de opresión, marginación y exclusión de los estudiados; y, por otra, a producir análisis académicos más ricos y profundos a través de la experiencia de co-labor. (pp. 34-35)

Este trabajo pretende ubicarse como un ejercicio de co-labor sobre producciones escritas juveniles en y sobre pandemia. A partir de su relectura, construimos categorías de ordenamiento y análisis que fueron puestas a consideración y reinterpretación de nuestros co-autores, lxs jóvenes estudiantes de las tres carreras de grado que se dictan en nuestra facultad.²

Tomamos como insumos las producciones juveniles que se encuentran en el “Cuaderno de Coyuntura N°5, Jóvenes: pensar y sentir la pandemia” (2021) y guiamos nuestras lecturas por las siguientes preguntas: *¿cuáles son las preocupaciones de este conjunto de jóvenes, nóveles investigadores sociales, en contextos marcados por la pandemia?, ¿qué narran los jóvenes?, ¿cuáles son las palabras/categorías que se pronuncian y marcan sus lecturas en pandemia?, ¿a quién/es eligen para narrar y por qué les eligen?, ¿cuál es el tono de sus reflexiones, percepciones, sentires?*

2. María Amor Martínez; Catalina Vegas Pejkoivic, Zahira Ulloa, Luz Nayla Prado, Marco Gabriel Villa Ponza y Rocío Moreno, estudiantes de la Facultad de Ciencias Sociales de la UNC a quienes agradecemos especialmente por sus aportes.

Compartimos con lxs autores esta primera clasificación, la pusimos a su consideración y la completamos con sus interpretaciones³.

Nuestro mayor esfuerzo ha sido sintetizar, a los fines del presente artículo, el abundante y rico caudal de contenido que este proceso arrojó. Como resultado, hemos dividido este capítulo en las siguientes partes: breve descripción del corpus; los protagonistas; las preocupaciones y palabras marcadas por la pandemia; la relevancia del territorio; las rupturas en la cotidianeidad del trabajo y el estudio; las acciones colectivas en pandemia. Al final, unas breves conclusiones rescatan la relevancia de la escucha atenta a los sentires e interpretaciones juveniles en torno a lo social.

Breve descripción de nuestro corpus

Entre mayo del 2020 y julio del 2021, estudiantes de grado de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba han producido crónicas, trabajos prácticos, parciales y ensayos, con objetivos académicos, de investigación o extensión, los cuales han estado atravesados por la situación de pandemia. Algunas de estas producciones han trascendido la entrega para cumplir con alguna obligación académica y una buena parte de ellas pueden leerse en el *Cuaderno de Coyuntura N° 5*, donde fueron publicadas “Crónicas escritas por estudiantes de nuestra facultad durante la cuarentena”; integrantes del equipo de investigación “Jóvenes, educación, trabajo y participación: estrategias y circuitos de acceso que los jóvenes de sectores populares despliegan en contextos y tiempos de restricciones”, acompañados por docentes-investigadores del mismo equipo hicieron el ejercicio de registrar y sistematizar prácticas, vivencias y emociones juveniles desde un enfoque cualitativo.

En palabras de Reguillo-Cruz (1999) las crónicas son “relatos que aspiran a consignar la vida en la contradictoria complejidad de su simpleza” (p. 14). El desafío en la producción de las crónicas fue dar voz y presencia a vivencias de jóvenes, recuperar emociones, ansiedades,

3. En un taller presencial realizado bajo los cuidados y recomendaciones del COE (Comité de Emergencia) de nuestra Facultad.

miedos, alegrías, ideas, apuestas y estrategias, en el marco de diversos aspectos que restringen y/o posibilitan el acceso a derechos.

En este marco, la escritura de crónicas se presentó como un dispositivo que permitió graficar el “permanente tránsito de historias y de memorias que, siendo mapas individuales, configuran un mapa colectivo” (Reguillo-Cruz, 1999, p. 13) y enforzar la atención mediante la narración en cuestiones de lo cotidiano que muchas veces no son contadas.

Cada ayudante de investigación seleccionó unx joven con quien trabajar, hermanx, amigx, conocidx, compañerx de estudio, de trabajo, de grupos y organizaciones donde realizan trabajo voluntario o militante. Se trataba de jóvenes que habían perdido el empleo, que se subían al techo para tener señal de wifi en sus celulares y estudiar y comunicarse, que volvieron a sus hogares, pueblos, provincias. Las primeras sesiones de trabajo colectivo permitieron poner en común y justificar los criterios de selección tenidos en cuenta. En todos los casos primaron la cercanía generacional, el contacto previo, el escuchar historias o comentarios y la predisposición de quien “hablaba”. Las crónicas, antes narraciones, se recogieron de diversos modos, todos mediados por la virtualidad: en general por WhatsApp, videollamadas, encuentros por Meet o Zoom. Todo el proceso de investigación se desarrolló *en y desde* la virtualidad, es así que nuestro taller de artesanía intelectual fue mediado por una pantalla de celular o computadora e interrumpido por cortes de luz, mala o nula conectividad.

Otro conjunto de producciones, que también forman parte del cuaderno mencionado, son las “Reflexiones realizadas por estudiantes de la cátedra Análisis de la Sociedad Argentina Contemporánea”, de la carrera de Sociología, sobre la ciudad imaginada en respuesta a las desigualdades que la pandemia puso en evidencia. Participaron 21 estudiantes que, con sus narraciones, compartieron reflexiones de lo cotidiano y de las utopías acerca de la ciudad en tiempos de pandemia.

El último bloque de producciones analizadas lo constituyen las experiencias y voces de lxs estudiantes que participan del Programa de Acompañamiento a los Recorridos Académicos entre Estudiantes de Sociales “Sociales Pares”, pensado por y para estudiantes como una herramienta que contribuya a garantizar el derecho a la educación y colaborar en la inclusión y permanencia de todxs lxs estudiantes de grado de la Facultad de Ciencias Sociales. La inserción a la Universidad Nacional no sólo implica el acercamiento y aprendizaje de contenidos de campos disciplinares y de conocimientos específicos, sino también

la apropiación por parte de lxs estudiantes de una nueva cultura político-académica institucional y la construcción de la subjetividad estudiantil universitaria. Este proceso complejo, gradual y permanente entra en diálogo, de modo más o menos conflictivo, con las competencias, saberes y experiencias educativas y culturales que traen quienes ingresan a la universidad. Se trata de un camino que lxs estudiantes pueden transitar individual o colectivamente, acompañadxs o no.

En los textos analizados, estudiantes que forman parte del programa comparten reflexiones sobre los modos en que transitaron, vivieron y concibieron ese “acompañamiento a los recorridos académicos entre pares” durante este período que incluyó el tránsito de la educación presencial a la virtualidad, lo que implicó que estudiar, producir trabajos, acceder a programas y textos, inscribirse a materias, reclamar o consultar por algún trámite también se trasladaron desde las aulas y los pasillos a las pantallas.

Desde nuestro lugar de investigadores y docentes, quienes escribimos este artículo, pero también otrxs compañerxs docentes de nuestra facultad, hemos estimulado y acompañado estos procesos de escritura en pandemia. Es por eso que los consideramos como insumos centrales, palabras relevantes que ponen nombre a procesos, recuperan rupturas y sensaciones por las que transitamos docentes y estudiantes de la universidad pública.

Protagonistas

¿Quiénes son lxs protagonistas de estas historias, crónicas, ensayos? ¿A quiénes eligen para narrar y por qué lxs eligen? ¿Qué narran lxs jóvenes y cuáles son las palabras/categorías que se pronuncian y que marcan sus lecturas en pandemia? Estos son los interrogantes desde los cuales organizamos este apartado.

En general, lxs jóvenes seleccionadxs narran la cotidianeidad y sus modificaciones y rupturas. Son amigxs, compañerxs de estudio, escuela o universidad, de militancia o de trabajo, familiares, que transitan espacios urbanos y rurales, institucionales y sociales. Se eligen entre pares, la cercanía y el conocimiento previo operan como un criterio de selección y elección. Advertimos que esta cercanía ha sido en gran medida la que ha permitido rescatar voces en profundidad.

Entre lxs jóvenes que ya cursaron dos años de sus carreras de grado en pandemia, que solo conocen a sus compañerxs de curso a través de una pantalla y que se acercaron desorientados al programa “Sociales Pares”, se encuentran Chiara, que “asiste a un colegio público de la Provincia de Córdoba”, Mica, de Villa El Sauce, en Córdoba Capital, que cursa el secundario y en su “escuela lxs docentes están mandando las tareas y trabajos prácticos a través de un *drive*”, Mariano, de 17 años, que cursa el último año del secundario en una escuela en Río Segundo y Facundo, que “asiste a un colegio privado ubicado en el centro de la Ciudad, que desde antes de la pandemia ya contaba con un campus virtual”. A través de sus historias invitan a pensar en las diferentes vivencias y posibilidades en el acceso al derecho a la educación.

Además de sus actividades laborales y educativas, otrxs venían participando de actividades sociales en sus barrios y/o en centros de estudiantes, como es el caso de Mica y también el de la Chechu, que, tal como les contó a Lucía y Carla, las jóvenes que escribieron las crónicas, “esa noche tenía claro que la pandemia iba a impactar fuertemente en nuestras vidas cotidianas.” El 19 de marzo del 2020 a las 21:15, cuando Alberto Fernández empezaba con “*buenas noches a todos y a todas... El mundo está atravesando un momento singular, una pandemia que ha avanzado con mucha velocidad y que ha llegado a América Latina*”, suspiró, miró a su mamá, a su perro, dejó la comida y su cabeza empezó a dar vueltas y a pensar en la facultad, el trabajo, Los Cortaderos, la militancia.

También es el caso de Aldana, de 20 años, estudiante de Medicina, que “decidió inscribirse como voluntaria en el programa ‘Aceptación de Voluntarios Espontáneos’ convocado por la Provincia de Córdoba, a través de la Secretaría de Gestión de Riesgo Climático, Catástrofes y Protección Civil, cuyo fin es ‘hacerle frente’ a la actual coyuntura que nos atraviesa”.

Entre las crónicas y ensayos recogidos, analizados e interpretados, contamos más de treinta narrativas. En todas y cada una de ellas, la condición generacional atravesada por el género, el lugar de residencia y la clase social constituyen condiciones de posibilidad y límites al ser jóvenes en pandemia. Dichos atravesamientos son recuperados y analizados por lxs estudiantes que los recogieron. La juventud multicolor aparece en los relatos y en quienes los describen.

Preocupaciones y palabras marcadas por la pandemia

Como hemos mencionado, el contexto de producción de los trabajos ha sido distinto, pero, aun cuando cuentan con particularidades, es posible identificar un eje común que las atraviesa: las desigualdades, su agudización y visibilización.

Respecto del corpus analizado, en primer lugar, las crónicas invitan a conocer en relatos de primera mano los vínculos de jóvenes con el acceso y las restricciones a derechos ligados al estudio, el trabajo, la salud y la participación, buceando por los circuitos, identificando estrategias y nudos de obstáculos a los que lxs jóvenes se han enfrentado.

Las producciones de la cátedra Análisis de la Sociedad Argentina Contemporánea piensan el derecho/no derecho a la ciudad y lo cotidiano en Córdoba y abordan la ciudad desde los devenires histórico-sociales, el impacto de políticas y los complejos procesos de segregación social y desde las vivencias de familias cordobesas. El lugar de centralidad del desarrollo inmobiliario en el ordenamiento del uso y acceso a la tierra y otras externalidades conlleva un “miedo latente a un desalojo donde de un día para el otro te dejan en la calle sin absolutamente nada”.

Las producciones vinculadas al Programa “Sociales Pares”, se centran en los procesos de ingreso, permanencia y egreso de la facultad y retoman vivencias y estrategias desarrolladas entre pares en el acceso a la educación superior, procesos de acompañamiento e inclusión desde pares realizados en contextos de virtualidad absoluta.

Todas las producciones referenciadas, desde sus singularidades, invitan a pensar, desde las ciencias sociales, en procesos donde “desigualdades de todo tipo se encuentran a la orden del día”, entendidas, como señalan diferentes estudios (Kessler, 2014; Clemente et al., 2014; Chaves et al., 2017; Lera, 2017), articuladas y entramadas en una red de desigualdades, en plural, que trascienden la tradicional mirada sobre la variable económica.

La relevancia del territorio

Todo fenómeno social, político, económico, cultural, tiene una dimensión espacial. El territorio ha tenido siempre una gran importancia, aun-

que para distintos fines. Sin embargo, así como no cualquier edificio es un hogar, tampoco cualquier espacio físico es un territorio. El territorio no es solo un espacio físico, sino un espacio social significativo, aparece como realidad tangible y material y como parte del imaginario, como práctica y como representación, como valor cultural, identidad colectiva, especificidad espacial y sede social de las más variadas relaciones y dinámicas.

El espacio que habitamos nos marca, a la vez que nosotros marcamos al espacio. Establecemos códigos de reconocimiento mutuo que el forastero no entiende, fijamos nuestras propias calles más allá de las demarcadas, nos apropiamos de una determinada manera del espacio, por el modo en que lo usamos. El territorio es un lugar privilegiado, donde se gestan solidaridades y cooperaciones, y una importante base de la acción colectiva. Los territorios también son espacios que incluyen y excluyen y generan marcas que, en ocasiones, son estigmas, posibilidades de encuentros y de desencuentros, como los que lxs estudiantes han identificado fuertemente en sus textos.

Para lxs jóvenes, “el barrio se configura al son de un ancho camino principal de tierra, mientras se avanza por su lado izquierdo, con cuidado de los camiones que transportan tierra y materiales cada tanto, y de las camionetas 4x4 de alta gama que se pierden en dirección al country, unx puede observar que allí no existe configuración de damero alguna, muy común a los planeamientos urbanísticos. Muchas casas comparten sus patios, un mismo lote es el espacio de convivencia de varias construcciones y de usos variados. En esta mixtura se intercalan cortaderos de ladrillos, ubicados en los patios de las viviendas y pequeños caminos que desaparecen tras la flora autóctona y que, para un foráneo, pueden parecer laberínticos. Por detrás, haciendo una toma panorámica sobre la falda de las sierras, se desperdiga el country con sus casas grandes y sus dueños anónimos”.

Esta idea de mixtura dialoga con otras producciones que asientan sus miradas en la creación de muros, materiales y simbólicos, que dividen formas de vivir, de ser, pero, por sobre todo, de merecer un tipo de ciudad. Dicen lxs jóvenes estudiantes: “a lo largo de la historia de nuestra Córdoba ha existido una permanente contradicción entre el derecho humano a la ciudad y la mercantilización de la urbanización. La continuidad en un modelo de ciudad fragmentada no solamente aumenta la desigualdad en el acceso a la ciudad y a sus bienes y servicios,

sino que, además, limita el efecto de cualquier política redistributiva y reproduce esa desigualdad.”

En las imágenes que lxs jóvenes han propuesto, vinculadas a las disposiciones del transporte, se observan estas desigualdades: “el mapa del transporte público en la ciudad construye, sobre la base de las desigualdades socioeconómicas entre sus ciudadanos y sus barrios, un acceso desigual a este servicio, con repercusiones regresivas en el derecho a la ciudad de estos distintos sectores”. Aparece, también, la irrupción en lo cotidiano de las condiciones de vida: “en estos días fríos caminar por Chacabuco, por el tramo que conecta a la universidad con el centro político de la ciudad, implica tropezar con camas espontáneas que solían ser bancos para esperar el colectivo. Abundan las mantas y colchones reciclados de personas en situación de calle, cuya única posibilidad habitacional es la intemperie y la solidaridad de les vecinxs”.

Los espacios marcan y nos marcan y lxs jóvenes reconocen y recuperan esas marcas, como condiciones de posibilidad o como límites. En todas las crónicas hay una descripción de los sujetos en sus territorios, en barrios y en parajes del interior de la provincia. La Ciudad Universitaria también ha sido recuperada y “extrañada” como territorio: “no es lo mismo hacer un trabajo por el celu o la compu que ocupar el bosquecito, se extrañan el mate, el ruido de las aulas.”

Rupturas en la vida cotidiana: crisis, cambios adaptaciones

Sin dudas, una de las consecuencias inmediatas más palpables de la situación de aislamiento fue la transformación de la vida cotidiana, donde las rutinas familiares tuvieron que adaptarse a las nuevas posibilidades laborales, educativas, de convivencia. De este modo, la cotidianidad cobró nuevas dimensiones y sentidos para todxs, particularmente para lxs jóvenes, que vieron recludas todas o gran parte de sus actividades al ámbito del hogar.

El acceso a la educación, como otros derechos, se vio atravesado por el aislamiento: “hasta hace poco tiempo, esta joven organizaba su rutina entre estudios, familia, compañerxs; muy a contrapelo del reflejo que hoy ofrece su ventana, indicando que el sol nos encuentra, la mayor parte del tiempo, puertas adentro. Como si de un retrato se tratara, un

día de Agus, antes de la cuarentena, comenzaba con el colegio, regresando luego a casa para almorzar junto a su madre.” Los factores son múltiples y se articulan ya que en muchos casos “además de la imposibilidad de acceder a una red de conectividad wifi para llevar adelante las tareas escolares y trabajos prácticos, se encuentran con las restricciones propias de la institución educativa a la que ambas concurren y [por ello] emplean, en paralelo, estrategias que posibiliten acceder mediante otros canales a los materiales de lectura obligatoria”. Los vínculos y la comunicación en pandemia “no son lo mismo”, relata una joven cuando es consultada porque no hacía uso de videollamadas. Sostiene que “estar cara a cara, reírse a la par, compartir un vino, contar alguna anécdota de cuando eran más chicos, escuchar música bien fuerte son algunas cosas que se postergaron por el aislamiento y la cuarentena y que no pueden ser reproducidas con la misma intensidad de manera virtual”.

En el mismo sentido, afirman que “las sensaciones que relatan lxs pibes son diversas y van desde la incertidumbre a los ‘sentimientos’ de no poder abrazarse o juntarse con lxs amigxs y familiares”, encuentran raro no poder tener una conversación frente a frente porque “los teléfonos no te dan esa satisfacción de escuchar la risa de esa persona al charlar”.

Algunxs jóvenes hablan abiertamente de su aburrimiento, de no encontrar muchas cosas para hacer, de estar encerradxs, en general las jóvenes mujeres mostraron más sensaciones negativas que los varones, aunque, al mismo tiempo, otrxs relatan que se siguen juntando en alguna casa a charlar un rato: “los controles son menores en los pueblos, entonces no juntamos unxs pocxs en alguna casa”. La ruralidad acciona de manera particular en torno a las representaciones que circulan y, si bien todxs remarcan cumplir con la cuarentena, es recurrente en sus discursos que mencionen que, al estar lejos de las ciudades, el riesgo de contagio se vuelve menor.

El trabajo y el estudio: Agudización de desigualdades preexistentes

En los últimos años hemos asistido a diferentes acciones gubernamentales que intentan abordar las condiciones de acceso y permanencia en el mundo del trabajo por parte de lxs jóvenes, quienes presentan

características particulares ligadas a precariedad, subocupación⁴, desempleo⁵, experiencias cortas y malas, entre otras. A propósito de ello, Brandán Zehnder (2014) afirma que:

diversos representantes de la Academia y organizaciones internacionales como la Organización Internacional del Trabajo (OIT), la Organización de Naciones Unidas, (ONU), el Banco Mundial (BN), entre otros; han elaborado informes y análisis que dan cuenta de las restricciones que este grupo poblacional posee para la obtención de empleo y el enorme desafío que importa para los Estados la inclusión de los mismos en el mundo del trabajo. (p. 39)

En este contexto, el ingreso y permanencia al mercado de trabajo a la luz de las medidas sanitarias se ha complejizado y ha exacerbado las condiciones preexistentes, ya que en la provincia de Córdoba los programas de empleo vigentes fueron suspendidos -por mensaje de texto- en el inicio de la pandemia y no fue hasta fin del 2020 que se regularizó su funcionamiento.

Acceder al mercado de trabajo tiene complejidades, como las que atravesó Mica, quien en 2019 “comenzó a proyectar su 2020, pues solo le quedaba una materia para recibirse de Diseño Industrial y, por ende, tenía mucho tiempo libre y le pareció un buen plan armar un currículum y enviarlo a lugares donde buscaban diseñadorxs. Tiempo después, la llamaron de una agencia de arquitectura publicitaria y a la semana la tomaron. En abril el jefe de Mica, la llamó para decirle que quedaba

4. La precariedad en el empleo es definida por Cynthia Pok como la situación de aquel trabajador “que presenta una inserción endeble en la producción de bienes y servicios. Dicha inserción endeble está referida a características ocupacionales que impulsan o al menos facilitan la exclusión del trabajador del marco de la ocupación. Se expresa en la participación intermitente en la actividad laboral y en la disolución del modelo de asalariado socialmente vigente. Asimismo, se refleja en la existencia de condiciones contractuales que no garantizan la permanencia de la relación de dependencia (...), así como el desempleo en ocupaciones en vías de desaparición o de carácter redundantes en términos de la necesidad del aparato productivo” (Pok, 1992, p. 10).

5. “Las condiciones que debe reunir un trabajador para estar desempleado son: a) encontrarse sin empleo, es decir que no tengan un empleo asalariado o un empleo independiente, tal como se los definiera anteriormente; b) estar disponible para trabajar en una de las dos modalidades (asalariado o independiente); c) estar buscando un empleo asalariado o un empleo independiente en un periodo reciente especificado.” (Neffa et al, 2014, p. 20).

‘momentáneamente suspendida, sin goce de sueldo, hasta que se reactive el movimiento en la empresa’. ‘No te vuelvas loca’, le dijo. ‘¿Cómo querés que no se vuelva loca?’”

Como afirman lxs jóvenes, “la dimensión del trabajo no es una cuestión que pueda ponerse en suspenso para muchxs jóvenes. Tal y como cuenta Miguel, sus amigxs varones continúan con sus ‘changas’ eventuales –dentro de lo posible– en los cortaderos de ladrillos o en los campos cercanos. Para Leila, muchas familias se encuentran complicadas pues como la suya, no están trabajando ni generando ningún tipo de ingreso. Lxs chicxs coinciden en remarcar lo fundamental del Ingreso Familiar de Emergencia –como política pública nacional– para sus familias (unidades domésticas) y de sus conocidxs: ‘más o menos con eso la pilotean’”.

Es posible advertir la diversidad de estrategias desplegadas por jóvenes y por grupos familiares para resolver lo cotidiano luego de la suspensión de trabajos no esenciales. Por un lado, el acceso a políticas de emergencia como el IFE y, por otro, apuestas como la del joven que relata que “los primeros días de cuarentena mi vieja pagó la mayor cantidad de cuentas y después no teníamos para comprar una lavandina para cuando yo llegaba de trabajar y que pudiésemos desinfectar las cosas y me preguntaba cómo bancábamos como familia todo esto y lo que se nos ocurrió es garantizar la comida de los más chicos y que los demás veíamos en el transcurso de los días”.

Sin embargo, como relatan lxs jóvenes, “el trabajo no es la única de sus preocupaciones. El estudio también se le termina complicando. Dice que a veces se siente como un gran cúmulo de tareas y no puede diferenciar las distintas esferas de su vida. La división entre los tiempos de trabajo, estudio o descanso se hace borrosa. Ninguna de sus actividades le da un respiro. Todo se está dando en el mismo espacio y tiempo. Se entremezcla el estudio con el trabajo.”

A esta combinación de actividades se suma la de las tareas de cuidado que afecta principalmente a jóvenes mujeres, que son, en general, quienes realmente ocupan su tiempo en la tarea y en su gestión: cuidar, llevar hasta quien cuida, buscar o llevar del jardín, entre otras acciones que deben desarrollarse y que coinciden con trabajo y estudio. Afirman que “la virtualidad se establece como mediadora ambivalente: se vuelve herramienta y a la vez limitación. La duplicación de tareas: somos trabajadorxs, madres, padres, estudiantes, familiares. las horas del día no alcanzan para tantas actividades -mucho menos para pararse a sentir-.

Se trata, entonces, de una conexión que nos desconecta, de nuestra propia emocionalidad y la del otro”.

En el acceso a la educación, los jóvenes identifican que han cambiado los medios porque es “es raro intentar buscar en un PDF o en un WORD lo que el espacio de las aulas nos ofrece. Las explicaciones no son las mismas, los debates ante alguna temática se desvanecen y la resolución de algunos ejercicios se complica. Las voces de los docentes, a través de audios interminables, insisten, resisten, pero no ceden, aun cuando todo se torna extremadamente raro y confuso”. En palabras de Facundo, “el mayor desafío es que me tuve que acostumbrar al nuevo ritmo que me demanda el estudio y a esta nueva metodología de hacer todo por internet”.

A estas dificultades se suman las ligadas a la calidad de dispositivos y conexiones: “la memoria del celular no me deja descargar los archivos. En el pueblo no tenemos la posibilidad de acceder a un lugar donde fotocopiar o imprimir materiales para desarrollar actividades, pocos son los que cuentan con servicio de internet y con dispositivos para conectarse a la virtualidad”.

La vuelta plena a la presencialidad en la escuela primaria y secundaria, y de manera híbrida/intermitente en las universidades provoca en los jóvenes diferentes sensaciones, ya que la escuela “no solamente es para nosotros, los jóvenes, un lugar para el aprendizaje e intercambio, sino que también -y sobre todo para quienes vivimos en pueblos pequeños- es el espacio donde se llevan adelante actividades de participación, recreación y contención”. Como se ve en los aportes de jóvenes del Programa “Sociales Pares”, en el caso de las universidades es posible identificar que “el acompañamiento entre pares es un encuentro de otrasidades donde intentamos construir un lenguaje universitario sostenido en una pedagogía de la educación pública”. Se trata de jóvenes que acompañan a jóvenes en procesos donde median las exigencias, las incertidumbres y las angustias, pero con la firmeza de construir comunidad.

Para culminar este apartado nos convoca también la idea de pensar el “culminar” la educación. En este sentido, además de los exámenes virtuales -que involucran sentimientos encontrados-, se vivieron defensas de últimas materias y de trabajos finales de grado, con su consiguiente colación. Una joven relataba que “se hizo la colación de manera virtual. Y fue rarísimo. El acto fue corto, ¡Claro! –me dijo mi mamá- Es que no fueron subiendo de a uno a recibir el título”. A la consulta de cómo se sintió, y en la vehemencia de pensar los procesos de acompañamiento

y rituales, afirmó que “se sintió corto. En ningún momento nos vimos todxs, de hecho, algunxs hasta creo que no pudieron activar la cámara. Sí los audios: escuchar las voces comprometiéndose fue, de los sonidos más potentes de los últimos meses. Nos fuimos desconectando de a poco, y listo...” ¿Y listo? Una sensación de vacío...

La acción colectiva

En un contexto donde lxs jóvenes han sido identificadxs como el grupo etario que más contagia y se contagia de coronavirus también resulta relevante compartir prácticas, narrativas y relatos que les jóvenes hacen sobre la participación y la acción colectiva juvenil en tiempos de COVID-19.

Con la vigilancia de no romantizar prácticas, lxs jóvenes afirman que la pandemia les enseñó que “estos son los momentos donde más tenemos que estar poniendo en cuerpo”. Cuando son consultados por las motivaciones, sostienen, como esta joven, que *“lo hago por vocación, me gusta ayudar y esa es mi vocación”*. En otros relatos la vocación es sustituida por compromiso, militancia, necesidad.

Si bien existe un predominio en los relatos juveniles acerca de la incertidumbre que generó la pandemia, aparece también la preocupación por seguir sosteniendo acciones colectivas:

“en un momento se frenó todo... por la incertidumbre y el miedo que generaba la cuarentena, pero no duró una semana, que seguimos sosteniendo las ollas en La Casita, garantizando un plato de comida para cada familia del barrio. (...) Mucho tiempo me costó esa palabra: militar.”

“La realidad en la que nos encontrábamos comenzó a incomodar, a angustiar y provocar capacidades de encuentro, para que esa normalidad al menos sea discutida, tensionada y no ajena a nuestras vidas.”

“En lo que respecta a la vida universitaria, encontré muchos canales para dar corporalidad a mis intenciones de construir un espacio más colectivo y cercano entre estudiantes.”

Algunas conclusiones

Como hemos mencionado, el corpus trabajado para este artículo está compuesto por las producciones escritas de jóvenes estudiantes universitarios de la Facultad de Ciencias Sociales de la UNC. Ellxs han relevado entre sus pares sensaciones, problemas, dificultades, preocupaciones, estrategias en tiempos de pandemia de COVID-19.

Por cuestiones de espacio y precisión, hemos priorizado y seleccionado, con mucho esfuerzo, algunas cuestiones y las hemos convertido en categorías de análisis. Nos han auxiliado, además de nuestros años de trabajo con jóvenes, los talleres que realizamos con ellxs, en los que pusimos en común lo producido. Una primera cuestión entonces, en torno a los modos de construcción de conocimiento, que no solo suponen una artesanía (Wright Mills, 1961, pp. 206-236), sino que se enraíza en hondas definiciones político-epistemológicas donde la palabra del otrx, del sujeto, es incorporada no solo como ilustración de nuestros análisis, sino como su punto de partida, al dejar hablar al testimonio, dejarlo decir, leerlo, escucharlo y dejar ser escuchado.

El gran analizador que ha emergido del corpus y de las palabras recogidas fueron las desigualdades, persistentes en algunos casos, agudizadas en otros, y en el caso de lxs jóvenes –y al decir de quienes pusieron sus testimonios y quienes los rescataron– casi siempre invisibilizadas. La pandemia de COVID-19 apareció como un panóptico que, lejos de opacar dichas desigualdades o igualarnos frente al virus, señala cuestiones que ya conocíamos: somos un planeta desigual, somos una sociedad desigual. La clase, el género, el territorio y la generación atraviesan, nos atraviesan y agudizan dichas desigualdades.

De allí que la tercera cuestión que queremos destacar se relacione con los atravesamientos, rupturas y modificaciones en la vida cotidiana de lxs jóvenes. Ellxs las han advertido mucho antes que lxs adultxs, las crónicas y trabajos analizados fueron producidos a poco de iniciada la cuarentena y las desigualdades y modificaciones en la vida cotidiana eran previsibles, advertibles por sus protagonistas. En esa vida cotidiana trastocada, de rutinas alteradas, el estudio, el trabajo, las relaciones entre pares y con sus familias se vieron fuertemente afectadas. “Lxs jóvenes la pasaron mal y el Estado y lxs adultos estuvieron lejos”, decíamos no hace mucho en una conferencia (Acevedo y González, 2021) que dictamos frente a operadores y profesionales de la salud mental de

nuestra provincia y pronta a convertirse en un artículo. Esa frase no fue nuestra, sino resultado de los diálogos e intercambios con lxs jóvenes, quienes en más de una ocasión nos lo señalaron. Decía Rocío: “nadie nos preguntó, la pasamos mal, teníamos miedo, pero como nos moríamos menos no nos daban bolilla”.

En las narrativas juveniles analizadas y en los talleres y espacios de análisis con lxs jóvenes observamos el reconocimiento explícito a la relevancia que tuvo y tiene el trabajo con otrxs, el acompañarse, escucharse, comunicarse: cambiaron los modos, generaron estrategias de escucha y acompañamiento, fueron creativos. Estas experiencias han sido relevadas y valoradas, aunque haya costado que jóvenes y adultxs las identifiquen, pronuncien y reconozcan.

Leer a lxs jóvenes a través de sus producciones nos ha enriquecido como docentes e investigadores. Además, estamos convencidxs –y lxs jóvenes nos lo han reafirmado– que generar espacios de intercambios, de puesta en común de emociones y sensaciones juveniles, contribuye no solo a comprenderles mejor, sino que el propio acto de propiciar el espacio ya es un hecho transformador.

Para nosotrxs, que articulamos y concebimos de manera ineludible la investigación y la intervención con jóvenes, la producción de este artículo, que toma las producciones de lxs estudiantes de nuestra facultad y comparte los análisis con ellos, constituye un mojón más en dicho desafío.

Bibliografía

Acevedo, P., & González, C. (2021, noviembre). *Jóvenes cordobeses transitando la pandemia: impactos en la vida cotidiana*. [Conferencia]. Qué está siendo de nuestras prácticas en salud mental en tiempos de pandemia, Córdoba, Argentina. Organizado por la Secretaría de Salud Mental del Ministerio de Salud de la Provincia de Córdoba

Brandán Zehnder, M. G. (2014). Juventud, trabajo y dispositivos estatales. Aportes críticos a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la gubernamentalidad. *Revista Última Década*, 22(40), 37–54.

- Chaves, M., Fuentes, S. G., & Vecino, L. (2017). *Experiencias juveniles de la desigualdad. Fronteras y merecimientos en sectores populares, medios altos y altos*. Grupo Editor Universitario.
- Clemente, A., Molina Derteano, P., & Roffler, E. (2014). Pobreza y acceso a las políticas sociales El caso de los jóvenes en el conurbano bonaerense. *Revista Ciencias Sociales*, 86, 18–25.
- Córdoba, M. L. (Ed.). (2021). Jóvenes: Pensar y sentir la pandemia. Cuadernos de coyuntura, 5. FCS – UNC.
- EntreGeneraciones - Colectivo de Investigación Acción con Jóvenes. (2020, octubre). *Jóvenes en pandemia. Una investigación situada sobre sus vivencias y experiencias*. Facultad de Ciencias Sociales (UNC). <https://juventudes.sociales.unc.edu.ar/wp-content/uploads/sites/95/2020/11/Informe-Entre-Generaciones.pdf>
- Kessler, G. (2014). *Controversias sobre la desigualdad. Argentina, 2003–2013*. Fondo de Cultura Económica.
- Lera, C. I. (2013). Mérito y desigualdad. Algunas cuestiones para pensar las intervenciones profesionales en el neoliberalismo contemporáneo. *Revista Debate Público. Reflexión de Trabajo Social.*, 13, 21–29.
- Leyva, X., & Speed, S. (2008). Hacia la investigación descolonizada: nuestra experiencia de co-labor. En X. Leyva, S. Speed, & A. Burguete (Eds.), *Gobernar (en) la diversidad: experiencias indígenas desde América Latina. Hacia la investigación de co-labor*. Publicaciones de la Casa Chata.
- Neffa, J. C. (Ed.). (2014). Actividad, empleo y desempleo. Conceptos y definiciones. (4ta ed.). Centro de Estudios e Investigaciones Laborales, CONICET [http://biblioteca.clacso.edu.ar/ Argentina/ceil-conicet/20171027042035/pdf_461.pdf](http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/ceil-conicet/20171027042035/pdf_461.pdf)
- Pok, C. (1992). *Precariedad laboral: Personificaciones en la frontera de la estructura del empleo*. Cuadernos de trabajo, 29. Centro de Investigaciones Laborales - CONICET.
- Reguillo-Cruz. R. (1999). *Ciudadano N: Crónicas de la diversidad*. ITESO.
- Wright Mills, C. (1961). La imaginación sociológica. Fondo de Cultura Económica, México.

(Des)Afectar el cuerpo *Resonancias de la pandemia*

Silvia Elizalde

Desde la filosofía hasta el psicoanálisis, pasando por la sociología, el periodismo o la literatura, la pandemia del COVID-19 ha suscitado innumerables reflexiones. En su entorno se han forjado diversos pronósticos, teleologías e interpretaciones distópicas sobre sus causas y resonancias sanitarias, políticas, subjetivas. La pandemia ha popularizado, asimismo, un vocabulario específico, mezcla compleja de discursividad médica, taxonómica y biopolítica. Bajo su influjo algunas personas han devenido integrantes de identidades colectivas en clave bio-médica (“grupos de riesgo”, “inmunodeprimidos”, “con comorbilidades”), mientras que otras han sido enclavadas en conjuntos autoexcluyentes por criterios de edad, construida ésta por sus estrictas fronteras cronológicas. Ha creado también una nueva temporalidad a partir de su aparición, instalando un tiempo-espacio “pos-pandemia” como horizonte (aún incierto) de futuridad.

En cualquier caso, dada su dimensión ubicua y planetaria, la pandemia ha trastocado la totalidad del espacio social, en cualquiera de sus escalas, al tiempo que ha reorganizado en cada contexto las categorías culturalmente disponibles para pensar y gestionar la relación entre salud/enfermedad, vida/muerte, presente/futuro. En el centro de todo su despliegue ha estado involucrado el cuerpo: el que contagia, el que enferma, el que muere, el que se recupera; el cuerpo que no se puede velar, el que se vacuna, el que no lo hace, el que queda aislado, el que está impedido de salir.

En lo que sigue me propongo revisar algunos de los impactos materiales y simbólicos, y los concomitantes desplazamientos de prácticas y sentidos, que ha provocado la aplicación del Aislamiento Social Pre-

ventivo y Obligatorio (ASPO) en los jóvenes de nuestro país, con foco en las regulaciones desplegadas sobre sus cuerpos. Para ello, presento una breve caracterización de las tres orientaciones principales de los cuerpos juveniles que, entiendo, organizaban sus acciones en tiempos pre-pandemia, a la vez que condensaban sentidos culturales y políticos relevantes sobre la juventud movilizada o en movimiento (por contraste con su inmovilidad formal y real durante el ASPO), para avanzar luego en el análisis de los cambios sufridos en dichas orientaciones durante el aislamiento.

La mirada conceptual que guía este recorrido presta especial atención a la dimensión sexuada y de género que inviste a los cuerpos, pero también y en simultáneo, a las prácticas institucionales que intervienen en la regulación de ese investimento en torno de los jóvenes. En este sentido, y como meta más amplia, se espera contribuir a una producción de conocimiento situado sobre la juventud que cuestione el carácter naturalizadamente androcéntrico y heteronormativo de algunos de sus presupuestos epistemológicos, todavía vigentes, aun cuando la pandemia ha arrojado indicadores de impactante inequidad por razones de género. Interesa, entonces, responder a estas naturalizaciones con un análisis que procure complejizar la relación entre los procesos ideológicos de regulación cultural que operan sobre los jóvenes, y el valor crítico-productivo de las diferencias de género y sexualidad, en cruce con otras distinciones.

En términos metodológicos, el trabajo revisa y retoma críticamente datos estadísticos, interpretaciones y recomendaciones institucionales y de política pública específicamente formulados sobre el vínculo “jóvenes y pandemia” por parte de una docena de espacios oficiales y de la sociedad civil –ministerios y otras reparticiones del Estado, centros de investigación de universidades públicas, organizaciones no gubernamentales especializadas en niños y jóvenes, colegios profesionales, y agencias internacionales de cooperación. Cabe señalar que un número importante de estos trabajos no transversaliza la perspectiva de género. Tampoco avanza con comprensiones del género y la sexualidad como categorías epistémicas y culturales complejas, que se articulan con otros clivajes identitarios y dan lugar a desigualdades de distinto signo, según los contextos sociales e históricos de actuación. En su lugar, dichas diferencias son principalmente invocadas como “variables socio-lógicas”, dando por sentado un valor o significado unívoco y fijo para

cada opción, autocontenidas a su vez en un arco binario autoexcluyente y heterocentrado de clasificación.

Por último, se aclara que esta base documental no opera aquí, estrictamente, como “corpus” foco del análisis sino, más bien, como plataforma de relevamiento y lectura de los impactos producidos por el contexto de pandemia y de aislamiento social en les jóvenes. De manera puntual, intentaremos abordar las resonancias que esos impactos han tenido en términos de experiencias en-carnadas, profundización de desigualdades sexogenéricas y debilitamiento del lazo social en este colectivo.

Lo que puede y no puede un cuerpo

Si algo dejó claro la instalación del ASPO como medida sanitaria para la reducción de los contagios, en marzo de 2020, y el Distanciamiento Social Preventivo Obligatorio (DISPO) que le siguió y se mantuvo, fue la centralidad otorgada al control de los cuerpos y el estatuto “riesgoso” que adquirió su eventual circulación por el espacio social. Espacio en el que, paradójicamente, los sujetos fundan el significado más básico y “necesario” de comunidad mediante la interconexión tangible con lxs otrxs.

Para el caso de les jóvenes, quienes en su mayoría (88,3%) manifestaron al inicio del ASPO un alto nivel de acuerdo con la medida (FUSA, 2020:19), la pandemia conmovió profundamente, desarticulando y fragilizando, tres grandes vías de organización y despliegue de sus cuerpos –activas en la coyuntura histórica de los años inmediatamente precedentes-, que daban sentido y función a esas corporalidades en movimiento: a) para el encuentro y la sociabilidad; b) para la autonomía expresiva y la sexoafectividad; c) para la lucha política contra las desigualdades de género.

Sin poder ir a la escuela y habitar sus aulas; sin encontrarse con les amigos, bailar y beber con ellxs; sin margen ni intimidad para tener sexo, ensayar performances alternativas de identidad sexogenérica, o estar solxs. Sin la changa o el trabajo precario que daba unos pesos propios; sin zafar de la mirada adulta, ni sustraerse de la violencia de género proveniente del entorno familiar. Sin poder marchar por las calles enarbolando demandas políticas que les atraviesan, a favor de la igualdad de género y contra las violencias. Les jóvenes vivieron con

muchas y distintas dificultades el confinamiento de sus cuerpos derivado del ASPO.

De manera intempestiva y transversal a su generación, la circunstancia de pandemia lxs configuró, junto a les niñes, como grupo de bajo riesgo a enfermar, pero de alta incidencia como “vectores de contagio”, por lo que el Estado extendió sobre ellxs su impulso inmunitario, compe-liéndoles a no salir ni circular.

No se trató, bien lo sabemos, de una medida sectorial ni puramente aséptica. Por el contrario, la aplicación del aislamiento a toda la población fue una política estatal inscripta, en nuestro país, en una lógica solidaria de base colectiva: “nadie se salva solo”. Esto marcó una diferencia relevante respecto de otras formas regionales de gestión estatal de la emergencia, signadas por la relativización de la gravedad sanitaria, la tardanza en la distribución de vacunas o la adopción de medidas de cuidado selectivo, en base al desprecio clasista y racista por los sectores más vulnerables en sus necesidades de cuidado y asistencia.

Con todo, en la Argentina, la impronta de protección comunitaria de la medida convivió también con otros argumentos, tanto higienistas como ideológicos de corte neoliberal, en clave de “peligrosidad”. Desde esos posicionamientos, la lucha contra el “enemigo invisible” se dislocó de una mirada integral sobre los cuerpos, al tiempo que asumió una veta de policiamiento del otrx en tanto amenaza, que justificó incluso la aplicación de acciones represivas. Al respecto, un reporte de UNICEF señala la persistencia en todo el país de situaciones de violencia institucional por parte de las fuerzas de seguridad hacia jóvenes de sectores vulnerables y de comunidades originarias –expresadas principalmente en clave de discriminación y prejuicio-, y el aumento de estas prácticas durante la pandemia (2021a:19).

Además, de manera macroestructural, la emergencia sanitaria tuvo efectos regresivos respecto de umbrales básicos de integridad vital y social de los cuerpos. En primer lugar, porque contribuyó a profundizar los niveles de pobreza en el país, generando, en términos de UNICEF, una serie de “riesgos sociales” significativos. Entre ellos, “impacto en la salud mental de niños, niñas y adolescentes, afectando aspectos del desarrollo (alimentación, sueño y comunicación); mayores probabilidades de que (...) interrumpan su escolaridad, ingresen tempranamente al mercado laboral, consuman menos alimentos y de peor calidad, vean restringido su acceso a los servicios de salud, o sean víctimas de violencia” (2021b: 7).

En efecto, si bien con el transcurso de la pandemia hubo una ampliación de la cobertura de programas alimentarios y se sostuvieron las medidas de protección social implementadas en relación con transferencias monetarias para los hogares con menores recursos, más de la mitad de las familias argentinas sufrieron un marcado deterioro en sus ingresos y en su calidad de vida, producto de la agudización de los procesos de pérdida o precarización laboral, curva inflacionaria e impacto económico global de la crisis sanitaria (UNICEF, 2021b).

En medio de estas condiciones y perspectivas en tensión, el confinamiento obligatorio enfrentó a los jóvenes a una experiencia extrema en-carnada en sus cuerpos: la puesta en suspenso de muchos de sus resortes libidinales y de vínculo con el mundo extra-doméstico. De forma casi inmediata a la interrupción de las clases presenciales y al desarme de los empleos informales o precarios, los jóvenes de todas las procedencias sociales dejaron de tener la vivencia corporal y sensible del encuentro con pares, con posibilidades cotidianas de intercambio, aprendizaje, sociabilidad, expresión pública y disfrute. Experiencias de afectación, todas ellas, que sólo ocurren con la presencia de otros y que, como señala Vir Cano, “solo se dan cuando el cuerpo está un poco más abierto, no tan temeroso ni ansioso por inmunizarse, allí donde nos recuerda eso que somos irremediamente: vida-en-común, apertura contaminante, en fin, siempre algo más allá de nosotres mismos” (Dillon en Página 12, 11/4/2020, digital).

El señalamiento de Cano se enlaza con las reflexiones largamente expuestas por Judith Butler sobre el carácter político y social de los cuerpos (2002, 2006). Es decir, sobre su dimensión invariablemente pública, dado el entorno de proximidad física original e involuntaria en el que nacen y se mueven. Dice Butler: “Constituido en la esfera pública como un fenómeno social, mi cuerpo es y no es mío. Entregado desde el comienzo al mundo de los otros, el cuerpo lleva sus huellas, está formado en el crisol de la vida social; sólo más tarde, y no sin alguna duda, puedo reclamar mi cuerpo como propio” (2006: 52).

Siguiendo esta línea, podríamos aventurarnos a decir que antes del advenimiento de la pandemia podían identificarse tres grandes formas de pensar la organización de las condiciones sociales de los cuerpos juveniles, en el despliegue de ese lazo original de su existencia en tanto cuerpo afectado por el encuentro con la alteridad y con sus estímulos.

A continuación, revisamos brevemente cada una de estas formas y sus derivas en el marco del aislamiento social obligatorio.

Cuerpos para el reencuentro y la sociabilidad

Si bien es cierto que no todes les jóvenes de la Argentina estudian y que esta circunstancia sigue siendo un reto importante para la política pública, la gran mayoría de ellxs sí lo hace. A juzgar por los datos recolectados en distintas encuestas durante la cuarentena -mientras las clases presenciales estaban suspendidas-, la escuela se revelaba en distintas opiniones de chicos y chicas como un espacio fundante de múltiples sentidos para sus vidas. Desbordando en mucho la impronta primigenia de su misión de impartir conocimientos, la institución escolar les provee de una vastísima cantera de experiencias de interacción (de relacionamiento, afectación, distinción) entre cuerpos y sentidos asociados a esos cuerpos (de pares, adultxs), así como de formas de regulación de esas prácticas de intercambio. Por ello, pensada desde una perspectiva crítica, la escolarización constituye un dispositivo cultural y político estructurado y transversalizado por relaciones de poder que intentan regular y modelar los cuerpos y comportamientos de sus integrantes de acuerdo a sus modos hegemónicos de saber/poder en términos de género, orientación sexual, clase, edad, etnia, etc., así como a sus valores e intereses. Pero a la vez, es un espacio de intensa producción vincular donde les jóvenes articulan y reescriben en ese recorrido sus experiencias afectivas, sensibles, cognitivas, corporales y performáticas del género y la sexualidad en condiciones específicas, llegando a veces a subvertir sentidos preferentes, torcer expectativas estereotipantes que pesan sobre ellxs y desplegar alternativas de habitabilidad e interacción en su seno.

La sociabilidad juvenil tiene, asimismo, innumerables clivajes: las salidas con amigos, el encuentro con el piberío del barrio, del club, de la política, de la iglesia, de la "joda". Los recitales, la práctica deportiva, las juntadas para hacer las tareas, escuchar música, pasear, hacer el aguante. La creación de un tiempo-espacio a contrapelo del mundo adulto. La fiesta y el consumo de alcohol o de sustancias psicoactivas como formas de "viaje" hacia universos propios, descentrados de ciertos modos de ejercicio de la autoridad. Todo un arco de prácticas a través de las cuales les jóvenes crean y recrean pautas de interacción y códigos nativos que arman grupalidad, pero también, formas directas o inferenciales de discriminación y jerarquización entre sí y con lxs otrxs.

De hecho, la desigualdad de género e identidad sexual se inscribe en los cuerpos de unos y otras como una gramática de inteligibilidad basada en criterios naturalizados de privilegio o subalternidad. Sin embargo, los cuerpos no son nunca meras superficies de registro de los trazos hegemónicos diseñados y reforzados por cierto entorno cultural, político o *massmediático*. Son, más bien, territorios de lucha, negociación y/o reinención de esas prácticas de investimento desde otras performances y matrices de sentidos que los leen, y leen su interacción en el mundo. De ahí, entonces, la centralidad de su dimensión relacional: un cuerpo es siempre encuentro con otros cuerpos.

Ahora bien, la interrupción generalizada de la presencialidad escolar y su pasaje a la virtualidad, junto al cierre al público de todos los espacios de entretenimiento, culturales, deportivos, gastronómicos, etc. durante el ASPO, provocó en los jóvenes el cese abrupto de una cotidianeidad de movimientos, circulaciones y contactos físico-afectivos que puso en jaque las condiciones mismas de su estar en el mundo habitando la condición juvenil.

Los informes consultados reportan “complicaciones, no solo físicas sino psicológicas, frente a una situación inédita. No solo el aislamiento propio con la ruptura de su cotidianeidad y la relación con los pares, sino también la convivencia permanente con el resto del núcleo familiar” (FUSA, 2020: 18). Así, los aspectos negativos de la cuarentena “impactan en sus proyectos personales, tanto en el plano social, como educativo y laboral” (Fundación SES, 2020: 6). En un estudio longitudinal de UNICEF se concluye que las percepciones de los adolescentes sobre la irrupción de la pandemia y las consecuentes medidas de distanciamiento social “fueron siempre negativas y estuvieron anudadas a las restricciones en el contacto y los vínculos sociales, impedimentos de actividades y duelos por ciclos y proyectos inconclusos” (UNICEF, 2021 a: 13).

De ámbito de encuentro, socialización y conflicto, la escuela devino espacio atomizado de cuerpos intangibles mediados por pantallas, cuando la conectividad lo permitía. La posibilidad de construir saberes y de contar con acompañamiento en el proceso de aprendizaje se transformó muchas veces en agobio físico y mental por la acumulación de tareas escolares, que no siempre recibieron algún *feedback* docente (FUSA, 2020; UNICEF, 2021 a y b, Tapia, 2020). Sin demasiada contención institucional, el trabajo de transferencia afectiva y pedagógica de los profesores quedó en muchos casos librado a la voluntad y/o creatividad de cada educadorx (AAPI, 2020).

Si bien no puede afirmarse que éste haya sido un escenario unificado y nacionalmente extendido dada las “grandes desigualdades en las propuestas pedagógicas, los medios y materiales utilizados, por nivel socioeconómico, sector de gestión de las escuelas de pertenencia, disponibilidad o no de equipamiento tecnológico e impacto en sus percepciones sobre aprendizajes adquiridos” (UNICEF, 2021:5), sí condensa parte importante del clima de desasosiego que les generó a les jóvenes la experiencia educativa en el marco del encierro doméstico. Según una encuesta de la Fundación SES, el 73% de les jóvenes urbanxs consultadxs dijeron haber realizado tareas escolares durante la cuarentena, pero a la mayoría de ese conjunto (6 de cada 10) no les gustaba y o les gustaba poco estudiar virtualmente (2020:11 y 12). En el ámbito rural la desigualdad en este punto fue notoria: allí se constató un “mayor peso de las actividades por whatsapp” y “la no realización de tareas en el ámbito semi rural” (11). De las opiniones vertidas por chicos y chicas en la mayoría de los relevamientos realizados por distintas instituciones en 2020 sobre su situación en pandemia se desprende que, además de la falta de computadoras y/o de una conectividad adecuada, la educación virtual fue una experiencia difícil, ingrata y desafectada debido a la distancia social, emocional y de sostén respecto de compañerxs y docentes.

Así, en los hechos, una mayoría quedó arrojada a una lógica productivista de deberes escolares, desanclados de un marco que les diera cabal sentido. La sobrecarga de obligaciones y el involucramiento del cuerpo en un sinfín de “batallas de baja intensidad” significativa (Weber, 2017, digital), asociadas al cumplimiento escolar, acrecentaron la sensación de ansiedad por parte de muchxs jóvenes, que se sumó a la incertidumbre general del contexto, ya de por sí desestabilizante para el conjunto. “Lo que el cuerpo no aguanta más -sostiene el filósofo Peter Pelbart (2021)- son precisamente el adiestramiento y la disciplina”, tanto como las formas insensibles, patologizantes y negadoras de la dimensión corporal de la existencia individual y colectiva.

De alguna manera, les jóvenes buscaron horadar la opresión experimentada por la imposibilidad de salir y el afán escolar de llenarlos de tareas que debían completar en sus casas y en soledad, debido al aislamiento. Según la encuesta de FUSA, por fuera de esos compromisos, las actividades que les consultades realizaron con mayor frecuencia refieren todas a la búsqueda de otrxs para acompañarse o de algún incentivo de disfrute para escapar del encierro: pasar tiempo en las redes so-

ciales (67%), escuchar música (55,1%) y contactar a sus amistades por diferentes medios digitales (43,9%) (2020:13). En una línea similar, las sucesivas mediciones de UNICEF durante la pandemia señalan que un promedio del 47% de los adolescentes de 13 a 18 años relevadxs mencionó a las redes y entornos virtuales como forma privilegiada para socializar con pares, “aunque también manifestaron que eso no reemplaza el anhelo de lo presencial”. Siempre teniendo en cuenta, además, que el acceso a la tecnología y a Internet mostró importantes brechas entre jóvenes de distintos grupos sociales (2021a: 13 y 14). Por su parte, otro estudio indica que para contrarrestar las sensaciones de cansancio, estrés y frustración que despertó el ASPO, hacer actividades artísticas, deportivas o de formación elegidas, les generó emociones placenteras, de descarga, disfrute, liberación y bienestar (Tapia, 2020: 14, 16 y 18). No obstante, estas alternativas pudieron ser desplegadas solo por algunxs, pues casi la mitad de los adolescentes y jóvenes se vieron impedidxs de continuarlas durante el aislamiento (op.cit, 17).

Ante la imposibilidad del encuentro tangible con los pares, como regla general tampoco hubo fiestas, juntadas en parques ni salidas nocturnas. De hecho, entre los jóvenes encuestados por un equipo de investigación del Instituto Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, el 86% de los comprendidxs en la franja de 18 a 24 años que admitió haber disminuido el consumo de bebidas alcohólicas durante la cuarentena, mencionó la falta de salidas de esparcimiento y de eventos sociales como motivo principal de esa merma. Asimismo, es significativo que desde el programa “Hablemos de Todo” (HdT), del Instituto Nacional de Juventudes, se hayan reportado diversos estados de zozobra como uno de los motivos más recurrentes de consultas de los jóvenes durante el ASPO (ambiguamente incluidas en el ítem “Otras”, que sumó el 50% de las inquietudes recibidas), seguido por aquellas referidas a la prevención del suicidio (18%), y en interés por temas como la diversidad sexual, la salud sexual y reproductiva y la educación sexual integral (INJUVE-HdT en ASPO, 2020).

“Angustia, extrañamiento, ansiedad, frustración, depresión, cansancio y desgano; desesperación, enojo o irritabilidad; incertidumbre y preocupación” (Programa Argentina Futura e INJUVE, 2020:8). Sin la afectación directa de los otros, los reportes analizados coinciden en identificar en las respuestas de los jóvenes una constelación de emociones negativas provocadas por la pandemia. Esto puede leerse como el costo subjetivo de la precarización del lazo social y de su cualidad aglutinadora,

resultado del advenimiento de un contexto socio-sanitario en estado de alarma permanente, que ha extremado la conciencia sobre la fragilidad de la vida.

Cuerpos para la expresión y la sexoafectividad

De manera llamativa, ninguna de las diversas encuestas revisadas para este texto consultó a los jóvenes sobre su vida sexual en pandemia ni, específicamente, durante el ASPO. Los informes tampoco cruzaron datos que permitieran inferir algo del orden de la sexoafectividad. El énfasis estuvo puesto, como indicamos en el apartado anterior, en las sensaciones individuales respecto de la imposibilidad de salir o de la ausencia de contacto físico con los amigos o afectos, sin poner foco explícito en las reformulaciones experimentadas en la intimidad sexual, las condiciones de producción y despliegue del (auto)erotismo, la seducción y el relacionamiento –virtual o presencial- con otros, con fines eróticos, en este particular contexto.

Según la última edición de la Encuesta Nacional de Salud Sexual y Reproductiva, previa al inicio de la cuarentena, el 62% de los varones y el 54% de las mujeres de 15 a 19 años de todo el país ya han tenido su primera relación sexual. De las chicas, el 17% tuvo su debut antes de los 15 años, mientras que un 60%, entre los 15 y los 16, y el restante 23%, entre los 17 y los 19 años (ENSSyR, 2019).

¿Qué impactos han tenido estos guarismos en el marco de la emergencia sanitaria? ¿Qué prácticas sexuales y erótico-afectivas pudieron tener lugar en la vida de chicos y chicas mientras un alto porcentaje de ellos transcurría sus días de aislamiento en la casa familiar, junto a sus padres, madres, hermanos y demás cohabitantes del hogar? ¿Cómo construyeron, si es que fue posible, un espacio-tiempo libre de miradas y/o prescripciones externas, para expandir la dimensión libidinal en sus vidas? ¿Qué desplazamientos concretos y subjetivos pudieron realizar para escapar de la hipervigilancia dentro (familia) y fuera (las fuerzas de seguridad, el policamiento vecinal, etc.) en torno de sus cuerpos sexuados y deseantes, en este extenso periodo? ¿Qué transgresiones activaron, o con qué permisos contaron para poder verse físicamente con sus parejas, novios o “levantes”, mantener relaciones sexuales en

presencia, o practicar sexting? ¿Con cuáles cuidados, tangibles y éticos hacía sí mismxs y lxs otrxs? Muchos interrogantes para la casi nula información producida sobre las derivas del deseo, el placer sexual y el lazo amoroso en les jóvenes en tiempos de distancia corporal y discursos sanitaristas. Preguntas que son vitales, también, por lo que pueden iluminar sobre la pregnancy, o no, de la impronta neoliberal de ciertas políticas afectivas centradas en el individualismo extremo; de la lógica patriarcal y sexista de cierta educación sentimental de niñas y jóvenes, y/o de los activismos de género y de la diversidad sexual, protagonizados sobre todo por las mujeres jóvenes, en pos de conmover esas pedagogías restrictivas, desmontar la ficción opresiva del amor romántico y bregar por la autonomía de los cuerpos.

Si la vida sexual puede pensarse como un resonar con otrxs, y el deseo como una construcción colectiva –y no únicamente como núcleo irreductible de enigma subjetivo– la pregunta de Vir Cano en el despunte mismo del ASPO mantiene aún plena vigencia: “¿Cuáles serán las huellas sensibles que esta política corporal del aislamiento y la inmunidad dejará en nuestros cuerpos y nuestros afectos?” (en Página 12, 2020, digital).

Al respecto, es interesante advertir cómo, “puertas adentro” la expresión de la afectividad y la demanda de escucha por parte de les jóvenes sufrieron cambios en el contexto de pandemia. Se evidenciaron, así, dos tendencias en tensión. Por un lado, la constatación de crecientes vivencias de malestar y conflictividad intergeneracional derivadas de la pérdida de espacios de intimidad y autonomía en el ámbito familiar, dado el cercenamiento de los circuitos públicos en los que les jóvenes tramitaban muchas de sus experiencias (UNICEF, 2021 a; FUSA, 2020). Y, por el otro, la crudeza de cierta soledad anímica y desamparo emocional experimentadas por algunos jóvenes en su tránsito por la cuarentena en la restricción doméstica.

La ausencia de “pasiones alegres” durante el aislamiento, en el sentido de incentivos vinculares y afectivos que intensificaran la potencia de los cuerpos en su existencia colectiva, disparó no pocos relatos de soledad, afecciones físicas por ansiedad o depresión, y señalamientos de falta de personas con quienes contar y tramitar la angustia. De acuerdo con el informe de FUSA, del total de jóvenes encuestados, un 34,8% consideró que no pudo dialogar con nadie de su hogar acerca de sus sentimientos sobre estas circunstancias excepcionales. A su vez, se observa que, a menor edad, les resultó más fácil hablar con alguien

en la casa sobre lo que sentían, siendo con la madre en el 40% de los casos. Por el contrario, a mayor edad, fue más probable que hablasen con alguien que no fueran lxs progenitores (2020:10 y 19; MSAL, 2020). La encuesta de la Fundación SES (2020) va en el mismo sentido: la contención/escucha aparece como principal necesidad entre quienes tienen entre 18 y 24 años. Respecto de la figura de la madre, que aparece frecuentemente invocada como la persona más presente y disponible para el sostén emocional de niñas y jóvenes, sobre todo de lxs más chicas, dichos informes coinciden en señalar que esto debe leerse como una clara extensión de los procesos de cuidado, asociados patriarcalmente a las mujeres, que redundan en una sobrecarga de sus tareas en este contexto (SES, 2020; MSAL, 2020, UNICEF 2021a).

La demanda, por parte de los jóvenes, de condiciones y de sujetos presentes para la expresión sensible de sus estados de ánimo vuelve a señalar la irreductibilidad de la interdependencia. Del “ser con otros” mientras se performa la condición juvenil. No es, pues, sin esas tramas de relacionamiento, búsqueda de hospitalidad y tramitación intersubjetiva de la propia fragilidad que el mundo emocional de los jóvenes encuentra resortes para tramitar la enorme afectación que les supuso, y aún les supone, la pandemia como evento disruptivo.

Cuerpos para la lucha política de género

Existe ya un generalizado consenso en ubicar a la primera marcha del #NiUnaMenos en la Argentina, de junio de 2015, como un mojón relevante del inicio de un ciclo de movilizaciones juveniles en nuestro país, que asumió los asuntos de género y sexualidad como principal bandera de sus reivindicaciones. Si bien es cierto que, estrictamente, la genealogía de los activismos de género y feministas, y el involucramiento de las nuevas generaciones en ellos, requiere producir puentes con una trayectoria más amplia y compleja que aquella concentrada en un único evento, próximo en el tiempo, nos sirve aquí tomar esta periodización reciente para señalar una circunstancia histórica específica: los jóvenes que participaron de la primera manifestación del 2015 contra los femicidios y otras formas de violencia son quienes atravesaron la coyuntura de pandemia desde esa condición socio-vital.

Para muchxs jóvenes –en especial, para las chicas- el salir a la calle a protestar contra los abusos, el acoso y las formas múltiples que asumen las violencias sexistas en sus vidas, y por las causas que siguieron luego (paros de mujeres, legalización del aborto) significó asimismo una experiencia encarnada de alto contenido político, simbólico y emocional. En efecto, “poner el cuerpo”, como consigna y metáfora de compromiso *visceral* con una causa colectiva, supone reponer el lazo y la “forma original por la existimos, como cuerpo, fuera de nosotros y para otros” (Butler, 2006: 54).

En esta línea, el sentido mismo de “movilizarse”, en su doble acepción física y política, cambió radicalmente de signo a partir del advenimiento de la pandemia y del aislamiento social que se asumió como medida preventiva del contagio. La presencia activa de los cuerpos juveniles, su exposición en el espacio público, y su predisposición para afectar y ser afectados en sus reclamos por la ampliación de la ciudadanía sexogenérica, se vieron abruptamente frenadas. El exhorto de “quedate en casa” tuvo de inmediato su reverso incumplidor: transgredir la cuarentena pasó a ser algo riesgoso para todes, y casi un gesto “antipolítico”, en el sentido insolidario que adquirió toda concentración de los cuerpos en esta coyuntura. ¿O acaso “hay política posible cuando se carece de cuerpos potentes y afectivos” (Weber, 2017, digital)?

Aun así, no todes pudieron parar. Los cuerpos cuya función fue y es “esencial” para el sostenimiento de la salud y de la vida continuaron su trajín. Sin embargo, la diferencia entre quienes contaron con permiso para trasladarse, moverse y trabajar por ello y las personas que se vieron sobrecargadas por el también esencial e incesante trabajo de cuidar a otras, pero puertas adentro, dejó un saldo negativo para el conjunto de las mujeres, reproduciendo estereotipos y mandatos sexistas.

Los informes revisados coinciden en indicar que el desarrollo de tareas domésticas y de cuidado se incrementó durante el ASPO y su reparto profundizó la inequidad entre los géneros, en detrimento de mujeres adultas, alcanzando a su vez a les jóvenes. Como muestran distintos estudios sobre estructuras familiares, hoy alrededor del 19% de los hogares del país son monoparentales, y la mayoría de ellos a cargo de mujeres (CIPPEC, 2019). Esta circunstancia supone “una sobrecarga sobre las mujeres en las tareas de cuidados, de los cuales no están exentos les adolescentes” (FUSA, 2020:8). Ya en 2015 la Encuesta Nacional de Juventudes había indicado que “4 de cada 10 jóvenes en el país tenían responsabilidades de cuidado, sobre todo de niños/as, y que la tasa de

mujeres que las realizaban duplicaba a la de los varones” (Segatore y Seca, 2021: 38 y 39). En efecto, según los datos relevados por FUSA, el 46% de les jóvenes consultadxs realizó tareas domésticas durante el aislamiento, mientras que las compras quedaron del lado de lxs adultxs en el reparto de las responsabilidades del hogar: el 61% de les chicos y chicas encuestades no salió a la calle para realizarlas (FUSA, 2020: 13). Asimismo, un informe de UNICEF señala que la participación de les adolescentes en actividades domésticas se fue incrementando a lo largo de los meses de pandemia. Asimismo, “un tercio dedica parte de su tiempo a cuidar hermanos menores, otros niños del hogar u otros familiares” (2021b: 15 y 16).

Un trabajo reciente sobre mujeres jóvenes a cargo del cuidado infantil en el marco del confinamiento doméstico por la pandemia, con foco en la provincia de Mendoza, analiza los hilos sutiles de la intensificación de las desigualdades de género en la trama naturalizada del trabajo de cuidado no remunerado y sus impactos físicos y mentales. “Los testimonios nos permiten evidenciar no solo el modo en que se distribuyen las tareas, sino sobre quién recae la planificación, gestión y organización del mismo, lo que genera en la responsable una carga mental”. Este último concepto alude “al conjunto de tensiones, el esfuerzo mental y el trabajo cognitivo que conllevan las actividades y tareas en el ámbito doméstico” y el “proceso de toma de decisiones que implica el cuidado: organizar qué cosas hay que hacer, cuándo hay que hacerlas, decirles a otras personas lo que tienen que hacer para asegurar que ese cuidado se realice”. (2021:52).

Durante el aislamiento social, la relación entre un “adentro” y un “afuera” operó como un parte aguas complejo y con profundas resonancias para los cuerpos en su investidura sexogenérica. Si por un lado estar “afuera” (en la calle, en presencia de otrxs, a escasa distancia entre sí) los exponía a riesgos, y la invitación a quedarse “adentro” (“quedate en casa”) se presentaba como la mejor opción para la autoprotección y la protección de todes, ciertos “adentros” se constituyeron en enclaves de injusticias, dolor, peligro y riesgo de muerte: abusos, violaciones, violencias, femicidios.

Pese al protagonismo político en reivindicaciones de género y sexualidad, a favor de la autonomía corporal y contra las violencias, liderado por las jóvenes en los años inmediatamente precedentes, la pandemia significó para muchas chicas, así como para muchxs niños y niñas, un retroceso en el reconocimiento y ejercicio de sus derechos vinculados al

respeto, integridad y dignidad de sus cuerpos, su sexualidad y su adscripción sexogenérica. Con el mayor tiempo de convivencia del grupo familiar debido al ASPO, aumentó la exposición de chicos y chicas a situaciones de violencia en el hogar. Un documento de UNICEF detalla los contornos de esta problemática: “Es sabido que en el 77% de los casos el agresor es un familiar directo o alguien de su entorno cercano y que el 50 % de los episodios suceden dentro del propio hogar de la víctima o en el de un familiar”. Simultáneamente, “el aislamiento también dificulta las posibilidades de pedir ayuda por la menor posibilidad de contacto de les niñas y adolescentes con algunos familiares, amigos o docentes que puedan servir potencialmente de ayuda, en este último caso, debido a la suspensión de clases presenciales” (UNICEF, 2020: digital). Para comprender la relevancia del tema, se calcula que en Argentina se registran por año más de tres mil casos de niñas y jóvenes que sufren algún tipo de abuso sexual, estadísticas que se suponen tienen, además, un importante nivel de subregistro (UNICEF y Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, 2021). Al respecto, de acuerdo con un informe publicado en 2020 por la Asociación Argentina de Psiquiatría Infantil, durante el aislamiento sanitario una alta proporción de niñas y jóvenes con antecedentes de haber sufrido abuso sexual recomenzaron con síntomas que ya habían cedido o presentaron agravamiento de los ya existentes (Miguez, 2020:1).

El cuerpo, dice Butler, “supone mortalidad, vulnerabilidad, praxis: la piel y la carne nos exponen a la mirada de los otros, pero también al contacto y a la violencia, y también son cuerpos los que nos ponen en peligro de convertirnos en agentes e instrumento de todo esto” (2006: 52). Durante la cuarentena, sobre todo en sus inicios, las búsquedas de mujeres y niñas desaparecidxs y sospechadxs de estar en situaciones de peligro, quedaron en suspenso. En lo que respecta a los femicidios, solo en el primer mes de la puesta en vigencia del ASPO se produjeron en la Argentina 19 asesinatos de mujeres en razón de su condición de tales, y las denuncias por violencia de género aumentaron un 39%. De esos femicidios, el 45% fue perpetrados por la pareja actual de las víctimas (ONU News, 2020, digital).

Las cifras del Observatorio de Violencia Doméstica de la Corte Suprema de la Nación son igualmente punzantes: durante los primeros 30 días de aislamiento se recibieron 835 llamados para reportar situaciones de violencia en el hogar, y pedir ayuda. En el primer año de pandemia, fueron 10.919 los casos de violencias atendidos por esta dependencia,

de los cuales el 78% tuvieron a niñas, adolescentes y mujeres adultas como víctimas. El 96% de los casos se trató de violencia psicológica, 61% de las denunciantes reportó violencia física y 47% indicó que hubo violencia simbólica, lo que permite inferir el ejercicio simultáneo de distintos tipos de violencias de género sobre las niñas, chicas y mujeres afectadas (OVD, 2021, digital).

“La aptitud de un ser vivo para permanecer abierto a las afecciones y a la alteridad, a lo extranjero, depende también de su capacidad para evitar la violencia que lo destruiría de un solo golpe”, dice nuevamente el filósofo Peter Pelbart. Y se pregunta: “Pero ¿cómo podría un cuerpo protegerse de las heridas grandes y (...) mantener las “manos abiertas”? ¿Cómo hace para tener la fuerza de estar a la altura de su debilidad, en vez de permanecer en la debilidad de cultivar sólo la fuerza?” (2021, digital). Claramente, el contexto de pandemia no habilitó, o dificultó seriamente, esa posibilidad, así como la potencia expresiva, libre y ciudadana de los cuerpos juveniles, en especial de niñas y mujeres jóvenes, que sin poder salir de sus casas vivieron el infierno de la violencia y la desigualdad por razones de género. Problemáticas éstas que permanecen relativizadas en las prioridades de atención integral, o siempre un poco fuera del foco de la protección, entendida en su sentido más básico e inmediato, como preservación de la vida.

Breve coda final

El recorrido propuesto en este capítulo no persiguió arribar a conclusiones exhaustivas, sino más bien reflexionar desde claves combinadas –de los estudios de género y el análisis cultural- sobre las políticas corporales y afectivas que se desplegaron sobre les jóvenes como resultado de la regulación de sus movimientos y la aplicación de medidas sanitarias derivadas del aislamiento físico y social de sus cuerpos, y de su confinamiento a la esfera doméstica.

Habládxs casi todo el tiempo por otrxs, los informes consultados aquí permitieron en parte recuperar sus voces, sentires, padecimientos y demandas. Así, el valor de su palabra cobra aún mayor importancia cuánto más han sido blanco de críticas adultocéntricas referidas a su supuesta irresponsabilidad en el cumplimiento de las medidas protectivas basadas en la restricción de las salidas y el mantenimiento de la distancia so-

cial. Sumadas las sospechas de su falta de empatía para con quienes son más vulnerables al virus, acusándolxs de abandonar los cuidados exigidos y ser propagadores de los contagios.

Frente a esto, les jóvenes responden asumiendo una ética del cumplimiento de las medidas y de cuidado hacia la población de mayor riesgo. Pero, además, demandan ser tenidxs en cuenta como sujetos de derecho y como colectivo con una actoría política intensa en la historia reciente del país. En palabras de un reporte de UNICEF, les jóvenes “desarrollan un pensamiento crítico que incluye sus propias contradicciones en función de los cuidados. Perciben una flexibilización en las medidas de cuidado, entienden que existe una perspectiva de fin de la pandemia, y muestran mayor preocupación que las niñas y los niños respecto a las posibilidades de contagio y muerte de sus familiares cercanos”. Junto a ello, “sienten que no son escuchados, que no tienen ni voz ni voto y reclaman mayor participación y protagonismo en los protocolos de cuidados escolares. La estigmatización, junto a la percepción de no ser tenidos en cuenta como sujetos con capacidad de agencia para transformar y colaborar a mejorar las condiciones de vida y de su entorno, constituyen elementos que promueven identidades desacreditadas que no favorecen la construcción de ciudadanía” (UNICEF, 2021a: 22).

La voz, como adelanto del cuerpo, tiene su propia consistencia. En tanto caja de resonancia de estas voces y experiencias juveniles, la pandemia constituye una coyuntura difícil de afectación y desafectación de los cuerpos. En su seno se instala el desafío de escuchar, con sensibilidad y compromiso político, lo que los datos y sus propias narraciones dicen de su potencia y su fragilidad en estas circunstancias.

Bibliografía

- Butler, Judith. *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del 'sexo'*. Buenos Aires, Paidós, 2002.
- Butler, Judith. *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, Buenos Aires, Paidós, 2006.
- Pelbart, Peter Pál. "El cuerpo que no aguanta más". *Lobo Suelto*, Noviembre de 2021. Disponible en: <https://lobosuelto.com/el-cuerpo-que-no-aguanta-mas-peter-pal-pelbart/>
- Segatore, Emiliana y María Victoria Seca. "Sin un cuarto propio: trayectorias juveniles y cuidado infantil durante el aislamiento por Covid-19 en Mendoza (Argentina)". *Revista Última Década*, Vol.29, Núm. 56. Octubre de 2021.
- Weber, Martín J.P. "Basta de cuerpos". *Lobo Suelto*, Octubre de 2017. Disponible en: <https://lobosuelto.com/basta-de-cuerpos/>

Informes

- Fundación SES. "#SumarNosSuma. Informe preliminar de relevamiento a adolescentes y jóvenes". Buenos Aires, Mayo 2020.
- FUSA Asociación civil. "Adolescentes, Covid-19 y Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio", Mayo 2020.
- INJUVE. "Encuesta: Jóvenes y aislamiento social". Ministerio de Desarrollo Social, 2020.
- INJUVE. "Hablemos de Todo durante el aislamiento social, preventivo y obligatorio". Marzo-Abril 2020.

- Observatorio de Adolescentes y Jóvenes. “Pandemia en Argentina. El tiempo detenido de adolescentes y jóvenes”. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Buenos Aires, Junio 2020.
- Oficina de Violencia Doméstica (OVD). Corte Suprema de la Nación. “Casos atendidos durante la pandemia por Covid-19”. Buenos Aires, Noviembre 2021. Disponible en: <http://www.ovd.gov.ar/ovd/verMultimedia?data=5340>
- Miguez, Sonia. “Psiquiatras Infanto-Juveniles en Pandemia. La Escuela y La Salud Mental”. Asociación Argentina de Psiquiatría Infanto Juvenil (AAPI). Buenos Aires, Noviembre 2020. Disponible en: <https://aapi.org.ar/psiquiatras-infantjuveniles-en-pandemia-la-escuela-y-la-salud-mental/>
- Programa Argentina Futura (Jefatura de Gabinete de la Nación) e INJUVE. “Juventudes y Covid-19. Impacto del Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio en las Juventudes”. Junio de 2020.
- Programa Nacional de Salud Sexual y Procreación Responsable, Ministerio de Salud e INDEC. “Encuesta Nacional de Salud Sexual y Reproductiva”, 2019.
- Tapia, Silvia. “Entre recomendaciones y rutinas: Jóvenes #encasa durante la cuarentena”. IIGG, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 2020.
- UNICEF. “Estudio sobre los efectos en la salud mental de niños, niñas y adolescentes por Covid-19. Resumen Ejecutivo”. Buenos Aires, 2021 a).
- UNICEF. “Impacto de la pandemia en la educación de niños, niñas y adolescentes. Cuarta Ronda”. Buenos Aires, 2021 b).
- UNICEF y Ministerio de Justicia y Derechos Humanos. “Violencia contra Niñas, Niños y Adolescentes. Un análisis de los datos del Programa Las Víctimas contra las Violencias 2020-2021”. Fascículo N°9, Buenos Aires, Noviembre 2021.
- VVAA. “Consumo de alcohol en la cuarentena por COVID-19 (AMBA)”. IIGG, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Mayo 2020.

Notas de prensa

Ayuso, María. “Cuarentena: alertan sobre un aumento de los casos de violencia contra niños y niñas”. La Nación, 10/4/2020. Disponible en: <https://www.la-nacion.com.ar/comunidad/cuarentena-alertan-aumento-casos-violencia-ninos-ninas-nid2352289/#:~:text=Abuso%20sexual%2C%20maltrato%20f%C3%ADsico%20y,impuesta%20por%20el%20COVID%2D19>.

Dillon, Marta: “Un diálogo desde la fragilidad y la incertidumbre. Entrevista a Virginia Cano y Tamara Tenenbaum”. Página 12, 11/4/2020. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/258457-un-dialogo-desde-la-fragilidad-y-la-incertidumbre>

ONU News. “La ONU y Argentina luchan con la otra pandemia del coronavirus, la violencia de género”, Abril 2020. Disponible en: <https://news.un.org/es/story/2020/04/1473082>

Salir a navegar: juventudes y desigualdad educativa en tiempos pandémicos

Pedro Núñez

Introducción

Mucho se ha hablado sobre el impacto de la pandemia por el COVID-19, ocasionada por el virus SARS-CoV-2, en el sistema educativo. Desde marzo del año 2020 proliferaron webinars, conversatorios, presentaciones de estudios. El debate educativo se instaló en la agenda pública, con posicionamientos de diferentes sectores como Familias por la Escuela Pública, Padres Organizados, organismos internacionales -en particular UNICEF-, organizaciones de la sociedad civil -Argentinos por la Educación, Tramas Red, los sindicatos docentes y universidades-. Durante todo el año se sucedieron intercambios en las redes sociales, nuevos libros, declaraciones y actos frente al Ministerio de Educación, así como en diferentes puntos neurálgicos de las principales ciudades del país. Por supuesto que estos debates implicaron diferentes perspectivas, a veces incluso furiosas intervenciones que no siempre contribuyeron a robustecer la discusión pública. Con Diego Gurvich, en sintonía con diversos sectores, sostuvimos la necesidad de robustecer el debate público, de pensar consensos y plantear ejes de discusión.¹

En este variopinto arco de actores las voces estudiantiles tuvieron menor representatividad, más allá del intento de varias investigaciones por indagar en sus percepciones. Podemos señalar, sin temor a equi-

1. En ese texto abogamos por evitar el debate estéril en torno a necias e imposibles presencialidades totales versus precarias e insensibles virtualidades totales y situarlo sobre los ejes y desafíos para la política educativa <http://www.lavanguardiadigital.com.ar/index.php/2021/06/02/y-si-el-progresismo-piensa-la-educacion-en-serio/>

vocarnos, que muchas veces se “habló” a través de ellos/as/es y se exploró menos en sus experiencias durante estos meses. ¿Qué piensan los y las estudiantes? ¿Cómo atravesaron la escolarización durante la pandemia? ¿Qué tipo de vínculo construyeron entre ellos/as y con sus profesores/as?

Este capítulo tiene la intención de aportar algunas reflexiones sobre las experiencias juveniles en la escuela secundaria durante la pandemia. El texto está organizado en tres apartados que a su vez apelan metafóricamente a tres momentos utilizando a la pandemia por el COVID-19 como bisagra: el antes, el durante y el futuro. En el primero se presentan las transformaciones que tenían lugar en la década previa a marzo del año 2020, allí damos cuenta de las principales tendencias en los indicadores educativos y presentamos hallazgos de diferentes investigaciones. El segundo momento, el durante, recupera experiencias estudiantiles en los últimos dos años cronológicos -o el largo año pandémico que inicia con el ciclo lectivo del 2020-. Finalmente, la tercera sección presenta algunas ideas para pensar los desafíos a futuro.

Tiempos de cambio

¿Qué pasaba antes de la pandemia?

En un periodo de tiempo muy corto los sistemas educativos latinoamericanos habías atravesado diversos cambios. En el Informe sobre Escuela Secundaria en la Región realizado por FLACSO y que coordinamos con Daniel Pinkasz, señalamos que en las dos décadas que comprenden este siglo implicaron avances en, al menos, tres direcciones: 1) la sanción de leyes que amplían los años de escolarización considerados obligatorios, 2) el crecimiento de la matrícula del nivel secundario y la educación superior y 3) modificaciones en las demandas de formación docente y el tipo de propuesta escolar.

La paradoja es que estos cambios no se tradujeron necesariamente en bienestar en tres aspectos: una experiencia escolar más gratificante, grados de satisfacción con la calidad de la educación (sin discutir en este espacio qué entendemos por tal) o en una mayor confianza en que dicha experiencia se traducirá en mayores oportunidades a futuro. Así, en ese mundo pre-pandemia del que pareciera que sólo recordamos ciertas pinceladas, la escuela secundaria concentraba ya enormes demandas.

En esos años el sistema educativo se expandió notablemente, en un movimiento ampliamente constatable en el nivel medio, pero también observable en el superior. Este proceso no estuvo exento de tensiones -muchas de las cuales se tornaron visibles a partir del 2020-.

En esta sección analizaremos dichas cuestiones en dos planos: las tendencias a nivel macro y algunas referencias, recuperando investigaciones recientes, sobre los modos en que las investigaciones habían dado cuenta de los modos juveniles de transitar la experiencia educativa. Nos valdremos tanto de la lectura de indicadores que reflejan las dinámicas de proceso y resultado como de escenas descritas por trabajos recientes, para pensar desde las interacciones cotidianas y los modos de estar en las instituciones. Cabe destacar que estos procesos eran constatables pre-pandemia, por lo que sirven como puerta de entrada a las discusiones sobre los desafíos que enfrenta(ba) el sistema educativo.

Comencemos el recorrido retomando la lectura de algunos indicadores que trazan el panorama del nivel secundario en el país. Resulta imposible comprender las dificultades que enfrenta el secundario sin una lectura de las dinámicas históricas que adquirió el desarrollo de los diferentes niveles del sistema educativo. La trayectoria de la educación secundaria, que se caracterizaba por ser una instancia de selección de las elites e incorporación de los sectores medios integrados y sucesivas oleadas de inclusión de los sectores históricamente excluidos, alcanza así a finales del siglo XX un mapa diverso en cuanto a cobertura (Pinkasz y Núñez, 2020).

Una dimensión clave de las transformaciones es la vinculada a la matrícula del nivel, que refleja las modificaciones en el perfil de los y las estudiantes, los cambios en su composición social y procedencia. En la literatura existe relativo consenso acerca del impacto del ciclo de crecimiento económico que abarcó a la mayoría de los países de la región debido al boom de las *commodities* durante la primera década del 2000 y la posibilidad de movilizar recursos hacia las políticas de transferencias condicionadas de ingreso, muchas veces vinculadas a la responsabilidad de asistencia escolar, como el Bono Juancito Pinto en Bolivia, el Plan Equidad en Uruguay, Chile Solidario en dicho país y la AUH (Asignación Universal por Hijo) en Argentina (Benza y Kessler, 2021). Esta expansión tiene aún un carácter escalonado en tanto el primer ciclo muestra una cobertura mucho más amplia que el segundo.

Uno de los mayores desafíos para alcanzar la escolarización radica en el problema de quienes dejan la escuela (que suele conceptualizarse

como abandono); aún allí donde la oferta llega amplios grupos de jóvenes tienen grandes dificultades para finalizar sus estudios. La caída de matrícula entre el primer y el segundo ciclo, así como los porcentajes de estudiantes que no terminan la secundaria son los desafíos más constatables. Como consecuencia, se configuran dos tipos de desigualdades entrelazadas: acceso y trayectoria.

Si observamos las características socio-económicas de quienes continúan estudiando el segundo tramo de la educación secundaria (en varios países denominada media o media superior) la tasa de asistencia en secundaria alta varía considerablemente entre el quintil superior y el inferior –llegando a un promedio de cerca de 20 puntos-² o el clima educativo del hogar las diferencias son notorias. Los datos de SITEAL (2021) para el último tramo de la secundaria en Argentina muestran que varía de 37,7% en bajo, 48,45 en medio y 70, 5% en Alto; Brasil 46,4%, 63,3% y 78,4%; Chile 62,1%, 71,1% y 78,1% y Uruguay 27,6%, 54,8% y 85,3% respectivamente.

Las trayectorias distan de ser lineales, asumiendo ritmos y formas que exceden los años teóricos, fenómeno que fue observado por la investigación educativa. Las trayectorias a veces refieren a la discontinuidad (Kantor, 2001), a una experiencia educativa de baja intensidad (Kessler, 2004), en tantas otras a una diversidad de trayectorias, tal como tiempo atrás mostraron los estudios sobre educación y maternidad adolescente (Fainsod, 2008). Más allá del **énfasis** en un fenómeno u otro lo cierto es que la noción de trayectorias intermitentes (Briscioli, 2017) resulta muy atinada para caracterizar las formas heterogéneas de transitar por la escuela secundaria. Servetto (2008) tuvo la lucidez de denominarlos pasajeros en tránsito -recuperando el nombre de la canción de Charly García y Pedro Aznar- para referir a las experiencias de muchos jóvenes que circulan o transitan por rutas sin afincarse en ninguna institución.

Ahora bien: ¿cómo son esos recorridos? ¿De qué manera se expresaban estas tensiones en el día a día de la escuela? Las investigaciones pre-pandemia habían dado cuenta del desdibujamiento de las fronteras entre el adentro y el afuera escolar. No se trata tanto del ingreso de las culturas juveniles que se había tematizado tiempo atrás sino de la po-

2. Para 2017, la Tasa Neta Ajustada de asistencia escolar secundaria alta presenta los siguientes valores, según nivel de ingresos per cápita familiares: Argentina 47,6 (quintil inferior) 69,9 (quintil superior), Brasil 56,6 (quintil inferior) 79,4 (quintil superior), Chile 71,1 (quintil inferior) 80,6 (quintil superior), Uruguay 46,2 (quintil inferior) 83,9 (quintil superior). (SITEAL, 2021).

sibilidad concreta, palpable, de modos de circulación y apropiación del tiempo y espacio escolar diferentes, novedosos, disruptivos. Si en los primeros 2000 las discusiones se orientaban a pensar el ingreso de los nuevos públicos y las tensiones propias de la masificación los debates más recientes dan cuenta de la importancia de replantear las temporalidades escolares y juveniles.

Efectivamente, en la primera década del 2000, en línea con el clásico trabajo de Dubet y Martuccelli (1998) la bibliografía especializada dio cuenta hace más de dos décadas de las tensiones entre las expectativas de los nuevos públicos y las posibilidades realmente existentes en las instituciones. En la Argentina, Foglino, Falconi y López Molina (2008) enfatizaron en la singularidad de un proceso de escolarización por el cual este grupo de jóvenes entramaban dos dimensiones: los últimos en acceder al nivel, pero los primeros en hacerlo dentro en sus familias y grupos de pertenencia. Por esos años, Giovine y Martignoni (2011) hallaban la tensión que se reflejaba en las instituciones a partir de la expansión de la escuela secundaria y la persistencia de componentes como la distribución del espacio y el tiempo y el modelo de docente y alumno esperado, donde varias voces diferenciaban entre “los míos” y “los nuevos” como nominaciones que dan lugar a representaciones estigmatizantes.

Es esta última década los trabajos dan cuenta de otras formas de habitar las escuelas; muchos jóvenes transitan por el espacio escolar con una permanencia nómada (Armella & Dafunchio, 2015). Están en la escuela a condición de estar en movimiento, y expresando modos de habitar atravesados por tiempos atemporales que rigen sus vínculos con la escuela, sus pares y docentes, y también de acceder con el saber (Armella y Dafunchio, 2015). En su tesis de doctorado defendida en el año 2019, pre-pandemia, Sofía Dafunchio encuentra una fragmentación del tiempo que desdibuja la idea de bloques cronometrados y surge la figura del estudiante itinerante, que busca la clase que le gusta, despliega estrategias, circula. Tal como sostuvieron tiempo atrás González y Crego (2018) comparando las situaciones en una escuela secundaria básica y en el marco del Plan Fines, mientras algunos jóvenes pueden contar con un “tiempo suyo” -que suspende tiempo de actividades de cuidado, trabajo o encierro, convirtiendo al espacio escolar en una suerte de refugio como marco de libertad-, en otros casos existen negociaciones permanentes entre las lógicas escolares y la necesidad de sostener ingresos para la supervivencia cotidiana. Hay aquí otra línea

de investigación a desplegar para pensar los usos del tiempo y espacio escolar postpandemia.

El durante la pandemia

¿Qué nos paso?

Las tendencias del sistema educativo que presentamos en el apartado anterior eran preexistentes a la pandemia COVID-19, ocasionada por el virus SARS-CoV-2, pero se tornaron palpables y eje de la agenda pública desde el año 2020.

Desde entonces, tal como destaca Dussel (2021), la pandemia supuso el cambio abrupto de reacomodar la escuela –ese edificio escolar moderno y sus dinámicas de organización- a hogares y pantallas dando lugar a nuevas experiencias. El sistema educativo atravesó un enorme desafío ante la reconfiguración de las desigualdades. Más que una superposición optamos por pensar, siguiendo la perspectiva propuesta por Jelin (2020) las dimensiones de la desigualdad a partir de comprender su configuración, y no como dimensiones aisladas ni producto de una sumatoria o adición. Retomando su propuesta, cabe preguntarse cómo se entrecruzan en el ámbito educativo las desigualdades de clase, género, etnia o territoriales con el tipo de institución donde se estudie (y de qué manera estas tendencias se manifestaron durante la pandemia).

La continuidad educativa reorganizó las desigualdades en interrelación no sólo con la presencia o no de dispositivos sino también con la infraestructura de servicios públicos (y la consecuente posibilidad de conexión y cobertura de internet, entre otros factores) presente en el territorio donde cada persona viva.³ La misma capacidad de diseñar una propuesta apareció como línea de distinción, combinando desigualdades de distinta escala, desde el acceso a servicios básicos con el dominio de saberes vinculados al uso de las tecnologías y diversas plataformas.

En este apartado vamos a detenernos en un aspecto clave del proceso de escolarización: el tipo de relaciones inter generacionales que

3. Estas propuestas se encuentran a su vez condicionadas por la calidad de conexión y la posibilidad de acceso a una computadora. De acuerdo al Informe del Ministerio de Educación y Unicef (2020), mientras el 79% de quienes asisten a escuelas secundarias de gestión privada cuenta con acceso a una computadora y el 56% con conectividad de acceso fijo con buena calidad de señal mientras que entre quienes estudian en instituciones estatales se reduce al 42% y 39% respectivamente.

se generan, la intensidad de esos vínculos, la sensación de pertenencia que contribuye a consolidar. Nos interesa examinar el modo en que estas cuestiones se organizaron durante el año 2020 y 2021 para explorar en su impacto en las posibilidades de sostener la escolarización.

Tal como retrató la literatura la escuela media fue históricamente un ámbito de encuentro entre generaciones a veces más vinculado a conflictos y tensiones, en otras la masificación del nivel ponía en suspenso la pregunta los conflictos que tenían lugar en los establecimientos educativos. Entre estas últimas se destacan los ya clásicos trabajos de Talcott Parsons (2008) que valoraban la aparición de la cultura juvenil de una generación que consumía sin producir y a la cual estar en las aulas alejaba del trabajo y de la estructura de clases. De acuerdo a esta perspectiva, las críticas de los jóvenes provenían de las excesivas expectativas en el futuro que de cualquier injusticia pasada y por lo tanto mostraban una disposición a trabajar en el interior del sistema más que enfrentarse a él.

Las investigaciones, fundamentalmente a partir de década del sesenta, se orientaron hacia la primera perspectiva dando cuenta de los conflictos intergeneracionales. Estos estudios analizaban los fenómenos contemporáneos fundamentalmente en términos de opuestos donde predominaba cada vez más la identificación como “joven” antes que en términos de estudiantes o la clase social, aunque varios trabajos interrelacionaron dichas variables. Las instituciones educativas fueron uno de los escenarios donde esa confrontación tuvo lugar, un lugar de expresión del problema de las generaciones y de la aparición de nuevos portadores de cultura, tal como Mannheim se había ocupado de precisar de manera clarividente.⁴

Sin pretender profundizar en estas cuestiones cabe señalar que en los países donde los niveles de cobertura aumentaron más rápidamente -como es el caso de los Estados Unidos- las escuelas secundarias se convirtieron para una gran mayoría de jóvenes en el centro de la vida social. La escuela media se constituyó en el espacio en el cual los jóvenes se relacionaban la mayor parte del tiempo entre ellos, aun cuando compartieran el mismo espacio con los adultos (Passerini, 1996).

Las investigaciones realizadas desde el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos (CCCS las siglas en inglés de Center for Contemporary Cultural Studies) fueron claves en esta perspectiva. Para el grupo

4. Para profundizar en esta discusión se sugiere el libro de Vommaro (2015) y el texto “El concepto de generación en las teorías sobre la juventud” de Feixa y Leccardi (2011).

de investigadores las diversas subculturas juveniles –diferenciadas principalmente por la vestimenta que lucían y la música que escuchaban– expresaban formas de resistencia con base en la clase social, articulando las prácticas culturales con las condiciones sociales e históricas los distintos estilos juveniles representaban el intento de recuperar los elementos de cohesión social destruidos en su cultura parental y combinarlos con elementos seleccionados de otras clases sociales (Clarke, Hall, Jefferson y Roberts, 2000). El punto de partida teórico de esta corriente eran las ideas sobre desviación que Howard Becker (1997) desarrolló en *Outsiders*, en particular su idea de la acción social como un proceso más que un evento, la cual permite pensar a la desviación como una creación social, en tanto resultado del poder de algunos de etiquetar a otros. Estos trabajos han legado uno de los estudios clásicos sobre la oposición generacional (y las oposiciones entre tipos de estudiantes y por género) como es el de Paul Willis *Aprendiendo a trabajar. Como los chicos de clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*.

En la actualidad, la condición juvenil debe enfrentar el nuevo escenario conviviendo con una sensación de mayor incertidumbre, donde riesgo e inseguridad aparecen como formas diferentes de gestionarla, sensaciones que se profundizaron durante la pandemia.

Entre los múltiples clivajes que organizan la relación a nivel institucional a partir del trabajo de campo que realizamos junto al equipo de FLACSO durante el año 2020 y 2021⁵ hallamos que las críticas de las y los jóvenes se organizaron más bien sobre la clave educativa que en términos de oposiciones generacionales. Esto no implica negar que efectivamente hubiera distintos posicionamientos que enfrenten a las generaciones, pero lo que pudimos reconstruir a partir de distintas investigaciones realizadas durante ese año es que predominaban las quejas sobre qué hicieron o no las y los profesores.

El tipo de vínculo construido con sus docentes (con quiénes, cuándo, cómo, con qué intensidad) emerge como un aspecto central que reconfigura su percepción acerca de cómo fue la escolarización durante

5. Me refiero al Proyecto PICT “Tiempo de definiciones PICT “Tiempo de definiciones. Experiencia educativa, ciudadanía y cultura digital en la escuela secundaria y la educación superior” gracias al financiamiento de la Agencia Nacional de Investigaciones Científicas. En ese ámbito participa un grupo de colegas que nutren estas reflexiones. Se trata de Sebastián Fuentes, Joaquín Linne, Lucía Litichever, Denise Fridman, Luisa Vecino, Lucila Dallaglio, Andrés Santos Sharpe, Estefanía Otero, Jaime Piracón, Patricia Salti, Mariela Hernández, Gabriel Quinzani y Matías Manelli.

la pandemia o, mejor dicho, los meses de mayor asilamiento. En función de estos aspectos resignifican la sensación de acompañamiento y presencia o incrementa el malestar. Estas cuestiones también fueron constatables en una investigación que realizamos con Victoria Seca y Valentina Arce Castillo para el Proyecto Diversificación de la estructura de la escuela secundaria y segmentación educativa en América Latina” de CEPAL-IIPE UNESCO Buenos Aires y UNICEF-LACRO bajo la coordinación de Felicitas Acosta hallamos que las críticas estudiantiles se organizaron en función de cuatro aspectos: a) la demora en el contacto inicial, b) tiempo de organización, c) tipo de actividades, d) aspectos pedagógicos. Estos aspectos repercuten de manera distinta por sectores sociales y tipo de institución al que asisten, incrementándose las capacidades diferencias (en términos de conectividad y dispositivos), pero también en signos del desgano y la desmotivación, cansancio y resentimiento del vínculo con sus profesores.

Cuando nos adentramos en sus percepciones sobre la forma que adquirió la continuidad educativa, las críticas estudiantiles refieren no sólo a la demora en informar las nuevas dinámicas sino la delimitación temporal que marcan, donde las dinámicas se dividen entre una primera mitad del año más desorganizada y un incremento de actividades luego de las vacaciones de invierno.

En segundo lugar, los comentarios se dirigen a señalar sobre carga de trabajos prácticos, sin explicación alguna. Esto les produce la sensación de tener que “arreglárselas solos” o “como puedan”. Sus referencias a los aspectos pedagógicos señalan la escasa capacidad en el uso de nuevas tecnologías por parte de sus docentes, la ausencia de explicaciones de las actividades a realizar y las dificultades para sostener las actividades prácticas propias de la especialidad (en el caso de escuelas técnicas). Estos aspectos mellan la relación con los docentes que, como señalan algunos estudiantes “parece que no se dan cuenta de que queremos tener clases” (Estudiante varón, CABA).

En tercer lugar, aparece una clara distinción entre instituciones de gestión privada y estatales, así como entre docentes y propuestas educativas que venían desarrollando trabajos específicos con las tecnologías. Es decir que existe un punto de partida diferencial en relación a encontrarse habituados a trabajar con la tecnología y combinar distintas plataformas. En varias instituciones -por lo general las privadas donde asisten sectores medios y altos- la estrategia pareció privilegiar el intento por sostener una idea similar a la presencial. Los relatos señalan que durante la primera mitad del año mantuvieron el mismo horario que en

la presencialidad y que eran evaluados con regularidad. A su vez, estos establecimientos son las que de manera más rápida lograron adaptarse a la nueva situación, en parte porque contaban con campus virtuales o ya realizaban actividades compartidas a través de plataformas digitales. Sin embargo, las estrategias pedagógicas también tienen algunos aspectos que se cuestionan por el cansancio que demanda la virtualidad. En la segunda mitad del año, debido al agotamiento que sentían de pasar tantas horas frente a las pantallas, disminuyeron los horarios de las actividades sincrónicas y también lo hizo la cantidad de evaluaciones. La exigencia de “estar conectada todo el tiempo” provoca, como cuenta una estudiante mujer de zona norte del Gran Buenos Aires que se sienta “drenada de energía. Me cansa un montón estar tanto tiempo frente a la pantalla”.

En líneas generales, y más allá de diferencias ya señaladas en las escuelas de gestión estatal (dependientes de cada jurisdicción o de las universidades nacionales) predomina una sensación de que todo “depende” de cada profesor/a. Entre sus respuestas encontramos a quienes reclaman que sus docentes no quieren darles clases, otros que solo dan teórico y no explican y en algunos casos, los menos, que tienen un diálogo más fluido y en sus clases emplean diversas estrategias que les ayuda a comprender los temas. De esta actitud docente depende, a su vez, la “dificultad” de las actividades.

¿Qué hicieron las y los profesores? Tal como muchos y muchas profesores han comprobado durante los años 2020 y 2021 –y no sabemos por cuántos más- este aspecto que era parte de su trabajo se reconfiguró: el tiempo de preparación de clases, el tiempo en aula -en el formato que fuera-, el tiempo de contacto con una u otra “burbuja”, el tiempo para cada quien, el tiempo de su vida cotidiana, el tiempo administrativo.⁶

Esta coyuntura reactualiza el clásico trabajo de Hargreaves (1998) sobre el tiempo como estructurador del trabajo docente. No quisiéramos extendernos de más en este recorrido, pero estos textos ponen sobre el debate tensiones que se reactualizaron como la colonización del trabajo docente y las áreas abiertas y cerradas.

6. Durante esos años Twitter fue un fogón a cielo abierto donde docentes de distintos lugares del país compartieron textos, reflexiones, ideas. <https://www.memo.com.ar/opinion/desafios-docentes-en-10-escenarios-de-la-escuela-2021/> de Federico del Carpio o el portal <https://www.gloriayloor.com/> con textos de Viviana Postay o Manuel Becerra, entre tantos/as otros/as.

En un trabajo que analiza la continuidad educativa en la Provincia de Buenos Aires Dabegnino, Freytes Frey y Meo (2021), cruzando sectores socioeconómicos, tipos de gestión, usos previos de TIC y la misma percepción docente sobre el prestigio de la escuela donde dan clases encuentran diferencias en las estrategias pedagógicas en tanto: “el uso de Whatsapp se destacaba entre docentes de escuelas estatales (70%), con menor prestigio (63%), con alumnado de NSE bajo (69%) y que no disponían de plataforma digital antes del ASPO (66% entre docentes de escuelas con plataforma y promoción del uso pedagógico de TIC y 56% en las que tenían plataforma, pero no usaban pedagógicamente las TIC antes del ASPO)” Dabegnino, Freytes Frey y Meo (2021: 36). Las cuestiones consideradas por las autoras son claves para pensar tanto los puntos de partida como las adecuaciones docentes y, a futuro, las demandas y necesidades de formación docente y características de la propuesta educativa. Por su parte, Dussel también destacó las diferencias en cuanto a lo que cada plataforma permite, en tanto WhatsApp implica un contacto cotidiano, pero dificulta secuencias pedagógicas u organizar intercambios mientras que las plataformas de encuentro sincrónico como Zoom y GoogleMeet ordenan las interacciones “lo que dirige la atención hacia un mismo texto, pero requieren banda ancha y pantallas más grandes que la del celular” (Dussel, 2021: 293).

Más recientemente, a partir de los regresos parciales, o completos, a la presencialidad enfrentamos al enorme desafío de retomar las dinámicas de sociabilidad, el encuentro con otros sin temor, la potencia del intercambio en las escuelas, así como la recuperación de un sentido de pertenencia y de pasión por lo que sucede en esos ámbitos.

Durante el año 2020 con el equipo de investigación de FLACSO que ya mencioné aplicamos una encuesta a estudiantes del nivel secundario de CABA. El 80% de quienes participaron señaló que quiere que la escuela vuelva a ser como antes, un porcentaje similar señala que aprendieron menos que antes y un 70% dice que lo que más extrañó fue a sus amigos/as. Se añora el “estar ahí” e incluso los “tiempos muertos” entre clase y clase que a veces servía como momento de sociabilidad (jugar a las cartas, como en el siguiente relato) o de evitar el tiempo productivo constante:

Yo extraño supongo que el tiempo muerto, es lo que más extraño. Como que no hay tiempo muerto en el Meet, siempre tenés que estar haciendo medio algo, porque si no, no estás en Meet, estás haciendo otra cosa. (...) En el aula antes estabas intentando matar tiempo hasta que empiece la clase, qué sé yo, a la gente se le ocurre cualquier cosa,

no sé, para paversear, un juego de cartas, cualquier pavada para matar tiempo. El tiempo muerto, sí. Es como el teatro, solo están las partes interesantes; yo quiero las partes aburridas también, no sé. (Estudiante varón, gestión privada, CABA).

Cierre

Futuro y una agenda de desafíos

Por momentos pareciera que la pandemia nos hizo amar la escuela del pasado. Incluso aquellos sectores que más promovían la virtualización de la educación y la incorporación de las nuevas tecnologías reclamaron de manera ampulosa la “presencialidad”. Sin embargo, las luces llamativas muchas veces enneguecen. Estamos ante la oportunidad de pensar la agenda de los desafíos que enfrenta el sistema educativo en general, y la escuela secundaria en particular.

Un primer desafío se vincula con el debate sobre cómo afrontar las diferencias que se convierten en desigualdades. Esto implica poner en discusión la tensión entre la enunciación de la universalidad y la persistencia de procedimientos que dificultan el pasaje de año, o un régimen de asistencias imposible de cumplir para adolescentes embarazadas o madres/padres o a cargo del trabajo doméstico o para quienes realizan changas. Una pregunta central es si no es tiempo de priorizar a los grupos más desaventajados, aquellos que se desconectaron del sistema educativo. Esto implicaría más docentes, talleristas, tutorías, trabajo en grupos reducidos, desarrollo de materiales; un bagaje amplio de propuestas pedagógicas y de acompañamiento de trayectorias que requieren, indudablemente, más presupuesto.

La pandemia alteró la temporalidad, el tiempo y el espacio escolar. Afectó también, la gradualidad, como señala Flavia Terigi (2010). Da también una oportunidad no ya de pensar el formato escolar sino en otros modos de transmisión, de enseñanza y aprendizaje, de estar con otros, de modelos híbridos y con más encuentros entre diferentes. La pandemia, aún en los regresos parciales o totales, alteró también las maneras en que se interrelaciona la temporalidad escolar y los ritmos juveniles. Estas dinámicas se expresaban en distintas tensiones tanto a la circulación por los espacios, el uso del tiempo, los sentidos sobre la escuela secundaria o el modo en que adultos y jóvenes se vinculan.

En octubre de 2021, junto a Roxana Perazza, organizamos un conversatorio con la intención de aportar reflexiones para el capítulo de

un libro. Lo llamamos La escuela secundaria ante cambios e incertidumbres y participaron dos estudiantes, tres directoras de instituciones educativas de distintos lugares del país -Sandra Bembo, directora de la Escuela EESO N° 432 de Rosario, Griselda Galarza vice directora de Escuela EMEM de CABA, Carla Fodor, directora de la Escuela Secundaria N° 24 “Argentino Valle” de Isla Maciel, Avellaneda en la Provincia de Buenos Aires - y dos personas con trayectoria académica y en la gestión educativa como Pablo Vommaro (IIGG-UBA/CONICET – CLACSO) y Diego Gurvich (Centro de Estudios en Políticas Sociales y Educativas). El diálogo tocó varias aristas, pero para cerrar este apartado quisiera presentar dos ideas planteadas por Julieta y Camilo, estudiantes de una escuela secundaria de Rosario (Santa Fe) y Moreno (Prov. de Buenos Aires) que condensan parte de los desafíos que enfrenta la escuela secundaria, pensando desde la perspectiva de jóvenes que transitan cotidianamente las instituciones.

Cuando les preguntamos por el vínculo con sus profesores/as y el tipo de clases que les gustan, dicho de otra manera, cuándo este vínculo se transforma en una experiencia de experiencia significativa enfatizaron en la disrupción del tiempo y espacio escolar y en la posibilidad del intercambio. Leamos qué respondieron:

Una profesora decidió tener la clase en el patio, al aire libre, en una ronda con todos y que después discutamos al respecto. Y me parece que eso hizo la clase por ahí mucho más interesante. Creo que desde que se partió del espacio, desde esa decisión de hacerlo en otro lado, de una forma diferente la clase, ya hizo también que nosotros o al menos yo me sentí mucho más cómodo que estando sentado en una silla dentro del salón.

Lo más importante es cuando se genera un intercambio entre todos, las clases más valiosas son en las que existen los debates. Cuando el profesor está más suelto, es más informal a la hora de dar la clase, para mí eso es lo que mejora y es cuando llama la atención del alumno.

Por supuesto que para que estas ideas circulen deben darse las condiciones adecuadas de infraestructura, insistir en proyectos que aborden instancias significativas de la manera de transmitir contenidos, recursos para equipos, tutorías, mejores condiciones de trabajo docente, dispositivos y la tecnología adecuada, entre otras cuestiones, pero esos esfuerzos presupuestarios y en formación deben a la vez estar acompañado por esos otros modos de enseñar y compartir el tiempo y espacio escolar.

En un texto reciente Martuccelli (2021) preguntándose qué tan indispensable es la co-presencialidad en la educación destaca que esta se caracteriza, a diferencia de la medicina donde ocurre lo opuesto, por su baja complejidad técnica y su alta complejidad relacional. Quizás se trate, entre otras cuestiones, de pensar espacios educativos donde superar esa atención flotante con constantes interrupciones (Dussel, 2020) que dificulta la conversación.

Aún es muy reciente para pensar la pandemia y post pandemia y desconocemos la dinámica que terminará predominando. Fuera cual fuese, la escuela secundaria enfrentará la difícil tarea de reconfigurar los vínculos inter e intrageneracionales después de meses de temores y poco contacto con quienes están más alejados de nuestros círculos cercanos, lo contrario a lo que se espera de la vida urbana. Los desafíos parecen muchos, quizás podamos comenzar por intentar hacer del tiempo escolar uno que valga la pena mientras imaginamos igualdades por venir.

Bibliografía

- Becker, H. (1997) [1966] *Outsiders. Studies in the sociology of deviance*, New York: The Free Press.
- Benza, G. and Kessler, G. (2021). *La ¿nueva? estructura social de América Latina: cambios y persistencias después de la ola de gobiernos progresistas*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Briscioli, B. (2017). Aportes para la construcción conceptual de las “trayectorias escolares”. *Revista Electrónica Actualidades Investigativas en Educación*. Volumen 17 Número 3, 1-30.
- Clarke, J. ; Hall, S.; Jefferson, T. & Roberts, B. (2000). Subcultures, cultures and class, en Hall, S. & Jefferson, T. (eds.) *Resistance Through Rituals: Youth Subcultures in Postwar Britain*. London-New York: Routledge. [1st published in 1975 as Working Papers in Cultural Studies N° 7/8, The Centre for Contemporary Cultural Studies, University of Birmingham]
- Dabenigno, V.; Freytes Frey, A, y Meo, A. (2021). COVID-19 y TIC: estrategias pedagógicas y desigualdades educativas en clave institucional *Itinerarios educativos*. Universidad Nacional del Litoral, Argentina vol. 1, núm. 14, 2021 pp. 30-44

- Dafuncho, S. (2019). Dispositivos pedagógicos y focos de experiencias de los y las estudiantes de escuelas secundarias emplazadas en contextos de extrema pobreza urbana y degradación ambiental. Tesis doctoral. Doctorado. FFyL, UBA.
- Dubet, F. & Martuccelli, D. (1998). *Sociología de la experiencia escolar*. Buenos Aires: Losada.
- Dussel, I. (2020). La clase en pantuflas. En En Dussel, I; Ferrante, P. y Pulfer, D. *Pensar la educación en tiempos de pandemia* (pp. 337-348). Buenos Aires: UNICEF.
- Dussel, Inés (2021) Escuelas en tiempos alterados. *Tecnologías, pedagogías y desigualdades, Nueva Sociedad*, 293, mayo-junio de 2021, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.
- Fainsod, P. (2008). Embarazos y maternidades adolescentes. Desafíos de las escuelas. En G. Alonso y G. Morgade (Eds.), *Cuerpos y sexualidades en la escuela. De la "normalidad" a la disidencia*. Buenos Aires. Paidós.
- Feixa, C. y Leccardi, C. (2011). "El concepto de generación en las teorías sobre la juventud", en Última década, Nro. 34, CIDPA Valparaíso, Junio 2011, pp. 11-32.
- Fogolino, A. M.; Falconi, O. y López Molina, E. (2008). Una aproximación a la construcción de la experiencia escolar de adolescentes y jóvenes de grupos sociales urbanos en condiciones de pobreza en Córdoba. *Cuadernos de Educación*. N° 6.
- Giovine, R. y Martignoni, L. (2011). La escuela media bajo el mandato de la obligatoriedad. *Cad. Cedes*, Campinas, vol. 31, n. 84, pp. 175-194.
- González, F. y Crego, L. (2018). La temporalidad escolar en cuestión. Negociaciones en una escuela secundaria y en un Plan FinEs. *Propuesta Educativa*. N° 49, 27 – Jun. 2018 – Vol.1. pp. 84-93.
- Gurvich, D. y Núñez, P. (2021). ¿Y si el progresismo piensa la educación en serio? <http://www.lavanguardiaigital.com.ar/index.php/2021/06/02/y-si-el-progresismo-piensa-la-educacion-en-serio/>
- Hargreaves, A. (1998) *Profesorado, cultura y posmodernidad*. Madrid: Morata.
- Informe CEPAL (2021) "Diversificación de la estructura de la escuela secundaria y segmentación educativa en América Latina" - CEPAL-IIPE UNESCO Buenos Aires y UNICEF-LACRO. https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/47211/1/S2100465_es.pdf
- Jelin, E. (2020). Desigualdades y diferencias: género, etnicidad/raza y ciudadanía en las sociedades de clases (realidades históricas, aproximaciones analíticas), En. Jelin, E.; Motta, R. y Costa, S. (eds). *Repensar las desigualdades*. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 155-179
- Kessler, G. (2004) *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires: Paidós.

- Kantor, D. (Coord.). (2001). *La escuela secundaria desde la perspectiva de los jóvenes con trayectorias escolares inconclusas*. Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Secretaría de Educación.
- Martuccelli, D. (2021). La gestión anti-sociológica y tecno-experta de la pandemia del Covid-19. *Papeles del CEIC, 2021/1*. <http://dx.doi.org/10.1387/pceic.21916>
- Parsons, T. (2008). La edad y el sexo en la estructura social de Estados Unidos”, en Perez Islas, J. A.; Valdez, M. y Suárez, M. [coord.] *Teorías de la juventud. Las miradas de los clásicos*, México: Porrúa. [Traducción de Parsons, T. (1942) “Age and Sex in the Social Structure of the United States”, in American Sociological Review, num. 7, october.]
- Passerini, L. (1996). La juventud, metáfora del cambio social (dos debates sobre los jóvenes en la Italia fascista y en los Estados Unidos durante los años cincuenta), en Levi, G. y Schmitt, J. C. [comp.] *Historia de los jóvenes*, 2 tomos, Madrid: Taurus.
- Pinkasz, D. & Núñez, P. (2020) ¿Veinte años no es nada? La escolarización secundaria en América Latina y el Caribe en las dos primeras décadas del siglo XXI en Pinkasz, D. & Núñez, P. (comp.) | Informe FLACSO: Educación Secundaria en América y el Caribe, San José de Costa Rica. FLACSO.
- Servetto, S. (2008). Jóvenes, cambios de escuelas y procesos de identificación. Reflexiones teóricas sobre la constitución de identidad”. *Cuadernos de Educación*, Año VI, N° 6. Córdoba.
- Terigi, F. (2010). El saber pedagógico frente a la crisis de la monocronía. En Frigerio, G. y Diker, G. (Comps.) *Educación: saberes alterados* (pp. 99-110). Buenos Aires: Del estante editorial.
- Vommaro, P. (2015). *Juventudes y políticas en la Argentina y en América Latina. Tendencias, conflictos y desafíos*. Grupo Editor Universitario, Buenos Aires.
- Willis, P. (1988). *Aprendiendo a trabajar. Como los chicos de clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*, Madrid: Akal.

Vidas juveniles populares en pandemia: entre "acá la cuarentena no existe" y "el día está imposible"

Candela Barriach, Mariana Chaves y Camila Trebucq

A Lucas Gonzalez, por justicia

Introducción

La remanida frase: la pandemia nos pasó a todes¹ pero no de la misma manera, creemos que no pierde eficacia para iniciar nuestro texto y sumarnos al breve -pero prolífico- camino de dar cuenta de la experiencia atravesada. Los diferentes sectores sociales se enfrentaron a lo inédito. No solo por tratarse de un virus nuevo con gran poder de daño letal, y para el cual la especie humana no tenía vacuna o cura, sino que además tuvo forma globalizada, de allí su denominación como pandemia por COVID-19. Esta nominación técnica se hizo cotidiana, su representación gráfica como pequeña partícula redonda con protuberancias de estilo "trompetita" se nos hizo visible, aunque jamás podremos verlo a simple vista.

Esta incertidumbre de lo inasible, se sumó a la caracterización que ya veníamos realizando con esa palabra para la vida cotidiana de muchos en un capitalismo feroz, donde ya ni se cuidan las apariencias para decir a boca de jarro que no entramos todes en condiciones de vida dignas. Como diría De Souza Santos (2007), veamos las ausencias, ha-

1. Dando lugar a la perspectiva de género y la disputa política por el reconocimiento de las diversidades y disidencias, en este capítulo utilizaremos mayormente la e, pero a veces recordaremos la a y la o como generalidad, o en singular las colocaremos para nombrar mujeres o varones.

gamos tiempo-espacio para nuestras presencias, así no nos arrebatan la experiencia propia, que es real, existe.

El barrio por el que nos moveremos está en la zona sur de La Plata (provincia de Buenos Aires, Argentina). Se caracteriza por ser una zona heterogénea con residentes de clase media, hogares que caen bajo la línea de pobreza y otros en situación de indigencia. Las condiciones de exclusión, vulnerabilidad y fuertes barreras de acceso a derechos y a mecanismos de exigibilidad de los mismos son cotidianas. Algunas de las condiciones históricas de este territorio, que inciden en las trayectorias biográficas de sus habitantes, son el déficit habitacional y de infraestructura urbana, las malas condiciones de los centros de salud y las escuelas, las violencias institucionales, la escasez de espacios deportivos y/o recreativos, el trabajo irregular, o cuando se tiene trabajo es sin registrar y sin cobertura².

Aquellos/as/es que vivieron los años 2020 y 2021 en barrios populares siendo adolescentes y jóvenes tienen mucho que decir, y tenemos mucho que escuchar. Estos dos años han marcado modificaciones en la vida cotidiana y también continuidades. La pandemia por COVID-19 tuvo diferentes momentos marcados por las restricciones y dinámicas en la movilidad que fluctuaron según las disposiciones nacionales, provinciales y municipales y las posibilidades e imposibilidades de cumplirlas.

El espacio, lo territorial, su ocupación y tránsito cobró una relevancia que pasaba desapercibida en el habitar y la movilidad diaria en época pre pandemia. No circular en el espacio público abierto, y no compartir espacios cerrados sean públicos o privados fueron una de las claves fundamentales para frenar el contagio. El virus queda un tiempo en el aire que compartimos estando cerca, entonces hubo que alejarse. Los lugares donde se estudia, se trabaja, se hacen fiestas o se reciben parejas, amigos y familias, ya no podían estar abiertos luego de aquel marzo de 2020 cuando se decretó el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (Decreto 297/20). Como veremos, algunas prácticas no pudieron seguir, otras se trasladaron al interior de las casas, surgieron nuevos momentos y tareas, y otras siguieron igual tal como describe parte del título: "acá la cuarentena no existe". La falta de separación de tiempos y espacios complicó la cotidianidad, la falta de ingresos, de trabajo, de

2. Estudios previos en la zona con estas familias demuestran cómo estas condiciones se relacionan con la expresión de una trama de desigualdades que se acumulan en la historia de los barrios y en las vidas de los niños, niñas, adolescentes y jóvenes (Chaves, 2014; Chaves, et. al., 2016; Hernandez et. al., 2015).

recursos con los que los sectores populares paran la olla diariamente, hicieron ese “día a día imposible” del que nos hablaron en el primer semestre de 2020.

Este capítulo se centra en algunas prácticas juveniles de sectores populares. Queremos luego de esta introducción, primero caracterizar y analizar de forma sintética y general la cotidianeidad de las y los pibes desde el barrio mostrando diferentes dimensiones de su vida: lo familiar, el abastecimiento, los amigos, la escuela, el trabajo, el deporte, la recreación y la participación en organizaciones y redes de ayuda. En segundo lugar, nos focalizamos en prácticas artísticas musicales (orquesta y rap). En ambas secciones el propósito es dar cuenta de su continuidad o modificación en las diferentes etapas del Aislamiento Social Preventivo Obligatorio (ASPO) y el Distanciamiento Social Preventivo Obligatorio (DISPO; Decreto 1033/20 del 20/12/20 para La Plata) y en el momento de escritura de este texto (noviembre 2021). Finalmente, en las palabras de cierre retomamos por un lado la importancia de visibilizar las diversas prácticas sociales que realizan las y los jóvenes en los barrios populares, convocamos a atender su particular experiencia y promover una visión integral y heterogénea sobre sus vidas. Por otro lado, insistiremos en interpretar que las desigualdades sociales -multidimensionales e interseccionales-, se han profundizado con la pandemia.

La cotidianeidad juvenil desde el barrio

Les adolescentes y jóvenes a les que haremos referencia viven la mayoría con sus familias de origen en la misma casa, ocupando la posición de hijos. Algunas viven en otra casa, pero en el mismo terreno y los menos alquilan una casa chica o pieza en el mismo barrio. Hay chicas mayores de 15 años que tienen hijos, también algunos varones, en general mayores de 19. Las casas son de material o de madera, con techos de chapa, puertas exteriores, a veces interiores y si no cortinas. Sus pocos metros cuadrados dificultan la generación de espacios de intimidad, sumado a un casi nulo aislamiento sonoro, pocos muebles, y algunos electrodomésticos como televisores y a veces una computadora³.

3. Algunas familias todavía tenían funcionando computadoras portátiles del Programa Conectar Igualdad (cerrado en 2018 por el gobierno de Mauricio Macri -Cambiamos-). En el segundo año de pandemia llegaron algunas nuevas para los que estaban en primeros años de secundaria del Plan Juana Manso (gobierno Anibal Fernández -Frente de Todos-).

En estos hogares, desde el inicio de las medidas de confinamiento en marzo 2020 hasta mitad de ese año, se produjo una marcada restricción en la circulación hacia fuera del barrio, pero fue muy desigual el acatamiento cuando eran movimientos dentro del barrio. Los adolescentes y jóvenes tomaron roles más activos en las estrategias familiares de abastecimiento de víveres y productos de primera necesidad. Fueron muchas veces los encargados de realizar las compras en los mercados y almacenes del barrio, en parte para cuidar que las y los familiares de grupos de riesgo (por edad o patologías) se desplazaran menos por fuera de la casa. Vale decir que los precios en los barrios suelen ser más caros que en los mayoristas, grandes mercados o supermercados con descuentos, donde muchas familias solían hacer la compra mensual planificada para ahorrar, y a los que estuvieron impedidos de ir durante varios meses. Esto devino en un aumento del costo en alimentos en relación a los ingresos que se mantuvieron igual o descendieron, y a ello hay que sumarle los incrementos por el proceso inflacionario que no ha cesado.

Los pibes eran encargados también muchas veces de ir a las escuelas para buscar las tareas impresas y el bolsón del SAE (Sistema alimentario escolar) cuando, recién cuatro meses aproximadamente de iniciado el aislamiento, empezaron a repartirse en el partido de La Plata. Además iban a las organizaciones sociales, clubes e iglesias en busca de recursos, era para muchos una de sus tareas. Estas instituciones asumieron con mayor velocidad que el Estado la ayuda en alimentación o productos de limpieza, dando continuidad a su presencia con aportes alimenticios, y adaptando la modalidad según la etapa de restricción (bolsones, viandas, volver al comedor)⁴. Esta trama comunitaria fue la primera respuesta frente al hambre que cundió rápidamente en los sectores más pobres. La asistencia del nivel municipal en alimentos fue una única vez y con mucha desorganización en La Plata, tanto así que logró ser tapa del diario por el “desborde” producido⁵. Para hacer frente a esto, algunas familias crearon nuevas ollas populares, comedores o copas

4. Los comedores barriales fueron declarados actividad esencial desde los primeros momentos, con lo que los y las -principalmente las- trabajadores/as comunitarios podían circular con los permisos correspondientes. A contrapelo de este acierto, consideramos un desacierto que nunca fueron incorporados como esenciales con prioridad para el plan de vacunación.

5. Principal diario de la ciudad <https://www.eldia.com/nota/2020-3-30-2-59-10-desbordes-en-la-primer-entrega-de-alimentos-para-familias-vulnerables-informacion-general>.

de leche en los patios de sus casas o terrenos en desuso. En estos espacios varios jóvenes también tomaron roles activos, haciéndose cargo de varias de las tareas necesarias para sostener el día a día. Además, estaban atentos a familias y amigos/as que pudieran necesitar ayuda. En caso de existir alguna familia aislada debido a algún positivo por COVID, les jóvenes muchas veces eran quienes les acercaban viandas a sus casas para garantizar la alimentación y evitar los contagios por desplazamientos.

Ese “día a día está imposible” del que nos hablaban en el primer semestre del primer año, no solo traía el ruido de la panza con hambre, contaba también la imposibilidad de trabajar. Situemos que la gran mayoría de las familias, y en ello las y los jóvenes y muchos adolescentes, trabajan en el sector no registrado de la economía. Por ello, el corte de la circulación de la fuerza de trabajo por ASPO implicó la suspensión de los ingresos. A casi nadie le siguieron pagando en pandemia porque no había relación formal de dependencia que estuviera protegida por las normativas dispuestas por el gobierno.

Una excepción fueron las trabajadoras registradas y además esenciales, como enfermeras y cuidadoras de adultos mayores, que tuvieron desde el inicio habilitada la circulación, siguieron trabajando y cobrando, pero eran muy pocas. Otros jóvenes, si bien contaban con trabajos por fuera del barrio, no eran “esenciales”, por ejemplo, atención de comercios, venta ambulante, limpieza de casas, albañilería, todas esas actividades se suspendieron o fueron imposibilitadas de asistir y, sin presencialidad, no hubo pago. Esto produjo una reconfiguración espacial de su economía ante la necesidad de generar estrategias de ingresos económicos “dentro del barrio”. Surgieron así, salidas a hacer “changas” por las casas de sus vecinos/as, ofreciendo cortes de pasto, limpieza de frentes de hogares, recolección de cartones, colocación de piercings, realización de tatuajes, participación en ollas populares y copas de leche, entre otras. Este movimiento de búsqueda de fuentes laborales hacia dentro del barrio generó un entramado con solidaridades donde los vecinos, en la medida de lo posible, buscaban priorizar dar trabajo a jóvenes y adultos del barrio.

Aún así, las posibilidades laborales barriales eran muchísimo más escasas que las que encontraban por fuera del barrio, por lo que, si bien pudo funcionar como una primera estrategia de reconfiguración la-

boral, en la mayoría de los casos no se sostuvo en el tiempo. Frente a esto, algunos jóvenes se insertaron en productivos de la economía popular localizados cerca de sus hogares, que tomaron fuerza en contexto de pandemia: productivos textiles dedicados a la confección de insumos hospitalarios y de prevención de COVID-19 (barbijos, cofias, sábanas, toallones, etc.), cooperativas de trabajo de reciclaje o de la construcción cuando fue permitido. Varios de estos productivos son parte de movimientos u organizaciones sociales que están en el territorio. Los que tenían moto, en su mayoría varones, encontraron una salida laboral haciendo repartos a domicilio, labor que se vio potenciada con el incremento en el uso de las plataformas de delivery, ya acercándonos a fines de 2020.

La llegada del Ingreso Familiar por Emergencia (IFE)⁶, el aumento de la AUH, y la culminación de la entrega de las Tarjetas Alimentar fueron claves para contener la caída en la indigencia de más población, y poder llevar por lo menos una comida por día a la mesa. El Estado se hizo presente a través de estas medidas, y para el caso del IFE nuevamente cabe destacar el papel de las organizaciones y de aquellos que poseen saberes burocráticos y tecnológicos para que las y los vecinos adultos y jóvenes pudieran inscribirse.

Los trámites en organismos estatales, realizados generalmente por adultos y jóvenes, se frenaron cuando muchas oficinas estatales dejaron de atender al público, o atendían pero estaban ubicados en el centro de la ciudad (ANSES, Juzgados, RENAPER, etc.) y no se tenía permiso para circular. Transcurridos varios meses desde el inicio del confinamiento en marzo 2020 se habilitaron canales de comunicación y realización de trámites virtuales mediante páginas web. El paso de trámites presenciales a virtuales tuvo efecto dispar: algunos podían realizarlos, en otros generaba una nueva brecha de acceso por no tener las herramientas ni el conocimiento para hacerlos. Esto fue variando y mejorando en acceso, ya sea por perfeccionamiento de las plataformas, por mediación de organizaciones o, en 2021, porque se implementaron puntos de acceso presenciales e interagenciales en los barrios. Esta modalidad complementaba muchas veces jornadas de salud con testeo

6. Ingreso Familiar de Emergencia (IFE) para los trabajadores informales y monotributistas, de entre 18 y 65 años, con mayor grado de vulnerabilidad, quienes cobrarán \$10.000. Hubo cuatro pagos IFE: 1) abril-mayo, 2) junio y 3) septiembre 2020 (tiempos aproximados porque el cobro depende de cuando se tramitó). IFE 4 en 2021, este año hubo también otros pagos extra vinculados a AUH, AUE y el nuevo programa Potenciar Trabajo.

COVID (plan DETECTAR) y luego postas de vacunación móviles. Los jóvenes fueron usuarios de estos espacios tanto para cuestiones de salud, como para actualización de DNI's, inscripción en programas, etc. Cabe señalar que un espacio que desde hace años tiene atención en la zona es un Centro de Acceso a la Justicia.

Muchos controles habituales de salud se vieron interrumpidos. Las salitas del barrio se vieron sobrecargadas, sumado a que acercarse a los centros de salud generaba temor por ser percibidos como focos de contagios. En período prepandemia eran utilizados para atención los hospitales provinciales generales que están en casco fundacional de la ciudad, y que pasaron a ser en pandemia importantes centros de concentración de atención COVID. En el barrio en estudio hay centros de salud municipales donde es posible realizar algunas consultas, generalmente con bajo equipamiento y con personal en malas condiciones laborales.

Si pasamos a la educación vemos que la mayoría de los adolescentes y jóvenes realizan sus trayectorias educativas en escuelas del barrio, solo algunos pocos se desplazan a escuelas que están por fuera, en transporte público o privado, y otros que participan de la investigación ya no hacen el secundario. Una de las chicas está en la universidad y otro realizando formación profesional. Asimismo, muchos jóvenes asumen la tarea de llevar y retirar a sus hermanos más pequeños de la escuela. La virtualización de la escolaridad, que originalmente se pensó como provisoria, inauguró nuevas dinámicas. Se produjo una reconfiguración de los modos de sostener y acompañar las trayectorias educativas marcada por la sobrecarga en el hogar de la resolución de tareas escolares, el desplazamiento a las escuelas en búsqueda de material diseñado por los docentes y el acceso a tecnologías y conectividad. Esta nueva situación se vive bien distintas en una casa de dos ambientes, que, en una de cuatro; en una vivienda con wifi y varias computadoras, tablet, celular y televisores donde viven 2, 3 o 5 personas, que en una donde solo hay un celular que funciona con prepago, y lo pueden cargar solo una vez al mes porque para más no alcanza la plata, y además viven 8 personas. Ante la imposibilidad de realizar tareas de forma virtual, muchos y muchas jóvenes tuvieron dificultades para sostener sus trayectorias, los docentes y las instituciones no dieron o supieron dar abasto para mantener vínculo. El programa ATR (Acompañamiento a las trayectorias y revinculación) de la DGCyE fue una respuesta estatal parcial a esta situación, también algunas organizaciones se sumaron al acompañamiento. Muchas familias intentaron resolver las tareas en espacios de

apoyo escolar que funcionaban en las nuevas copas de leche o merenderos. En algunas familias se organizaron prioridades colocando primero la continuidad de los que asistían a la primaria. Como ya dijimos, el entramado barrial existente generó que los y las vecinas sostuvieran estrategias de acompañamiento y cuidado colectivo, fortaleciendo redes entre familias y otras instituciones.

Los encuentros sociales no estaban permitidos en ASPO y con limitaciones en DISPO, lo que llevó a que muchos de los lugares de recreación y encuentro (clubes, organizaciones sociales y/o culturales, iglesias, etc) descontinuaron sus actividades. A su vez, los espacios públicos fueron foco de control por parte de las fuerzas policiales y la agencia municipal de control urbano. En las primeras semanas de mayor restricción juntarse en la esquina o en una plaza no era opción, las juntadas entre amigos pasaron a realizarse puertas adentro en hogares próximos a los que se podía llegar a pie o en bicicleta, intentando desplazarse lo menos posible. Pero esto fue rápidamente modificándose y los encuentros en las veredas y esquinas se fueron haciendo más reiterados. Las salidas a pasear al centro o a lugares por fuera del barrio, prácticas comunes en tiempos sin pandemia, dejaron de hacerse debido a los controles para salir y entrar al barrio, donde se construyó una verdadera frontera con puesto de control policial y sanitario en sus límites hacia el centro de la ciudad.

Luego de este panorama veloz sobre ciertos aspectos de la cotidianidad adolescente y juvenil en sectores pobres y barrios relegados, además de querer dejar un registro sintético de las acciones llevadas a cabo por las y los pibes, queríamos mostrar cómo es imposible pensarlos solos. Hay estrategias familiares, hay tramas barriales, hay sostenes estatales, eclesiásticos y políticos. Pero también hay muchos agujeros, lazos rotos y propuestas no asequibles (Chaves, 2021a). Las y los adolescentes y jóvenes están viviendo su condición etaria constreñidos por las desigualdades de clase, empoderados por su capital vital y en un tiempo más que incierto (Chaves, 2021b). Con todo eso también hacen música.

Prácticas artísticas: juntarse a hacer música en pandemia

De los jóvenes que protagonizaron el apartado anterior, algunos participan o han participado en grupos musicales antes y durante la pande-

mia. En esta sección analizaremos las formas que cobró la producción musical en dos grupos en este tiempo: la Orquesta Latinoamericana Casita de Los Pibes y el Rap del Barrio.

La Orquesta Latinoamericana Casita de Los Pibes (OLCP) funciona en una organización social y en articulación con una programa estatal de orquestas.⁷ Sus integrantes son jóvenes y niñas que nacieron y viven en el mismo barrio. El número de participantes fue cambiando con el correr del tiempo, en los albores de su conformación eran aproximadamente 35, pero para marzo de 2020, oscilando entre períodos de mayor o menor concurrencia a ensayos y clases particulares, eran entre 20 y 15 integrantes. A ese número hay que sumarle el plantel docente que también ha variado en el correr del tiempo, entre 6 y 10 docentes, de los cuales tres están desde el inicio de la orquesta. Durante la pandemia esta alternancia entre períodos de continuidad y discontinuidad en el funcionamiento de la Orquesta se intensificó llegando a una muy baja participación en 2020, por el contrario, en 2021 se llegó a duplicar el número de jóvenes y niñas.

Antes del 2020, previo al ASPO les integrantes de la OLCP sostenían tres encuentros por semana en la sede de la organización social. Se cumplía con clases particulares de instrumento (violín, charango, percusión, contrabajo y bajo, guitarra, vientos y voz) y dos ensayos generales. Estos eran los momentos donde se ensamblaban los instrumentos y se ponían en práctica diferentes técnicas y partes específicas de la canción trabajados en las clases particulares. El grueso del repertorio, las obras trabajadas y las estrategias pedagógicas que se ponían en juego en estos encuentros eran planificados por el equipo docente.

En abril de 2020, en línea con las medidas sugeridas por el estado nacional, las clases se reorganizaron para ser desarrolladas de forma virtual y sincrónica. De los jóvenes y niñas que participaban de la Orquesta, cinco pudieron sostener estos encuentros, los demás no. La po-

7. La Orquesta surge en el 2014 por la confluencia y articulación entre el programa “Andrés Chazarreta” del Ministerio de Cultura de la Nación y la organización social Casita de Los Pibes. La Casita de los Pibes es parte de una organización social mayor, la Fundación Pro Comunidad, que actualmente se compone por dos Guarderías Comunitarias, la Casa del Niño Carlos Mugica y el Centro de Día para Adolescentes y Jóvenes La Casita de los Pibes (posteriormente llamado Casa de Integración y Encuentro Nazarena Arriola) se crea como Asociación Civil en el año 2000 en un contexto de notable empobrecimiento que es, a la vez, motor de organización barrial y del trabajo sociocomunitario con niños, adolescentes y jóvenes en condiciones de pobreza.

sibilidad de tomar clases estaba sujeta al acceso de un dispositivo que tenga la memoria suficiente para descargar un programa de grabación y además tener conexión a internet. Quienes no podían encontrarse sincrónicamente, a veces recibían videos, partituras impresas y audios de whatsapp con explicaciones por parte de los docentes. De esta manera se reinventó la forma de dar o tomar clases individuales, pero no todos pudieron hacerlo.

Los ensayos generales y grupales debían atravesar otros desafíos. Las plataformas virtuales no pudieron reproducir la simultaneidad y temporalidad de la presencialidad. El correr de los meses sin producciones musicales grupales motorizó a que docentes, trabajadores de la casita y jóvenes se organicen para grabar audiovisuales. Este formato, que no era una novedad en su quehacer musical grupal, les permitió sonar en simultáneo con otros, sin la necesidad de que ejecuten el instrumento al mismo tiempo. Así las grabaciones en video fueron una forma específica de hacer música que permitió, aunque sea a algunos participantes, sonar juntos. Las grabaciones las hacían los jóvenes desde sus casas, con el internet y dispositivos que tenían a disposición. Quienes participaron de la grabación no fueron más que aquellos que sostuvieron las clases particulares virtuales de música.

Desde finales del 2020 con las nuevas medidas de DISPO, la organización social empezó gradualmente a abrir sus puertas retomando las actividades recreativas, educativas y culturales presenciales. Con barbijo, alcohol en las manos y saludos con el puño, la Orquesta también volvió a habitar el espacio. La infraestructura de la organización acompañaba la posibilidad de encontrarse a hacer música, por el tipo de espacio amplio y ventilado disponible. Algunas veces se juntaban en el SUM, otras cuando había “casos cercanos” y si el clima lo permitía, preferían ensayar en el gran parque que poseen.

Cabe mencionar una particularidad que no deja de ser llamativa: el número de integrantes del proyecto se incrementó con la vuelta a la presencialidad. Nos gustaría compartir tres aspectos que analizamos sobre esta particularidad. Primero, al mismo tiempo que la crisis sanitaria transcurría, el nuevo gobierno nacional reactivó programas culturales, entre ellos el que es parte la Orquesta. Esto llevó a que el proyecto tenga una mayor visibilidad, presupuesto y difusión. Segundo, la OLCP ha participado en eventos culturales internacionales y nacionales que la han colocado en lugares de renombre. De ello surge la posibilidad que más jóvenes y niñas conozcan el proyecto y quieran formar parte. Tercero, pero no por ello menos importante, se observa una fuerte presen-

cia de familiares y allegades que acompañan las trayectorias musicales de estos jóvenes, concurren a eventos, los llevan y van a buscar a los ensayos, entre tantas otras formas de apoyo que se hacen presentes. Al momento de esta escritura la Orquesta sigue con sus ensayos generales y clases particulares, sonando, creciendo y ya con recitales con presencialidad. Veamos ahora lo que pasó con otra grupalidad musical juvenil en este territorio.

Rap del Barrio es el otro grupo sobre el que hablaremos. Esta banda se creó a principios del 2018 potenciada por dos jóvenes de entre 18 y 20 años: Jonatan y Brian. En el 2019, Brian dejó los ensayos y el dueto de rap, porque se le complicaba conjugar los tiempos de ensayo con los del trabajo, la terminalidad de sus estudios en el FinES y la crianza de su recién nacido hijo. El dueto Joni-Brian se interrumpió, pero ese mismo año se rearma con “El Pilo”, que además de rapero “se da maña” con la edición de pistas y con la grabación y edición de audiovisuales.

Joni y El Pilo organizan sus encuentros para hacer música quedando sujetos a la iniciativa, disponibilidad y deseo por encontrarse. No existen días u horarios definidos fijos en los que graban o crean temas. En todo rato libre que tienen, si el ánimo y el tiempo disponible confluyen, se juntan para hacer música o crear audiovisuales. Sus producciones las graban, algunas veces con el celular, y cuando están en la casa del Pilo, en “La habitación del tiempo”⁸, las dejan plasmadas en la computadora mediante una placa de sonido o interfaz.

“La habitación del tiempo” es el lugar de ensayo y grabación donde tienen todo lo que necesitan para poder producir: luces, computadora, un micrófono y una forma de vivir el tiempo que les permite sentir que esa canción es lo único que está sucediendo en ese momento. Entrar en esta habitación implica entregarse a que “el tiempo pase de otra manera”, que los minutos y horas vuelen. También es un lugar íntimo, que favorece la expresión, explayarse, probar, equivocarse, aprender, en definitiva, producir siendo ellos los timoneles del propio barco. Es también el espacio que los invita al encuentro entre ellos y con ellos mismos. Las grabaciones y audiovisuales que realizan allí sirven de insumo para revisar y reformular las canciones, como ayuda memoria para recordarlas y, también, son utilizadas para compartir sus producciones en redes sociales como Facebook, Instagram y YouTube. Incrementan la difusión

8. Es el cuarto de Pilo, y la llaman la habitación del tiempo haciendo referencia a la serie animada japonesa Dragon ball Z, en la que un día de entrenamiento, les rinde lo que implica un año de trabajo.

de sus canciones y audiovisuales compartiendo los links por mensajes privados de whatsapp, facebook e instagram, *invitando* a escuchar, “me-gustear” el tema y convidar a que visiten el canal de youtube del grupo.

En marzo y abril del 2020, luego de decretarse la pandemia, el grupo dejó de juntarse a ensayar aproximadamente durante dos meses. En este grupo la interrupción de los ensayos no es explicada tanto por el impacto de la restricción de movilidad en el barrio. “En el barrio, la pandemia casi no existió”, afirma Joni mientras explicaba que durante las medidas de ASPO con “la gente del barrio” se siguieron viendo. Sin embargo, estas medidas sí incidieron en la posibilidad de trabajar disminuyendo fuertemente, y hasta eliminando la entrada económica en sus bolsillos. Las medidas características de ese primer momento llevaron a que Joni y El Pilo, dejen de juntarse para hacer música, e inviertan su tiempo, energía y líbido en pensar de qué manera iban a sostener y generar ingresos.

Unos meses después, ya un poco más acomodados a la nueva cotidianeidad y al sostén económico que ofrecía el contexto pandémico, Rap del Barrio retomó los ensayos y las jornadas de grabación. Estos encuentros iban en sintonía con una forma barrial de vivir la pandemia en la que estaban inmersos. Muchas personas ya se estaban juntando “como antes”, las organizaciones sociales habían abierto las puertas, y los pibes se juntaban a ranchar cuando caía el sol. Sin embargo, “no era como antes”. Durante este período, El Pilo comenta que se generaron y profundizaron malestares anímicos que repercutieron en las dinámicas de sus formas de hacer música: “a mi la pandemia me pegó para atrás, ni ganas de *freestear*”. En este escenario Rap del Barrio mutó a Dion Rap, con los mismos integrantes, pero resignificando sus roles: El Pilo se encarga de grabar y editar y Joni de *freestear*.

Las dinámicas, formatos y lógicas de encuentro para producir música durante los diferentes momentos de la pandemia variaron en los dos casos que desarrollamos. Ambos grupos interrumpieron sus producciones por un breve lapso, sin embargo, los motivos que identifican como obstructores en su quehacer musical eran distintos. Pudimos observar que mientras la OLCP explica la interrupción porque la organización social cierra sus puertas para cumplir con las disposiciones del ASPO; por otro lado, Rap de Barrio consensúa que la suspensión de su cotidianeidad musical creativa se frena por las dificultades en sus economías familiares.

También variaron las maneras en cómo cada uno se reorganizó. Estos caminos estuvieron asociados a las experiencias e institucionalida-

des previas, por un lado, los ensayos y encuentros de la OLCP se vieron determinadas por el cumplimiento que la organización de las medidas decretadas. Por otra parte, los jóvenes de Rap del Barrio que no poseen marco institucional, reorganizaron su práctica en línea con una lógica personal y barrial de vivir el aislamiento. En particular, el “encontrarse en la calle” o “ranchar” es un hábito que no tardó en volver a ser un espacio cotidiano de encuentro para “los pibes”, y con esto la posibilidad de juntarse a hacer rap. Llegamos al final de esta caracterización de la producción musical juvenil en tiempos pandémicos con la expectativa de haber brindado un breve panorama de dos situaciones de agencia juvenil, producción artística, organizaciones y tramas barriales.

Conclusiones en tiempos de reapertura

Si alguien no estaba convencido de la relevancia de la clase social en la lectura de lo social, por favor, dejen el negacionismo. Traigamos también el género, clivaje en el que no nos hemos detenido en el texto pero que se suma en la interseccionalidad de ver posiciones. Las desigualdades adquieren nuevas dimensiones en un contexto de fragmentación social del espacio urbano y de emergencia sanitaria, constituyéndose como otro factor de desigualdad que condiciona sus experiencias biográficas (Saraví, 2015). Las condiciones de vida y las posibilidades de cuidado y resguardo frente a la pandemia fueron y son muy diferentes para los distintos sectores sociales. Como consecuencia de las medidas de confinamiento social se produjo una retracción de la vida social al espacio doméstico que, principalmente en los sectores populares, reforzó el lugar del hacinamiento y nucleó en el hogar diversas actividades que originalmente se desarrollaban en otros espacios como educación, ocio, trabajo, etc. El ASPO, y en menor medida el DISPO, se vieron acompañados de pérdida de fuentes laborales y de espacios de contención, educación y socialización.

La importancia de visibilizar las diversas prácticas sociales que realizan las y los jóvenes en los barrios populares es una apuesta a ser justos con las lecturas sobre la integralidad de sus vidas, sobre las tramas sociales que nos hacen ser quienes somos y hacer lo que podemos. Esta honestidad académica, ética y política que reclamamos y pretendemos ejercer se funda en una larga trayectoria de estudios, militancias y respeto por la vida de todes en nuestras sociedades colonizadas. Hay pibes y pibas de los barrios pobres que aparecen en las tapas del diario

o en las secciones policiales (Chaves, 2013), a veces como protagonistas de actos en conflicto con la ley, y muchas veces como víctimas de las fuerzas de seguridad. Lucas González⁹, a quien dedicamos este texto, era un joven que jugaba al fútbol, era hijo, amigo, y no conocemos cuántas prácticas más, y lo mató la policía de la Ciudad de Buenos Aires cuando volvía de entrenar con sus compañeros, así, sin más. Y ahora es una vida que nos falta para seguir el día a día.

La pandemia por COVID-19 ha expuesto y acentuado problemáticas pre-existentes, poniendo en agenda nuevamente los debates vinculados a las desigualdades, la redistribución y la justicia social. Ha replanteado y reconfigurado formas de estar, de habitar y de experimentar. La dimensión del daño provocado cobra más estado público cada vez que se publican los porcentajes de personas en indigencia y pobreza, y las cifras sobre les niñas, adolescentes y jóvenes siempre son peores.

Como dijimos en la introducción, convocamos a atender la particular experiencia de las y los jóvenes de barrios populares, promoviendo una visión integral y heterogénea sobre sus vidas, compleja, porque “el día a día está imposible”, y necesitamos que sigan jugando al fútbol, haciendo música, ranchando con sus pares, participando de organizaciones, liderando procesos comunitarios, estudiando, dándole vueltas a la vida para ver cómo hacerse adultxs y vivir sus juventudes, buscando el amor y el trabajo, criticándonos, disputando sentidos y transformando la cultura.

9. https://www.ole.com.ar/informacion-general/lucas-gonzalez-baleado-barracas_0_-qC739xMS.html

Bibliografía

- Chaves, M. (2013) “Culturas juveniles en la tapa del diario: tensiones entre el margen y el centro de la hoja” en Chaves, M. y Fidalgo Zeballos, J. E. (coords.) *Políticas de infancia y juventud: producir sujetos y construir Estado*. Buenos Aires: Espacio.
- Chaves, M. (2014) “Haciendo trámites con los pibes y las familias: barreras de acceso y micropolíticas públicas”. Escenarios, 21: 15-23 .http://www.trabajosocial.unlp.edu.ar/uploads/docs/revista_21.pdf
- Chaves, M. (2021a) “Pandemia, Niñez y Adolescencia en situaciones de vulnerabilidad extrema” Secretaría Nacional de Niñez, Adolescencia y Familia Aportes del Ciclo de Conferencias: Niñez y adolescencia, pandemia y acceso a derechos. Buenos Aires: SENAF. https://farodigital.org/wp-content/uploads/2021/08/Conferencias_FINAL-2.pdf
- Chaves, M. (2021b) “Por-venires en tiempos distópicos (o acerca de juventudes, desigualdades, pandemia, utopías, Estados, la vida, la muerte, y... ¿algo más?)” en Frank Marcon; Danielle Parfentief de Noronha *Juventudes e desigualdades sociais em tempos de crise e radicalização política*. Aracajú: Criação Editora. <https://editoracriacao.com.br/wp-content/uploads/2021/09/colecao-n-2-f.pdf>
- Chaves, M., Fuentes, S.G. y Vecino, L. (2016) *Experiencias juveniles de la desigualdad. Fronteras y merecimientos en sectores populares, medios altos y altos*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario. http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20171218041618/Experiencias_juveniles_de_la_desigualdad.pdf
- De Sousa Santos, B. (2007) “Hacia una sociología de las ausencias y una sociología de las emergencias” en De Sousa Santos B. *Conocer desde el Sur Para una cultura política emancipatoria*. La Paz: CLACSO, CIDES - UMSA
- Hernandez, C., Cingolani, J. y Chaves, M. (2015) “Espacios con edades: el barrio y la pobreza desde los niños/as y jóvenes” en Chaves y Segura (coords.) *Hacerse un lugar. Prácticas, circuitos y trayectorias juveniles en ámbitos urbanos*. Buenos Aires: Biblos.
- Saraví, G. A. (2015). *Juventudes fragmentadas: socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*. FLACSO México.

¿El rugir de los leones? Participación juvenil y nuevas derechas durante la pandemia

Melina Vázquez

Introducción

El año 2020 la población se enfrentó con una situación inusitada ante la circulación mundial del virus SARS-CO-V2, la cual llevó a tomar medidas de aislamiento o distanciamiento social. Los efectos de las mismas fueron objeto de múltiples análisis desde las ciencias sociales.

Este trabajo busca analizar el impacto que poseen estas medidas sobre los usos del espacio público como escenario de la movilización social. Concretamente, se propone analizar las formas de activismo de jóvenes en colectivos que integran las *nuevas derechas* que tuvieron especial protagonismo durante las medidas de Aislamiento y Distanciamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO y DISPO).

El tema no sólo reviste interés científico, sino que se ha integrado a las agendas políticas y mediáticas, sobre todo a partir de la performance electoral de La Libertad Avanza en las elecciones legislativas de 2021 en la Ciudad de Buenos Aires y de Avanza Libertad en la Provincia de Buenos Aires, Argentina.

En sus estudios sobre las revueltas juveniles francesas, Mauger (2007) establece valiosas reflexiones en torno a lo que conceptualiza como *sociología de la actualidad* y se pregunta por los desafíos que involucra el estudio de objetos políticos que forman parte de las agendas periodísticas, políticas e intelectuales. El autor propone una perspectiva que, sin ceder a la tentación de reproducir algunos de los puntos de vista en juego, moviliza las categorías nativas para comprender la realidad. Este capítulo se sitúa en relación con dicho objetivo al proponer el análisis sobre un fenómeno en curso. Para ello, se recuperan inter-

pretaciones que surgen de una aproximación empírica a las formas de participación y revitalización de espacios juveniles de derecha durante la pandemia en la Argentina.¹

"Dejame respirar"

Las medidas de aislamiento propiciaron la producción de marcos de injusticia para la acción colectiva. Un espectro de argumentos de diferente tipo y escala abonaron la interpretación del contexto de la pandemia como un escenario en el cual es preciso "resistir"² las medidas adoptadas por gobierno. "Dejame respirar", afirmaba una candidata a legisladora de La Libertad Avanza para mostrar su repudio al uso del barbijo durante la cuarentena, al mismo tiempo que critica "la cuarentena mas larga del mundo" y el impulso de medidas de gestión de la crisis sanitaria "autoritarias" y "poco democráticas". La pandemia es descripta como una "infectadura"³, en la que "nos encierran" y "restringen nuestras libertades", se "violan derechos humanos" y en la que se comenten "delitos de lesa humanidad".

Estas lecturas forman parte de un trabajo de producción simbólica de marcos para la acción colectiva. Pese a las diferentes caracterizaciones sobre la situación socio-sanitaria y las medidas adoptadas para evitar la expansión el virus SARS-CoV2⁴, la pandemia es producida como un *problema público* (Gusfield, 2014) que involucra la definición de adversarios ("el gobierno" y las medidas adoptadas durante la pandemia, aunque en algunos casos esto se hace extensivo a "los políticos") y la atribución de

1. El artículo aborda testimonios de activistas juveniles colectivos que integran las nuevas derechas en el AMBA. El mismo es parte de una investigación más amplia realizada en el GT infancias y juventudes de CLACSO. Algunas entrevistas y observaciones utilizadas en este trabajo fueron realizadas junto con Marcos Mutuverría.

2. Las comillas son utilizadas para indicar expresiones nativas y las itálicas para citar conceptos o destacar ideas.

3. La expresión, que fusiona la idea de "infección" con la de "dictadura", tuvo circulación desde el inicio de la pandemia y cobró mayor visibilidad con la carta abierta "La democracia está en peligro", redactada por figuras opositoras al gobierno. Allí se sostiene que la gestión de la pandemia representa el mayor riesgo a la vida democrática desde el año 1983, es decir, desde la finalización del último golpe militar.

4. A modo de ejemplo, hay activistas que toman distancia de las posiciones "negacionistas", descalificadas por sostener que el virus no existe.

responsabilidades. La producción de este problema público reconoce, a la vez, una relación recursiva con las acciones colectivas.

Como sostiene Stefanoni (2021), la idea de rebeldía que supo capitalizar la izquierda es movilizadora y disputada por jóvenes pertenecientes a grupos conservadores, liberales y libertarios que producen, por medio de las movilizaciones en cuarentena, una *épica de la resistencia* (Morresi et. al, 2020). La misma se articula por medio de un lenguaje de la indignación, la “bronca” o la “rabia”, que personajes como Javier Milei buscan movilizar, por ejemplo, al apelar a la figura de los leones que rugen y que son postulados como antítesis de los corderos obedientes.

La puesta en escena de ese “enojo” por medio de acciones de protesta *durante* pandemia les confiere mayor visibilidad en un contexto de restricción a la circulación en las calles. Además, permite exacerbar una narrativa que coloca a las juventudes oficialistas como juventudes “domesticadas”⁵. En un acto político, Álvaro Zicarelli comparaba la juventud que pone su “inteligencia, su energía, su vitalidad al servicio de las ideas de la libertad” frente a las juventudes que descalifica como “idiotas útiles de la ciudadanía”⁶ fascista de Cristina y Máximo Kirchner” (Parque Chacabuco, 19/03/2021).

Entre las redes y las calles

Antes de la pandemia el uso de las redes sociales, la comunicación política y los memes representan un *paisaje* (Reguillo, 2017) de las acciones colectivas para diferentes grupos juveniles. Sin embargo, las interacciones virtuales y el consumo de materiales audiovisuales, como los que producen distintos *influencers*, potencia la producción de principios de reconocimiento e identificación política en un contexto en el que diferentes esferas de la vida cotidiana se virtualizan. Andrés⁷, referente

5. La agrupación juvenil La Cámpora era, antes de la pandemia, objeto de críticas e impugnaciones por parte de sectores opositores al kirchnerismo que la definían como una juventud “obsecuente”, poco crítica o “adoctrinada”.

6. “Cuidadanos” es la expresión utilizada en una campaña lanzada por el gobierno nacional para promover prácticas de cuidado (como la distancia social y el uso de barbijo) que apuntó, específicamente, a las juventudes.

7. Los nombres de las personas entrevistadas fueron modificados para preservar su identidad. Se colocan los nombres reales en los fragmentos de intervenciones públicas, presenciales o virtuales.

de Pibes Libertarios, sostiene que comenzaron como una “página dedicada a la creación de contenido en Internet” en la que difundían memes políticos “para sumar likes”. Con el inicio de las medidas de aislamiento y la incorporación de contenidos vinculados las medidas sanitarias adoptadas por el gobierno ganaron más visibilidad y aumentó la cantidad de seguidores.

Se produce, así, una trama recursiva entre las redes y calles. Por un lado, como sostiene Andrés, “la demanda de *salir a la calle* surge a raíz de esa comunidad que se crea durante la pandemia”. Por otro lado, las redes potencian el reconocimiento y el encuentro en las calles: “el alcance en las redes nos servía para conectar a los distintos grupos de chicos que iban saliendo a protestar. Eso nos ayudó a organizar. (...) hacia fin de año, logramos conformar una organización”.

Aunque la disputa de las calles se ha integrado a las agendas de los sectores opositores al kirchnerismo antes de la pandemia (Morresi *et al.*, 2020), durante las medidas de aislamiento una nueva camada de activistas hace uso de formatos de movilización en las calles y advierte el valor que posee poner el cuerpo en las acciones colectivas. Según Dalila, del Partido Libertario, en la pandemia “aprendimos que la política se hace en la calle” y Flora, de Jóvenes Republicanos Unidos, considera que, aún cuando las redes son una parte ineludible del trabajo político, “con la pantalla no es suficiente”.

Entre las y los activistas la presencia en medios o redes constituye un capital de prestigio durante la pandemia. Delfina Ezeiza es entrevistada por un movilero de C5N durante el banderazo nacional realizado en junio de 2020 contra la expropiación de la cerealera Vicentín, que llevó como consigna “en defensa a la propiedad privada”. En la entrevista afirma que participa de la marcha por los “atropellos” y “delitos de lesa humanidad” cometidos por el gobierno. La respuesta indigna al periodista que sigue el diálogo desde el piso del canal y el fragmento del video se viraliza en redes sociales. Al momento de entrevistarla para esta investigación, ella refiere al impacto del video y cómo le dio visibilidad pública: “Tuvo muchísima repercusión. Hoy en día te fijás en mi Twitter está subido el video. Tiene medio millón de reproducciones. Es un monón. Y eso me marcó”.

En esta misma línea se puede interpretar el rol de algunos *influencers*, que forman parte del *medio social partidario* (Sawicki, 2020) de las juventudes de las “nuevas derechas”. Muchos invitan a participar de movilizaciones o de actos políticos, al mismo tiempo que proyectan videos en vivo o suben fotos a las redes en las que se los ve a ellos mismos

participando. Durante los años 2020 y 2021 “Tipito enojado”, Eduardo Prestofelippo (“El Presto”⁸) y Augusto Grinner⁹, entre otros, circulan, participan o convocan a participar de actividades de La Libertad Avanza en la Ciudad de Buenos Aires. En el cierre de campaña de Javier Milei se los ubica en un VIP al lado del escenario, en un sector cercado por vallas al que se acercan seguidores que forman largas filas para tomarse fotos que, a su vez, suben a sus redes.

Estos activistas movilizan su condición *outsiders* como capital de prestigio¹⁰. En el acto de cierre de campaña Ramiro Marra, Legislador electo por La Libertad Avanza en la Ciudad de Buenos Aires, agradece el reconocimiento a las personas allí presentes y alude al momento en el que se hizo conocido por subir un video sobre finanzas a YouTube y que “todos ustedes empezaran a seguirme” (14/10/21, Parque Lezama). De la misma forma interpreta Agustín Laje a la figura de Javier Milei, a quien califica como “gran comunicador, porque ha bajado todo un corpus teórico enorme, muy difícil, al taxista” (Entrevista a Laje, 3/4/2020, Spanish Libertarian, Youtube). Carlos Maslatón –histórico referente de la agrupación Unión para la Apertura Universitaria¹¹, vinculada con la UCEDE– es reconocido por los jóvenes como un *influencer* en temas de finanzas y economía. En el cierre de campaña de La Libertad Avanza, los jóvenes asistentes interactúan con él por medio de expresiones y gestos utilizados en sus videos, como la expresión “proceda”, que le piden que pronuncie o celebran cuando otros mencionan.

Más allá de los grupos libertarios, la presencia de jóvenes con fuerte visibilidad en las redes sociales se observa en diferentes grupos y espacios político-partidarios. Este es el caso de Flora de 19 años, activista

8. *El Presto* fue imputado por amenazar de muerte por Twitter a Cristina Fernández durante el debate parlamentario de la reforma judicial. A raíz de este episodio se intentó realizar un allanamiento en su casa. Ante la negativa a que se realizara este procedimiento, pasó dos días preso. Este hecho alimentó una narrativa de la resistencia “el autoritarismo” del gobierno de Alberto Fernández. Desde entonces, un dibujo del perfil de su cara con la boca abierta, en un gesto que en el que parece gritar, se difunde por medio de pins y remeras.

9. Creador de contenidos en el blog “Es de peroncho”.

10. La condición de *outsiders* resultó productiva políticamente para espacios como el PRO (Vommaro y Morresi, 2015). Para los seguidores de Milei el macrismo forma parte de la “casta política” e intentan disputar para sí estos atributos de legitimidad por medio de figuras como las de los economistas y los *influencers*.

11. Según Morresi (2008), la UPAU propició que una nueva camada de jóvenes se vinculara con ideas liberales y le dio una impronta más popular al partido. En ese horizonte pueden interpretarse las menciones que se realizan acerca de aquella agrupación.

en el área de comunicación política de Jóvenes Republicanos Unidos¹², quien se hizo conocida durante la pandemia por los vivos de Instagram en los que entrevista destacadas figuras del espectro de las derechas, como Agustín Laje, Ricardo López Muphy, Martín Tetaz, Florencia Arrieto, entre otros.

Capítulo La lucha por las ideas Significados de la "Batalla cultural"

Goldentul y Saferstein (2020) estudiaron la construcción de espacios de sociabilidad juvenil en torno a la circulación de libros como *El libro negro de la nueva izquierda* de Laje y Márquez, en el que se definen un conjunto de conceptos fuertemente utilizados por las y los activistas de derecha. Se destaca, en especial, la noción de “batalla cultural” que Laje recupera y resignifica de la tradición gramsciana. De acuerdo con aquél, la tercera ola del feminismo –“cultural” o “radical”– consiste en una batalla que tiene lugar en el campo de las ideas. Por tanto, es allí donde deben darse las batallas *contra* la izquierda y los feminismos.

Intervenciones de referentes como Laje y Lupe Batallán¹³ tienen fuerte circulación pública a partir de los debates en torno a la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo en el año 2018. Andrés, quien antes de ser referente de Pibes Libertarios militó en la agrupación Peronismo Militante, sostiene que “cuando me manifiesto pro-vida todo lo que era mi círculo kirchnerista me empieza a rechazar fuertemente. (...). Así, en el 2018, empiezo a consumir material que era lisa y llanamente de derecha: Agustín Laje, Gloria Álvarez, [Agustín] Etchebarne. Y me empiezo a dar cuenta que muchas de las cosas que ellos decían eran las cuestiones que yo observaba”.

Ahora bien, los usos que hacen las y los activistas de la idea de “batalla cultural” se expanden y adoptan sentidos diversos. En primer lugar, se la asocia con la divulgación de ideas económicas. En relación

12. JRU se forma a partir de la confluencia de diferentes grupos: Mejorar; Recrear; un sector de Pibes Libertarios y Unidos. Este último es el “sector más de influencers”, como afirma Flora.

13. Es una de las expositoras en el plenario de comisiones de la Cámara de Diputados de la Nación en 2018 y lo hace en contra del proyecto de Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo. Desde entonces pasó a ser una referente de los pañuelos celestes en toda América Latina.

con esto puede interpretarse la referencia en discursos públicos a ciertos autores o libros, algunos de los cuales son comercializados en los eventos políticos¹⁴. Las y los entrevistados mencionan la valoración en sus grupos de los saberes en materia económica. Dalila, por ejemplo, destaca que se inscribió en la carrera de Economía de la Universidad del CEMA (Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina). En esa línea se puede interpretar el uso de la “clase” como formato de comunicación política por parte de Javier Milei, tanto en redes sociales como en actos partidarios.¹⁵

En segundo lugar, la idea de batalla cultural se vincula con un trabajo militante orientado a “combatir la bajada de línea” de la llamada “ideología de género” que, desde su punto de vista, el Estado lleva adelante a través de acciones como la Ley 26.150 de Educación Sexual Integral (ESI).¹⁶ Un activista de la Juventud del PRO, que se identifica con el sector de los “halcones”, sostiene: “ellos se metieron en las instituciones y las transformaron. Y hoy nosotros tenemos que hacer lo mismo. Para volver a esas instituciones a lo que eran. (...) Es una contra-revolución o una reacción a esa batalla cultural, a ese cambio cultural que se vivió en los establecimientos”. El entrevistado participa, desde su conversión al catolicismo en 2016, en el colectivo “Marcha por la vida”. La sociabilidad religiosa lo acerca a activistas como Cecilia Pando, a través de la cual se socializa en lo que define como la “trayectoria de la lucha católica”, que reenvía al activismo católico contra la Ley de Divorcio Vincular (1987) y contra la Ley de Matrimonio Igualitario (2010), y de la que se siente parte con su militancia contra la legalización del aborto.

14. En los actos políticos de La Libertad Avanza se colocan puestos de venta de librerías y editoriales libertarias, como Unión Editorial Argentina.

15. A título ilustrativo, se puede mencionar la presentación realizada por Javier Milei junto con Gloria Álvarez en redes sociales que ellos mismos reivindicaron como “la clase de economía más grande de la historia de la humanidad” por haber contactado con más de diez mil participantes. Asimismo, en el acto de lanzamiento de su campaña electoral en septiembre de 2021 apeló al formato de una “clase a cielo abierto” y, entre críticas a la “casta política”, habló sobre inflación, PBI y fuga de divisas, entre otros tópicos. Además, afirmó que: “Los políticos te quieren ignorante. Nosotros los queremos sabios para salir de la miseria” (Discurso 27/09/2021).

16. Este mismo argumento es sostenido en relación con el llamado “lobby LGBT”, esto es, los grupos internacionales (como Planned Parenthood o la Rockefeller Foundation) que, desde su punto de vista, construyen agendas globales en torno a la denominada “ideología de género”.

Estas lecturas reconocen diferentes acentos en los testimonios de otros entrevistados. En el caso de Dalila, activista del PL, se opone a la implementación de la ESI porque la considera una forma de “intromisión” del Estado en la educación. Vale mencionar que el rechazo a dicha “intromisión” en el diseño de contenidos educativos no es problematizada al momento de considerar la impronta que poseen otro tipo de contenidos, como los religiosos.

Hijos del kirchnerismo

La producción de principios de reconocimiento generacional representa uno de los modos de abordaje más fructíferos para el estudio de la politización juvenil (Vommaro, 2015). Diferentes experiencias muestran el peso que poseen algunos hitos o acontecimientos públicos que propician pasajes a la acción colectiva. Propongo interpretar algunos de los rasgos de las juventudes que integran las nuevas derechas a la luz de la socialización de sus activistas en un ciclo político e institucional vinculado con el kirchnerismo.

Se trata de jóvenes de entre 20 y 25 años que vivieron la mayor parte de su vida con gestiones de gobierno kirchneristas. Para ellas y ellos, siguiendo a Stefanoni (2021), el progresismo es parte del *statu quo*.

Buena parte de las y los jóvenes entrevistados votaron por primera vez a los 16 años. Al momento de ejercitar este derecho político, producto de la Reforma de la Ley de Ciudadanía Argentina (2012), confieren su voto a fuerzas como Juntos por el Cambio (en 2017 y 2019), Juntos (2021), el Frente Despertar (2019) o La Libertad Avanza (2021). Dalila destaca la importancia de las capacitaciones impulsadas por la Cámara de Justicia Electoral en su escuela, por medio de las cuales accedió a debates en los que “me familiaricé con todo lo que es el mundo liberal-libertario”. Así, la ampliación de derechos políticos aparece como un elemento movilizador de intereses y acciones participativas (no solamente electorales) entre jóvenes que nutren el activismo en las nuevas derechas.

Otro elemento común en los relatos tiene que ver con la experiencia escolar y se pone de manifiesto en la oposición a las maneras de enseñar historia y contenidos de la Educación Sexual Integral, descalificada como “ideología de género”.

Hay entrevistados discuten la manera en que son introducidas figuras emblemáticas de la historia argentina, por ejemplo, la de Julio Argen-

tino Roca, quien encabezó la campaña militar conocida como “Campaña del desierto” y que es presentado como “un genocida”. Sin embargo, el rechazo más fuerte hacia las narrativas escolares gira en torno a la enseñanza sobre la historia reciente. Santino, nieto de militares, asiste a una escuela pública de la Ciudad de Buenos Aires y afirma que “esta historia de los 70, de los treintamil, del gobierno de facto, no me cerraba justamente por lo que yo escuchaba en la casa de mi abuelo (...). Después, cuando empecé a investigar en Internet y leer un poco más, sobre todo los libros de [Nicolás] Márquez, ahí como que me empezó a formar más mi opinión sobre ese tema”. Esta manera de interpretar el pasado se nutre de y articula con grupos y reuniones organizados por Cecilia Pando en los que “me contaban cosas que no me contaban en el colegio sobre los muertos de la subversión, sobre los años previos al golpe (...) eso no me lo enseñaron en el colegio”. Flora, por su parte, refiere al debate sobre la cifra de detenidos-desaparecidos y describe la confrontación que tuvo con sus docentes en una escuela pública de La Plata cuando referían a “los treintamil” y ella confrontaba ese número apelando al *Nunca Más* (1984), en el que se mencionan 8.961 casos. Andrés considera que “la realidad es otra” y Dalila afirma que los contenidos de la formación que le dieron en la escuela –parroquial de gestión privada del barrio de Flores– estaban “muy tergiversados” y “tirados para la izquierda”.

Aunque estas lecturas forman parte de debates más amplios impulsados o alimentados por sectores de las diversas derechas en los últimos años, son movilizadas como experiencias en las que se reconocen a sí mismos ejerciendo un “pensamiento crítico” que, desde su óptica, contrasta tanto con “la bajada de línea” de la escuela como también con la actitud conformista de sus compañeros. Según Flora: “siempre noté un desinterés por las cosas que aprendíamos, porque ‘ay, es el colegio’, qué sé yo. Todos le dejaban pasar, por ahí porque no lo sabían o porque no les interesaba realmente. O porque estaba el que quería ir a aprobar y ya está”.

Las lecturas sobre los años setenta son movilizadas, por un lado, para describir una posición autodefinida como inconformista y “rebelde”. Aunque buena parte de las interpretaciones están lejos de ser nuevas, son adaptadas y vividas como formas actuales de oposición y resistencia. Durante el acto de campaña de La Libertad Avanza, Victoria Villauriel –Presidenta el Centro de Estudios legales sobre el Terrorismo y sus Víctimas, organización vinculada con los reclamos por la “memoria completa”– afirmó: “acá estamos los que nos negamos a ser silenciados

por pensar distinto” y, al momento de asumir su banca como Diputada, juró en nombre de “las víctimas del terrorismo”.

Por otro lado, les permite movilizar sentidos y acciones sobre el presente. Por ejemplo, los espacios libertarios recuperan categorías con fuerte circulación en los años setenta (como “zurdo”, “terrorista”, “mon-tonero” o “subversión marxista”) para descalificar a sus actuales adversarios políticos: el kirchnerismo, el “comunismo”¹⁷ o la “casta política”.

El referente de Pibes Libertarios que formó parte de Peronismo Militante afirma: “a través de mi militancia en el kirchnerismo empecé a ver cosas, cuestiones internas de organización en las agrupaciones en las que estaba militando (...). Hubo una frase que me tiraron una vez ante mis cuestionamientos que me impactó: me dijeron que esa mañana había amanecido muy *librepensador*. Como si fuera algo malo”. La crisis que atraviesa con el colectivo del que forma parte implica no sólo el alejamiento de la organización, sino desmontar una forma de vida asociada con esa militancia: su pareja, a quien había conocido en la militancia y con la que había tenido una hija; sus amigos y un trabajo en el Estado al que había accedido producto de su activismo, en el que se desempeña laboralmente al momento de la entrevista. La descripción de sí mismo como un “converso” es equivalente a la que realiza Santino al narrar su conversión al catolicismo, desde el que milita la causa de “las dos vidas”. El trabajo que involucra desmontar la socialización política y militante es vivido como un momento de quiebre y de crisis personal, pero, a la vez, le permite colocarse en una posición privilegiada entre sus pares ya que es quien puede describir aquel universo “desde adentro”.

Qué derechas

La categoría “derecha” forma parte del lenguaje de las y los militantes, sin embargo, es posible detectar matices en los usos y sentidos que les confieren las y los activistas.

Andrés, revisita su experiencia militante en el kirchnerismo y reivindica la idea de construir una *derecha popular*. Desde su punto de vista, la derecha también debe albergar a los “chicos del conurbano” o “chicos de Capital, pero de clase media-baja. Los que se juntan con nosotros es porque tenemos ese perfil, más popular”. Así es como traza diferencias

17. Esta noción, interpretada como sinónimo de “estatismo”, es utilizada por los jóvenes libertarios para descalificar tanto al kirchnerismo como al macrismo.

con otras juventudes de derecha –como Jóvenes Republicanos Unidos o la Juventud del PRO– que “son jóvenes, pero siguen siendo la elite”.

El aspecto *popular* de la derecha también destacado por Dalila, quien afirma que la identificación de sus padres, comerciantes con secundario incompleto, con la figura de Javier Milei tiene que ver con que “expresa la bronca del laburante, del trabajador, de la persona de a pie”. Sostiene, en sintonía con Andrés, que los libertarios “somos como los peronchos de la derecha: somos picantes”.

No obstante, entre las juventudes des-calificadas por ser “conche-tas” y de “elite”, se trazan otras diferencias. Flora, oriunda de La Plata, es hija de un enfermero y una peluquera, y Mateo, de la Ciudad de Buenos Aires, fue criado por su madre policía. Ambos provienen de líneas internas de Jóvenes Republicanos Unidos y se reconocen a sí mismos como parte de una “centro-derecha liberal” que distinguen del “liberalismo más conservador”, en especial en lo referido a las lecturas “fascistas” sobre los años setenta. No obstante, destacan la relevancia que tiene saber “quiénes eran los desaparecidos y cuántos son”. Para Mateo, las diferencias con el Partido Libertario tienen que ver con los universos generacionales que buscan representar. Desde su punto de vista, figuras como López Murphy apuntan a un electorado de más de 40 años, mientras que Milei expresa y da forma a una experiencia más juvenil. Esto encuentra puntos de contacto con las referencias que hacen otros activistas libertarios, quienes dicen que son nombrados de forma acusatoria como “pubertarios”.

Santino es parte de la Juventud del PRO y se define como “conservador de libre mercado”, considera que el PRO dejó de ser un verdadero espacio “de derecha” cuando se alió con la Unión Cívica Radical y la Coalición Cívica. Sin embargo, su permanencia dentro del mismo obedece a que “es más fuerte mi anti-populismo, que las diferencias que pueda tener con el macrismo”.

Dalila y Flora marcan sus contrastes con la marea verde y consideran que es preciso construir un “feminismo liberal” que discuta el supuesto de que todo feminismo es anticapitalista. Interpretan a las “feministas radicales” como un movimiento “fanatizado” y consideran que hay agendas pendientes. Por ejemplo, el Partido Libertario hizo una campaña a favor de la tenencia de armas para que las mujeres puedan “defenderse solas”.

Finalmente, en lo que hace a la lectura de las juventudes y la participación, varios reconocen al kirchnerismo el mérito de haber propiciado el protagonismo de las y los jóvenes en la vida política y, desde ese

punto de vista, se sitúan en solución de continuidad con dicho proceso de politización. Sin embargo, consideran que ahora es el tiempo del liberalismo y que aquellas juventudes se han convertido “adoctrinadas”, “fanáticas” y carentes “pensamiento crítico”.

Balances de un proceso abierto

El análisis de la movilización política y el activismo juvenil durante la pandemia invita a pensar la articulación entre dinámicas previas y otras emergentes. En el año 2018, durante el llamado *conflicto del campo*, se produce el inicio de un ciclo de movilizaciones y politización, en general y juvenil en particular. Algunos trabajos analizaron las adhesiones militantes vinculadas con la narrativa de la “vuelta a la política” sostenida por colectivos afines al kirchnerismo; otros mostraron que la politización sucedió durante los gobiernos kirchneristas, pero no sólo –ni exclusivamente– al interior de esta fuerza política (Vázquez *et. Al*, 2018). Algunas investigaciones, a su vez, mostraron que las dinámicas de la politización alcanzaron, incluso, a jóvenes vinculados con colectivos de derecha, como los de hijos y nietos de genocidas (Goldentul, 2021).

La pandemia representa un contexto de oportunidad política para que diferentes elementos (algunos de carácter local y otros regional o internacional) encuentren posibilidades de articulación: la oposición al gobierno nacional y la gestión de la crisis sanitaria; la disputa por la movilización en las calles en un contexto de restricción de la circulación; la creación de espacios de sociabilidad y encuentro juvenil en las marchas opositoras y la producción de un sentido de la “rebeldía” en torno a las mismas; las disputas por la representación del “enojo” y la “rabia” y la actualización de una narrativa en torno a la llamada “batalla cultural” que moviliza adhesiones contra el “progresismo” y la “intromisión del Estado” en una agenda heterogénea de cuestiones que va desde las medidas de aislamiento y vacunación hasta la legalización del aborto, pasando por las narrativas escolares sobre el pasado reciente.

Así, la pandemia se integra como un hito más en la construcción de narrativas comunes por parte de diferentes sectores de las nuevas derechas, entre las cuales la representación política de las juventudes se destaca como uno de los temas emergentes.

Bibliografía

- Goldentul, A. (2021) “Doblegar la bronca y aprender. Activismo de la agrupación Hijos y Nietos de Presos Políticos en un entramado político-cultural de los derechos humanos en disputa (2008-2017)”, tesis doctoral, Doctorado en Ciencias Sociales, UBA, mimeo.
- Goldentul, A. y Saferstein, E. (2020) Los jóvenes lectores de la derecha argentina. Un acercamiento etnográfico a los seguidores de Agustín Laje y Nicolás Márquez en *Cuadernos del Centro de Estudios de Diseño y Comunicación*, 112.
- Gusfield, J. (2014). *La cultura de los problemas públicos. El mito del conductor alcoholizado versus la sociedad inocente*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Mauger, G. (2007) *La revuelta de los suburbios franceses: una sociología de la actualidad*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Morresi, S. (2008) *La nueva derecha argentina: la democracia sin política*. Ediciones UNGS: Los Polvorines.
- Morresi S., Vicente, M. y Saferstein, E. (2020) Las derechas argentinas en movimiento en *Revista Nueva Sociedad*.
- Sawicki, F. (2020) “Los partidos como empresas culturales” en Lorenc Valcarce, F. y Vommaro, G. (comps.) *La política en plural*. EUDEM: Mar del Plata.
- Vázquez, Rocca Rivarola, D. y Cozachcow, A. (2018) Perfiles de juventudes militantes en la Argentina reciente (2013-2015), en *Revista Mexicana de Sociología*, julio-septiembre 2018.
- Vázquez, M. y Vommaro, P. (2011) Activismo barrial de jóvenes organizados: algunas características de la militancia territorial en los barrios del Gran Buenos Aires en *Revista Ánfora* (30).
- Vommaro, P. (2015). *Juventudes y políticas en la Argentina y en América Latina*. Buenos Aires: GEU/CLACSO.
- Vommaro, G. y Morresi, S. (2015) *Hagamos equipo. PRO y la construcción de la nueva derecha en Argentina*. Ediciones UNGS: Los polvorines.

La marca generacional de la pandemia: proyecciones interrumpidas y experiencias de empobrecimiento en jóvenes de Tierra del Fuego

Bruno Colombari

Introducción

Para las personas jóvenes, el impacto del Covid-19 tiene una menor letalidad que para el resto de la población ya que, una vez contraído el virus, la probabilidad de muerte es superior en el caso de las personas de mayor edad (Ferguson *et al.* en OIT, 2020). Sin embargo, a pesar de que no son las más afectadas por la enfermedad, la situación epidemiológica y las medidas adoptadas por los gobiernos para controlar su propagación, produjeron profundas consecuencias en sus vidas. Así, para muchas/os ocasionó la interrupción de procesos educativos y de formación (debido al cierre masivo de las actividades presenciales de instituciones educativas), incrementó su vulnerabilidad laboral (producto del cese de un conjunto de actividades productivas y de servicios), generó un significativo deterioro económico y las/os enfrentó a la necesidad de recurrir, por primera vez, a la asistencia estatal. Todos estos drásticos cambios interrumpieron trayectorias y proyecciones de vida, y marcaron negativamente a un sector importante de la población juvenil.

En este trabajo retomo y actualizo los planteos realizados en el artículo “Las juventudes de sectores medios de Tierra del Fuego en la pandemia: explorando los efectos del Covid-19 y el aislamiento desde una escala subnacional” (Colombari, Guzzi y Kida 2021). Allí las/os autores proponen, a modo de hipótesis, que la crisis por Covid-19 se constituyó en una *marca generacional* al trastocar las proyecciones de vida de un sector importante de la población que se caracteriza, entre otras co-

sas, por atravesar un momento del ciclo vital distinguido por los tránsitos emancipatorios en términos familiares, laborales y educativos.

Con el propósito de profundizar esa indagación abordo desde un enfoque mixto los efectos generados por la pandemia y las medidas de aislamiento social, preventivo y obligatorio (ASPO) en las experiencias y proyectos de vida de jóvenes. Mediante los datos cuantitativos provenientes de la “Encuesta a Jóvenes Residentes en Tierra del Fuego en Contexto de Pandemia por Covid-19 2020”¹ y de una serie de entrevistas grupales² con destinatarias/os del Programa Nacional “Potenciar Inclusión Joven”³ analizo las interrupciones generadas por la crisis del Covid-19 en las trayectorias y proyecciones educativas y laborales, y las sensaciones experimentadas en torno a la asistencia estatal percibida producto del deterioro en las condiciones de vida.

Jóvenes y pandemia: experiencias y proyecciones de vida

Desde el enfoque biográfico, el período vital juvenil puede ser entendido como una etapa que va desde la emergencia de la pubertad física hasta la adquisición de la emancipación familiar (Casal *et.al.* 2006). Desde esta perspectiva teórica la juventud supone una transición marcada por una compleja articulación de procesos de formación, inserción laboral y emancipación familiar en un determinado marco económico,

1. La encuesta se aplicó de manera virtual y autoadministrada. Fue respondida en septiembre de 2020 por 363 personas de 18 a 29 años de edad residentes en Tierra del Fuego, Argentina.

2. Durante el mes de octubre de 2021 realicé tres entrevistas grupales. Cada grupo estuvo compuesto por cinco personas de 18 a 29 años de edad. La Secretaría de Políticas Sociales, Sanitarias y de Derechos Humanos de la Municipalidad de Ushuaia (Tierra del Fuego) facilitó el contacto con las/os jóvenes destinatarios del Programa Nacional “Potenciar Inclusión Joven”. Agradezco particularmente a Sabrina Marcucci y a Pablo Pérez por posibilitar los encuentros realizados.

3. Este programa fue creado en noviembre de 2020 y depende de la Secretaría de Inclusión Social del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación. Está dirigido a financiar, mediante una asistencia económica de \$8.500 mensuales (unos 85 dólares aproximadamente según la tasa de cambio oficial de octubre de 2021), proyectos socioproductivos, sociolaborales, sociocomunitarios y socioeducativos llevados adelante por personas de 18 a 29 años en situación de vulnerabilidad socioeconómica.

sociopolítico y sociohistórico. A continuación, mediante los datos de la encuesta mencionada y los relatos de las/os entrevistados, busco dar cuenta del trastocamiento en las trayectorias y proyecciones educativas y laborales, y de las experiencias y emociones generadas al recurrir a la asistencia estatal en el marco de la pandemia.⁴ El recorrido realizado me permite concluir que, para un sector de las/os jóvenes, la pandemia se constituyó en tanto *marca generacional* debido a los efectos negativos que tuvo y tendrá en esa compleja articulación de procesos que definen el período vital juvenil.

Trayectorias y proyecciones educativas interrumpidas

Respecto a la asistencia a establecimientos educativos la encuesta a “Jóvenes Residentes en Tierra del Fuego en Contexto de Pandemia por Covid-19 2020” indica que el 75% de las/os encuestados continuó sus actividades educativas formales durante el contexto de pandemia y aislamiento, mientras que el porcentaje restante las discontinuó. Más allá de las diferencias de cada caso, la interrupción de los procesos formativos impactó en las proyecciones a futuro generadas en base a las experiencias ya atravesadas. Los recorridos vitales, determinados por factores familiares, estructurales y culturales entre otros, inciden en las posibilidades y expectativas educativas. Para algunas/os la pandemia generó la frustración de proyectos planificados desde hacía varios años. A esto se suma en la particularidad de que en Tierra del Fuego, algunos trayectos formativos suponen, necesariamente, migrar hacia otra provincia (debido a la falta de oferta) con las consecuentes expectativas y presiones (propias y con terceros) que implica tomar esa decisión de vida.⁵

Yo terminé el colegio en el 2019, justo antes de la pandemia por suerte (...) Yo tenía pensado hacía cuatro años irme a estudiar Psicología a Córdoba y me anoté en la universidad. Cuando empezó

4. Los nombres de las/os integrantes de las entrevistas grupales fueron reemplazados por seudónimos para garantizar su anonimato.

5. Cabe agregar que estas movilizaciones, debido a la condición de insularidad y extremidad de la provincia, suponen grandes distancias y altos costos de traslado, y por lo tanto, una mayor intermitencia entre las idas y vueltas desde la ciudad de origen hacia la ciudad a la que se migra.

todo esto se me fue todo abajo, me frustré, me salió mal y terminé volviendo a Ushuaia. Pero, obviamente, tengo esperanzas de ir y hacerlo. Una igual es joven, pero son años que... por ahí se te van (Cinthia, 20 años).

Antes de la pandemia tenía pensado estudiar Medicina en Corrientes, pero por el tema de la pandemia no pude ir y ahora estoy estudiando en el CENT [Centro Educativo de Nivel Terciario Provincial], Técnico Superior en Emergencia de la Salud (Maxi, 19 años).

El relato de Cinthia permite observar que la interrupción de los estudios universitarios -planificados desde hacía años- y su regreso a su ciudad de origen son vivenciados con angustia y entendidos como una pérdida de tiempo en sus proyecciones de vida. Para el caso de Maxi, su proyecto educativo original fue adaptado a las nuevas condiciones lo que le permitió continuar con su trayectoria formativa.

Para otras/os, debido a las dificultades generadas por la condición de continuidad bajo la virtualidad, el sostenimiento de los estudios fue suspendido hasta el regreso a clases presenciales. Los siguientes relatos ~~testimonios~~ dan cuenta que esa situación es vivida con frustración y angustia.

Iba a empezar a estudiar administración pública con la presencialidad obviamente, y en ese momento se cerró todo [marzo de 2020], así que todo se corrió para este año [2021] que también fue difícil por la virtualidad en una casa con dos niños chicos, así que lo volví a patear para el año que viene [2022] (...) si bien podría haberme arriesgado, no quise arriesgarme porque era como... no quería empezar y frustrarme y decir “no, no puedo”, así que dije “bueno espero un año más” y veré qué pasa (Johana, 24 años).

Me anoté en contador público, fui una semana a clase, dos semanas y se largó la pandemia. Y yo dije “no, me cortó todo de raíz”. Digo, me cortó prácticamente todo lo que venía planeando (...) una semana o dos semanas de estar así con toda la energía y a la otra semana fue como que, pandemia, y se me cayó... se me vino todo abajo (Lucas, 19 años).

Yo proyectos no tenía ninguno, lo único sí, quería terminar la escuela, pero por la pandemia la dejé ahí, quedó ahí y es una mochila re pesada (Gabriel, 22 años).

Las proyecciones educativas (que se planificaron en 2019, se suspendieron en 2020 y volvieron a suspenderse en 2021) pueden consti-

tuirse en experiencias vitales negativas con incidencia en las perspectivas y trayectorias a futuro, debido a que la suspensión momentánea de la continuidad, en algunos casos y por diversos motivos, puede devenir en una suspensión de mayor duración o, incluso, en el abandono de las proyecciones educativas, al menos en el mediano plazo.

Por otra parte, en relación a quienes lograron continuar en el sistema educativo, la mayoría evaluó que sus aprendizajes empeoraron (41%). Es evidente que la pandemia causó cambios en los procesos educativos. La virtualización y el contexto de pandemia en general afectaron negativamente aspectos significativos del proceso de enseñanza-aprendizaje de una porción importante de jóvenes que permanecieron cursando, quienes realizaron un esfuerzo para adaptarse a las nuevas condiciones. Este proceso quedó sujeto a la disponibilidad de dos recursos que, como es sabido, se volvieron imprescindibles: los dispositivos tecnológicos (teléfonos inteligentes, computadoras o *tablet*) y la accesibilidad a internet.

En mi caso yo tengo un celular y nada más. Computadora no tengo. Así que era más complicado (...) Yo terminé la secundaria con un celular. Que te den matemática o física desde ahí, no entendés nada... (Ana, 19 años).

La dependencia de tener internet, de tener todas las herramientas (...) tener que guardar los datos del celular para ver si podía entrar a la clase, tener que estar pagando paquetes de mega gigas, tener los archivos que te mandan y leerlos desde el teléfono es bastante complicado (Maxi, 19 años).

Entre las desigualdades que afectan los procesos educativos se destaca el nivel de acceso a internet y la calidad en la transferencia de los datos. Si bien el 76% de las viviendas de Tierra del Fuego disponen de conectividad (lo que supone una alta proporción de cobertura comparado con el resto de las provincias de la Argentina), la velocidad promedio de internet es significativamente inferior al resto del país.⁶ Esto supuso dificultades para llevar adelante las tareas de formación. Precisamente, la encuesta señala que el 43% afirmó que los principales obstáculos

6. En el cuarto trimestre de 2020 la velocidad promedio de bajada de datos fue de 8 megabytes por segundo (mbps), que si se compara con los 14 mbps promedio de velocidad de bajada de todas las provincias del país resulta significativamente inferior (Colombari, Guzzi y Kida 2021).

para llevar adelante sus actividades educativas en pandemia fueron (y continúan siendo) los problemas de conectividad.

Trayectorias y proyecciones laborales interrumpidas

Numerosos estudios evidencian la mayor vulnerabilidad laboral de las personas jóvenes -y dentro de ellas, más aún las mujeres- respecto al resto de la población económicamente activa. Además, el sector joven del mercado de trabajo se ve afectado en mayor medida en los momentos de crisis y caída de la actividad económica que el resto de la población. En Tierra del Fuego, la pandemia impactó en un proceso estructural de precariedad y dificultad en el acceso al trabajo para las/os jóvenes, ya que la crisis sanitaria y económica asociada al Covid-19 se dio en un contexto previo de caída sostenida de la actividad (con alta inflación, pérdida generalizada del poder adquisitivo de los salarios, y aumento del desempleo), en gran medida, producto de las políticas implementadas por el gobierno del ex presidente Macri (2015-2019).⁷

Según datos de la encuesta, un 16% adquirió la condición de desocupada/o durante la pandemia, ya sea porque perdió el trabajo (9.5%) o bien porque no pudo desarrollar su actividad por cuenta propia de forma habitual como consecuencia del contexto epidemiológico (6.5%). Asimismo, un tercio de las/os respondientes vio reducidos sus ingresos siendo los de las mujeres los que experimentaron una mayor caída.

Cabe señalar que para el caso de las/os jóvenes, la falta de trabajo no implica únicamente carecer de un ingreso, sino también la imposibilidad de comenzar a acumular la experiencia necesaria que mejore y facilite las condiciones de entrada al mercado laboral. La pandemia pronunció la situación desfavorable atravesada por estas/os, quienes presentan mayores dificultades que las/os adultos para conseguir un trabajo, precisamente, por la poca o nula experiencia.

7. Estas políticas afectaron especialmente a las/os jóvenes en virtud de una serie de medidas que perjudicaron a la industria electrónica local radicada principalmente en la ciudad fueguina de Río Grande (Colombari, Hermida y Picón, 2019), si a ello se suma la paralización casi total de la actividad turística (muy importante en la ciudad fueguina de Ushuaia) durante 2020 y a comienzos de 2021 se observa un panorama sumamente crítico (Guzzi *et al.*, 2020).

Una persona adulta, capaz ya tiene experiencia laboral, y por eso después de la pandemia o durante la pandemia se le va hacer más fácil buscar trabajo que el que no tiene experiencia (Estefanía, 19 años).

No es lo mismo la pandemia para un chico que recién está queriendo salir a buscar un laburo o que trabajó tres meses y listo. No es lo mismo para un adulto que ya tiene la famosa experiencia laboral a la hora de salir a repartir currículum (Cinthia, 20 años).

¿Y los jóvenes qué experiencia tienen? Yo no tengo experiencia y me va a ser más complicado encontrar trabajo (Ana, 19 años).

Las/os entrevistados reconocen el efecto diferenciado que generó la pandemia con respecto al incremento de las desventajas que presentan, por su condición de jóvenes, frente a las/os adultos desocupados. Es evidente que la crisis por Covid-19 tuvo (y tiene) efectos negativos en términos proyectivos para una parte de la población juvenil al impedir -o dificultar- la adquisición de experiencia laboral, precisamente en un momento del ciclo vital donde es, al menos en términos de sus representaciones, un capital decisivo para comenzar a trabajar. Por otra parte, quienes se insertaban o planificaban hacerlo como cuentapropistas también experimentaron interrupciones o se vieron impedidos de avanzar con sus emprendimientos laborales, los que, en algunos casos, implicaban también procesos de formación en oficios.

Yo iba a empezar con el tema de peluquería y barbería. Me había comprado los libros y cuando estaba a punto de empezar el curso cayó la pandemia, y nada, para atrás. Me quedé ahí nomás. Y todos los libros al pedo (Agustín, 24 años).

Antes de la pandemia había empezado un emprendimiento de carpintería ¿no? Ya tenía un curso hecho así que empecé. Después empezó la pandemia y cerró ahí nomás (Nahuel, 22 años).

El riesgo que implica emprender una actividad económica en un contexto de normalidad se incrementó producto del escenario de restricciones a la circulación y de alta incertidumbre. En algunos casos, la inversión de tiempo y dinero, y las proyecciones de formación en oficios se vieron frustradas. Sin embargo, en otros, el contexto generó la necesidad de redefinir el perfil productivo y la oportunidad de diversificarse.

A mí me sirvió para redireccionar mi rubro porque yo solo hacía tortas y vendía solo tortas para casamiento, cumpleaños, quince... Cuando cae la pandemia, se cierra todo y no se festeja nada. O sea, las tortas como que chau (...) En un momento sí, fueron unos meses que se me cerró todo, pero como soy re inquieta, empecé a pensar: “bueno, cómo puedo hacer para darle un giro”. Y empecé a llevarlo más para el lado de la pastelería y me fue más rentable eso que lo que hacía antes. Para mí fue positivo (Cati, 27 años).

Si bien la necesidad de adaptar la oferta de productos debido al contexto implicó cierto riesgo, en este caso es valorada positivamente. Cabe señalar que la capacidad de adaptación aparece relacionada con las características personales asumidas y explicitadas por la entrevistada. Esto permite suponer que personas con menor iniciativa atravesaron la situación con mayores dificultades, probablemente, sin lograr la adaptación mencionada.

Sensaciones en torno a la asistencia estatal

Según datos de la encuesta, más de un tercio de las/os encuestados (36%) manifestó haber recibido algún tipo de asistencia estatal durante la pandemia, siendo la más percibida la alimentaria; provista por los gobiernos locales (municipales y provincial);⁸ y la segunda el Ingreso Familiar de Emergencia (IFE) ofrecida por el gobierno nacional.⁹ A modo de hipótesis puede pensarse que la pandemia generó que sectores que habitualmente no recurren a ayudas estatales hayan debido solicitarlas (en la mayoría de los casos con el fin de atender necesidades de primer

8. Este tipo de asistencia apunta a asistir o complementar la alimentación de familias en situación de vulnerabilidad social y/o inseguridad alimentaria, a través de la entrega de módulos alimentarios (productos de consumo habitual de diverso tipo), tarjeta para la compra de alimentos, etc.

9. El IFE fue una prestación monetaria de carácter excepcional destinada a compensar la pérdida o grave disminución de ingresos de personas afectadas por la situación de emergencia sanitaria por Covid-19, como trabajadores autónomos, de casas particulares e informales. Consistió en el cobro de tres asignaciones mensuales de \$10.000 cada una (aproximadamente unos 100 dólares) para personas de 18 a 65 años que no percibieran pensiones ni subsidios y que no tuvieran otro ingreso.

orden como la alimentación) producto de la situación de vulnerabilidad e incertidumbre planteada por el contexto epidemiológico.

La paralización total de varias actividades económicas generó que, repentinamente, una porción importante de la población ocupada dejase de percibir ingresos.¹⁰ Los siguientes testimonios intentan expresar algunas de las sensaciones experimentadas frente a la necesidad de recurrir, por primera vez, a la asistencia estatal alimentaria.

Nosotros, gracias a Dios con mi marido nunca habíamos necesitado, siempre tuvimos un trabajo estable, y a raíz de la pandemia él se quedó sin trabajo [chofer de transporte turístico] (...) fui a pedir un plan social. No digo que esté mal, ¿no es cierto?, pero no me había tocado la situación. Y en ese momento es como que yo también tenía vergüenza de ir a solicitarlo (Cecilia, 29 años).

A mí me pasó con mi papá. Mi papá es plomero y gasista y obviamente que él, cuando pasó todo esto que se cerró todo, fue uno de los principales que tuvo que quedarse en su casa (...) vivimos del día a día. Yo le sugerí el tema de los bolsones [módulo de asistencia alimentaria] ¿viste? y como que sentíamos vergüenza (...) Nos pasaba esto de darte en el orgullo ¿viste? de decir “si yo siempre trabajé, nunca necesité del Estado” (Johana 24, años).

El tema de los bolsones [módulo de asistencia alimentaria] que empezaron a dar en la escuela, y yo viste decía “no, si todavía tengo, o puedo” (...) creo que fue como en agosto, septiembre, recién ahí dije “si va un montón de gente a buscar que, por ahí, en mi pensamiento no lo necesitan tanto, que se yo. Entonces dije “no... ¿por qué? yo también lo voy a retirar”. Ahí empecé a retirarlo después de un tiempo (Catalina, 27 años).

Las narraciones sugieren que la aceptación de la necesidad de la asistencia alimentaria estatal no es algo sencillo de transitar, ni que se encuentre exenta de valoraciones sociales y personales que inhiben la posibilidad de solicitarlas y acceder a ella. Por el contrario, parece ser parte de un proceso de reconocimiento del empeoramiento de las propias condiciones de vida que redefine los límites de lo que es aceptable. Habiendo estado del lado de los que no la querían los efectos de la

10. Como mencioné, las actividades laborales ligadas al turismo que en Ushuaia son muy significativas, se paralizaron completamente y muchas personas que trabajaban en el sector vieron afectadas sus economías drásticamente.

pandemia en las economías familiares llevaron a muchas/os a estar del lado de los que necesitan la asistencia estatal. Ese traslado, que en algunos casos fue momentáneo y en otros más prolongado (o incluso permanente) expuso a las personas a experimentar el estigma social con el que cargan “las/os asistidos” y a reconocerse dentro de este grupo.

No, sentir que estás cobrando de arriba, capaz. Se escucha mucho. Y a muchos también nos da vergüenza, justamente ir a pedir, porque dicen: “los planeros” (...) y que también salen, por ahí, muchas fotos, muchas imágenes, burlándose de eso en Facebook (Cecilia, 29 años).

Creo que está muy mal vista la asistencia del Estado, es como que está súper estigmatizado entonces, uno por ahí lo que ve es que la ayuda es más para el vago, o para el que no hace nada (Cinthia, 20 años).

Si bien para muchos/as la asistencia alimentaria fue de carácter provisorio, los enfrentó con sensaciones de vergüenza, vulnerabilidad y angustia que probablemente se constituyan en experiencias vitales significativas que marquen la memoria de su tránsito por la pandemia.

Consideraciones finales

Las condiciones para afrontar la crisis desatada por la pandemia han sido (y continúan siendo) muy dispares y dependen principalmente de factores económicos, sanitarios y etarios, entre otros. Como mencioné al comienzo, si bien para las personas jóvenes el impacto del Covid-19 tiene una menor letalidad que para el resto de la población, ha tenido (tiene y tendrá) notables efectos en las trayectorias y proyecciones juveniles, sobre todo en aquellas/os que por diversas razones han tenido más dificultades para transitar la crisis. Más allá de las mayores o menores diferencias, podemos afirmar que la pandemia afectó los proyectos vitales de un sector de la población juvenil al verse alteradas sus expectativas educativas y laborales, y en algunos casos haber experimentado el recurrir a la asistencia estatal por primera vez. En este sentido, el

itinerario vital, que se encuentra construido por elecciones y decisiones del individuo, pero bajo determinaciones familiares, del entorno próximo, estructurales, culturales y geográficas fue afectado, en mayor o menor medida, por las experiencias vivenciadas en la pandemia.

Cabe preguntarnos si las cancelaciones y/o postergaciones de proyectos, las frustraciones y sensaciones vivenciadas marcarán a una generación de jóvenes, precisamente, por los efectos negativos en sus transiciones a la vida adulta. Casal (*et. al.* 2006) señala que las “experiencias vitales significativas son impactos en la vida del sujeto que tienen influencia en el desarrollo de las trayectorias y un efecto de acompañamiento en todo el proceso biográfico (...) pueden tener un efecto positivo o negativo sobre la persona”. Considero que, para un sector importante de jóvenes, la crisis por Covid-19 generó un escenario de incertidumbre y sensaciones marcadas por el empeoramiento de las condiciones de vida que se constituyeron en experiencias vitales significativas que en las/os jóvenes impactaron con mayor intensidad que en las/os adultos, al trastocar esa compleja articulación de procesos que definen el período vital juvenil.

Bibliografía

- Casal, J., García, M., Merino, R. y Quesada, M. (2006). Aportaciones teóricas y metodológicas a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la transición. *Papers* N°79, p. 21-48.
- Colombari, B., Hermida, M. y Picón, J. (2019). Juventud, ¿divino tesoro? Jóvenes y trabajo en Tierra del Fuego. 2003-2018. *Sociedad Fueguina*, (6), 6-20.
- Colombari, B., Guzzi, L., y Kida, L. (2021). Las juventudes de sectores medios de Tierra del Fuego: explorando los efectos del Covid-19 y el aislamiento desde una escala subnacional. *Última Década*, 29(56), 71-103.
- Guzzi, L., Colombari, B., Picón, J. y Hermida, M. (2020). #ushuaiafindelmundo. Turismo, pandemia y Estado. *Sociedad Fueguina*, (7), 13-23.
- Organización Internacional del Trabajo (2020). *Los jóvenes y la Covid-19: efectos en los empleos, la educación, los derechos y el bienestar mental* (Informe de la encuesta 2020).

Sobre lxs autores

Pablo Vommaro. Posdoctor en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, Universidad Católica de Sao Paulo, Universidad de Manizales, CINDE y CLACSO. Es Doctor en Ciencias Sociales por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires FSOC/UBA. Es investigador del CONICET, Profesor de Historia (UBA). Director de investigación de CLACSO. Co-coordina el Grupo de Estudios de Políticas y Juventudes (GEPoJu, IIGG/UBA) y es Investigador formado del Programa de Historia Oral FFyL/UBA. Es Docente de las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Sociales de la UBA. Fue Co-coordinador del Grupo de Trabajo de CLACSO sobre “Juventud y prácticas políticas en América Latina”. Autor de artículos en revistas internacionales, de capítulos de libros y de libros acerca de las problemáticas de las organizaciones sociales en la Argentina, las formas de participación política, social y cultural de jóvenes, las políticas públicas de juventudes y las desigualdades generacionales y la historia argentina y latinoamericana reciente. Integrante de Comités Editoriales y Académicos de diversas revistas internacionales. Director de la Colección *Las juventudes argentinas hoy*.
Contacto: pvommaro@gmail.com

Mariana Patricia Acevedo. Licenciada en Trabajo Social. Magister en Ciencias Sociales Docente de grado y posgrado, Investigadora de la Facultad de Ciencias Sociales. Profesora Titular por Concurso. Sus temas de investigación son juventud, ciudadanía, identidad, cultura y territorio. Dirige el Programa de Investigación y Desarrollo Tecnológico y Artístico: Estudios socioculturales de Juventudes de la Facultad de Ciencias Sociales UNC desde el 2018 a la fecha. Dirige proyectos de investigación que abordan: Jóvenes, educación, trabajo y participación desde el año 2007. Integra el equipo de Investigación-Acción con jóvenes "EntreGeneraciones". Ha dictado cursos y seminarios de grado y posgrado ligados a las temáticas mencionadas. Se ha desempeñado y desempeña como docente extensionista en las mismas áreas, dirigiendo becarios y equipos de trabajo. Cuenta con publicaciones en dichas áreas de indagación
Contacto: pacevedo@unc.edu.ar

Nicolás Giménez Venezia. Doctorando en Administración y Políticas Públicas, Especialista en Administración Pública por el IIFAP-FCS/UNC, Licenciado en Trabajo Social por la UNC. Es investigador del Instituto de Política, Sociedad e Intervención Social, Docente en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba. Becario Doctoral de la SeCyT UNC con lugar de trabajo en el IIFAP, FCS/UNC. Integra el equipo de Investigación-Acción con jóvenes "EntreGeneraciones". Es autor y coautor de trabajos científicos en el campo de Juventudes y Políticas Públicas. Integra el Comité Editorial de la Revista científica *Cuadernos de Coyuntura* de la FCS/UNC.
Contacto: ngimenezvenezia@unc.edu.ar

Silvia Elizalde. Doctora en Antropología (UBA) e Investigadora Independiente de CONICET, con sede en el Instituto de Investigaciones y Estudios de Género de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Docente de grado y posgrado en UBA y UNLP. Directora del Programa de Actualización en Comunicación, Géneros y Sexualidades, de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Autora de *Tiempo de chicas. Identidad, cultura y poder* (GEU, 2015), y autora y coordinadora de *Jóvenes en cuestión. Configuraciones de género y sexualidad en la cultura* (Biblos, 2011) y de *Género y sexualidades en las tramas del saber* (Del Zorzal, 2009), entre otras publicaciones. Se especializa en estudios de juventud, con foco en las articulaciones entre clase, género y edad desde una perspectiva de estudios culturales, de género y feminista.
Contacto: silvitaelizalde@gmail.com

Pedro Núñez. Doctor en Ciencias Sociales (UNGS/IDES), Master en Estudios y Políticas de Juventud (U. de Lleida, España) y Licenciado en Ciencia Política por la UBA. Es Investigadora adjunto en el IICSAL-CO-NICET/FLACSO y docente de grado en la UBA. Es parte del Grupo de Trabajo CLACSO Juventudes e Infancias. Se desempeña como Director Académico del Doctorado en Ciencias Sociales de FLACSO Sede Argentina. Autor de *La política en la escuela* (La Crujía, 2013) y co-autor, junto a Lucía Litichever, de *Radiografías de la experiencia escolar* (Grupo Editor Universitario, 2015). Compilador de los libros *Militancias juveniles en la Argentina democrática. Trayectorias, espacios y figuras de activismo* (con Vommaro, Vázquez y Blanco, Imago Mundi -2017-) y *Escuela secundaria, convivencia y participación* (con Litichever y Fridman. Eudeba/OEI -2019-).
Contacto: pnunez@flacso.org.ar

Candela Barriach. Doctoranda en Antropología Social (IDAES-UNSAM) y Licenciada en Antropología por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Es becaria doctoral CONICET-UNDAV. Es docente de grado en la Facultad de Trabajo Social (UNLP). Participa en proyectos de investigación en UNDAV y UNLP y en extensión universitaria del Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad (LECYs, FTS, UNLP). Es trabajadora sociocomunitaria en la Obra del Padre Cajade.

Contacto: cande.barriach@gmail.com

Mariana Chaves. Doctora en Ciencias Naturales y Licenciada en Antropología por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Posdoctorado CEA, UNC. Investigadora CONICET en Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad (LECYs, FTS, UNLP). Profesora titular en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo (FCNYM, UNLP). Directora de la carrera de Especialización en Intervención Social con niños, niñas, adolescentes y jóvenes de la Facultad de Trabajo Social (UNLP). Miembro de la Organización Social "Obra del Padre Cajade". Dirige y participa en proyectos de investigación y extensión universitaria. Es coautora del libro *Experiencias juveniles de la desigualdad. Fronteras y merecimientos en sectores populares, medios altos y altos* (Grupo Editor Universitario, 2016), entre otras publicaciones.

Contacto: chavesmarian@gmail.com

Camila Trebucq. Doctoranda en Ciencias Sociales (FaHCE-UNLP) y Licenciada en Antropología por la UNLP. Es becaria doctoral UNLP en el Laboratorio de Estudios Culturales y Sociedad (LECYs, FTS, UNLP). Es docente en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo (FCNyM-UNLP). Se desempeña como educadora popular y coordinadora del centro comunitario juvenil Casa Joven B.A., Obra del Padre Cajade.

Contacto: camilatrebucq@gmail.com

Melina Vázquez. Posdoctora en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud (PUC-SP, COLEF, U. Manizales/CINDE, UNLa, CLACSO). Doctora en Ciencias Sociales y Magíster en Investigación en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Licenciada en Sociología (FSOC-UBA). Investigadora Adjunta del CONICET y del Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA). Co-coordina el Grupo de Estudios de Políticas y Juventudes (GEPoJu-IIGG, UBA) y el Grupo de Trabajo de CLACSO "Juventudes e Infancias". Es Profesora Adjunta a cargo de la materia "Sociología de la Infancia, Adolescencia y Juventud (Carrera de Sociología, UBA) y profesora de posgrado en Universidades nacionales e internacionales. Editora en Jefe internacional de la Revista Universitas

(UPS-Ecuador), integrante del comité editorial de la colección de libros CLACSO-IIGG y de la Revista Ánfora (Universidad Autónoma de Manizales, Colombia).

Contacto: mvazquez@sociales.uba.ar

Bruno Colombari. Maestrando en Desarrollo Territorial y Urbano por la Universidad Nacional de Quilmes, Diplomado en Estudios y Políticas de Juventud por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Licenciado y Profesor en Sociología por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Es Investigador y Profesor Adjunto del Instituto de Cultura, Sociedad y Estado (ICSE) de la Universidad Nacional de Tierra del Fuego (UNTDF) y Coordinador de la Licenciatura en Sociología (2019-2023) del ICSE-UNTDF. Es Director del proyecto “Condiciones juveniles insulares. Un estudio sobre las formas de sociabilidad de jóvenes en la Provincia de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur” (2019-2022) avalado y financiado por la UNTDF y miembro del Grupo de Trabajo CLACSO Infancias y Juventudes.

Contacto: bcolombari@untdf.edu.ar

Colección

**Las juventudes argentinas hoy:
tendencias, perspectivas, debates**

Director: Pablo Vommaro

En los últimos años las juventudes adquirieron un lugar fundamental en las dinámicas económicas, sociales, políticas y culturales, tanto en la Argentina como en América Latina y en el mundo. En este marco, los estudios sobre el tema han proliferado, constituyéndose como campo en permanente ampliación, aunque aún en construcción. Sin embargo, luego de algunos textos precursores en los años ochenta, no existían esfuerzos sistemáticos por realizar trabajos integrales que dieran cuenta de las diversas dimensiones en las que producen sus vidas los jóvenes argentinos. Esto es parte del desafío que asumimos desde esta colección. Abordar dimensiones diversas, aspectos diferentes, espacios distintos para avanzar en la construcción de una cartografía que aporte a la comprensión de las realidades juveniles en la Argentina con enfoque latinoamericano y perspectiva generacional. Desde su creación en 2015 la colección ha ido creciendo, desplegando nuevas temáticas, expandiendo su capilaridad geográfica e incorporando nuevos autores. Presentamos textos rigurosos y fundamentados, productos de investigaciones sólidas, pero con lenguajes amplios, accesibles, que permiten lecturas desde distintos espacios, realizadas por sujetos diversos, sobre todo por los propios jóvenes.

La pandemia de Covid-19 que irrumpió a nivel mundial a inicios de 2020 y que continúa en el momento en el que producimos de este libro, trastocó la vida de todos los habitantes del planeta, aunque de modos desiguales. En efecto, si bien la pandemia es un acontecimiento global, el impacto y los modos de experimentarla y habitarla es diferente según las condiciones preexistentes a la misma.

Mucho se ha dicho acerca de las juventudes en tiempos de pandemia, pero poco se las ha escuchado y reconocido, para acercarse y visibilizar sus experiencias y los modos en los que se han alterado sus mundos de vida.

Las juventudes fueron uno de los grupos sociales cuya afectación por la pandemia fue menos reconocida. Quizá porque la mortalidad es sensiblemente menor en este grupo, se tuvieron muy poco en cuenta los modos en los que la pandemia trastocó la vida cotidiana de las y los jóvenes (y también de las niñas y los niños). Por ejemplo, en sus modos de sociabilidad y encuentro; en la virtualización educativa; en las desigualdades de género y en el teletrabajo y la precarización laboral.

En este libro proponemos pensar la pandemia que aun vivimos como una visibilizadora, amplificadora, intensificadora, aceleradora de dinámicas sociales pre-existentes. Entre las dinámicas sociales que la pandemia profundiza, amplifica, visibiliza, la de las desigualdades sociales es la más importante y la que enfatizaremos en esta obra.

Los siete capítulos de este libro reflexionan acerca de qué sucede con las juventudes en la pandemia. Lo hace desde trabajos situados en diversas realidades de la Argentina, aunque con una mirada regional y latinoamericana.

ISBN 978-987-8308-72-2



9 789878 308722